

ROWAN

Emily Rodda



LA PRISIONERA
DE LOS ZEBAK

de

Con un miedo atroz y respirando con dificultad, Rowan corre campo a través intentando evitar lo que ya parece inevitable. Una criatura terrible, con la piel moteada de naranja, verde y gris, el lomo erizado de espinas y tres colas como látigos, acaba de batir sus alas en señal de amenaza y se dirige veloz hacia su hermana Annad. Los Zebak, eternos enemigos del pueblo de Rin, tienen una nueva prisionera...



Emily Rodda

La prisionera de los Zebak

Rowan-4

ePub r1.0

fenikz 04.02.14

Título original: *Rowan and the Zebak*

Emily Rodda, 1999

Traducción: Eduardo García Murillo

Ilustraciones: Matt Wilson

Editor digital: fenikz

ePub base r1.0



El mundo de Rowan



DETALLE DE RIN Y ALREDEDORES



1 ∞ La advertencia



El grach volaba hacia el oeste siguiendo el olor. Había viajado durante mucho tiempo y estaba cansado y hambriento, pero ni siquiera pensaba en comer o en detenerse a descansar. En realidad, ningún pensamiento se ocultaba detrás de sus ojos amarillos. Solo una idea fija: seguir el olor, llegar a donde le habían dicho sus amos y cumplir su encargo.

Se llamaba Bara y tenía ciento veinte años. Lo habían adiestrado bien, tal vez no con amabilidad, pero sí con astucia, durante muchos, muchísimos años, y ahora no le entraba en la cabeza la idea de estar lejos de los látigos e improperios de sus amos y de gozar de la libertad de decidir lo que debía hacer.

Había dejado atrás el mar. Sabía que estaba sobrevolando verdes y sinuosas colinas, y un río serpenteante que brillaba bajo la luz del sol, y que a lo lejos se levantaba una montaña cuya cumbre quedaba oculta por las nubes.

Pero ahora sus ojos no importaban, ni tampoco sus oídos o el batir de las alas. Lo único importante era su lengua bífida, que entraba y salía, saboreando el aire, saboreando el olor.

Sabía que su destino estaba próximo. El olor era cada vez más intenso, un cálido olor animal que agujoneaba su apetito. Bukshah. Incluso conocía el nombre.

—Bukshah... —habían dicho sus amos en innumerables ocasiones, pasándole por la cara el gris pellejo lanudo y alimentándolo con pedazos sanguinolentos de carne, de forma que el delicioso sabor se mezclara con el olor del pellejo. Al enviarlo en su busca, lo habían repetido una vez más—: Bukshah. Búscalos.

Y después, habían soltado los grilletes.

El olor de los bukshah era intenso, pero también le llegaban otros olores. Algunos ya los había probado antes, pero había uno que no. Uno que sabía lleno de peligros. Era fuego, nieve y hielo. Era aliento ardiente, colmillos rezumantes y un antiguo y celoso poder.

Las espinas correosas del dorso del grach se erizaron a modo de advertencia, pero sus ojos amarillos de lagarto no parpadearon, y el batir de sus alas escamosas y moteadas no flaqueó mientras volaba hacia Rin.

‡ ‡ ‡

Rowan, en su aldea, oteaba el cielo azul. Estaba despejado, salvo por la nube que reposaba eternamente sobre la cima de la Montaña prohibida. Aun así, se avecinaba una tormenta de verano. ¿Qué otra cosa podía explicar la extraña y desagradable sensación de que algo inesperado e inquietante estaba a punto de suceder? Aquella sensación de temor había empezado a media

mañana, y se hacía más intensa a cada momento.

«No es nada», se dijo con firmeza. Luchó contra esa extraña inquietud y decidió no contarle nada a Jiller, su madre. ¿Para qué preocuparla sin necesidad, precisamente aquel día?

Hoy, Jiller estaría tan alegre como su hermanita Annad, que cantaba y bailaba en el jardín, alrededor del cobertizo, muy contenta con su vestido nuevo de color rosa. Se sentiría tan dichosa como Jonn el Fuerte, que entraba por la verja meciendo a Annad en sus brazos y se encaminaba hacia la casa con su espléndido traje de boda.

Al verlo, Rowan lo saludó con la mano y, cuando aquella sensación tenebrosa lo asaltó de nuevo, la reprimió una vez más con esfuerzo.

‡ ‡ ‡

La laboriosa gente de Rin no solía abandonar demasiado a menudo sus tareas cotidianas para disfrutar de un festejo. Pero, incluso en Rin, una boda era motivo de celebración, y aquella boda en especial, la de Jonn del Huerto y Jiller del Campo, constituía un acontecimiento aún más extraordinario si cabe.

Jonn y Jiller eran muy queridos, y el hijo de Jiller, Rowan de los Bukshah, era uno de los grandes héroes de su pueblo, y el más inesperado de todos.

Aunque era tímido, apocado y soñador, había conquistado la Montaña prohibida y plantado cara al Dragón que reinaba en su cumbre. Se había aliado con los Viajeros errantes para salvar a Rin de un sino fatal y, según se rumoreaba, se había unido al pueblo de los Maris en la costa, un pueblo de hombres parecidos a peces, mediante un extraño vínculo con su enigmático líder, el Guardián del Cristal.

Tras haber sido el niño más timorato de la aldea, Rowan era ahora un muchacho muy respetado, al que nadie molestaba ni criticaba. Nadie le decía que era ya demasiado mayor para ser el guardián de los dóciles bukshah.

Algunos incluso le temían, convencidos de que estaba dotado de poderes sobrenaturales. Evitaban detenerse a hablar con él en el almacén o al cruzarse en la plaza; advertían a sus hijos que no debían importunarlo, y cuando nacía un ternero bukshah negro en primavera en lugar del gris perla habitual, lo consideraban una profecía, un signo del poder de Rowan.

Si alguien les hubiera revelado que lo que más deseaba en el mundo era ser aceptado como uno de ellos, que aquello era con lo que siempre había soñado, se habrían reído a carcajadas.

Y era en buena medida a causa de Rowan que la celebración de esa boda se había convertido en mucho más que un simple festejo para la aldea. El día anterior, las tres extraordinarias cometas de los Viajeros, con sus respectivos ocupantes suspendidos del armazón, habían hecho acto de presencia en el cielo, sobre el valle, y la tribu que siempre las seguía había acampado en las colinas, preparada para unirse a la fiesta con sus interpretaciones musicales. Incluso Perlain de los Pandellis había venido de Maris en representación de su pueblo y traído innumerables obsequios consigo, lejos del mar y de la espuma salada de su tierra natal, aun a sabiendas de que la piel de los Maris se secaba y agrietaba rápidamente en las tierras del interior, y de que el viaje no iba a

ser nada cómodo para él.

Aquel día era lo bastante importante como para tentar a los imperturbables molineros Val y Ellis a abandonar su molino. Incluso la hosca y solitaria Bronden, la ebanista, cerraría su taller durante toda la jornada. Nadie quería perderse el festejo ni desaprovechar la oportunidad de presentar sus respetos.

De manera que, a mediodía, cuando Jiller y Jonn se dirigieron con Rowan y Annad hacia el gran árbol que dominaba el campo de los bukshah, una multitud los estaba esperando. Solo Sheba, la Mujer Sabia de la aldea, estaría ausente de la ceremonia, recluida en su choza junto al huerto. A nadie le extrañó, y en el fondo todos se sintieron aliviados. A decir verdad, Sheba, a la que a pesar de todo muchos acudían en caso de enfermedad o peligro, hubiera resultado una invitada incómoda.

Al llegar a la agradable sombra del árbol, Rowan apenas era consciente de que su hermana Annad bailaba a su lado, de que Jonn y su madre encabezaban la marcha, y de que la muchedumbre los observaba. Aquel sentimiento de temor era cada vez más intenso, nublabla su mente, ensombrecía sus pensamientos y le conminaba a guardar silencio y estar alerta.

Apretó los dientes y procuró que aquella extraña sensación no se manifestara en su rostro. «Todo el mundo en Rin es feliz, están preparados para la gran fiesta —se dijo—. ¿Por qué debería ser diferente?».

«Siempre has sido diferente —le dijo una voz que surgía de lo más recóndito de su mente—. Y ahora más que nunca».

Irritado, acalló la voz. Su mirada se cruzó con la de Ogden, el narrador de historias, el líder de los Viajeros, que permanecía de pie con Zeel, su hija adoptiva, y el resto de la tribu a un lado del gentío.

Junto a los nativos de Rin, que eran austeros aun vistiendo sus mejores galas, los Viajeros resultaban tan llamativos como aves, con sus sedas multicolores y su pelo largo y rizado trenzado con cintas, cuentas y plumas. Fuera como fuese, Rowan advirtió también en sus rostros una actitud vigilante. Estaban de pie, inmóviles, con los músculos de su magro cuerpo bronceado listos para huir. Asimismo, los ojos hundidos de Ogden mostraban una expresión grave.

Jonn y Jiller no se dieron cuenta. Sonrieron y se inclinaron ante los Viajeros, mientras Ogden, a su vez, les devolvía el saludo. Pero su sombría mirada seguía clavada en Rowan, y en sus ojos se adivinaba una pregunta. Rowan sabía cuál era.

«Algo anda mal. Lo presentimos. También tú lo presentes, lo sé. ¿Qué es?».

Rowan meneó apenas la cabeza. «No lo sé».

La mirada de Ogden se desvió hacia Perlain, el hombre de Maris, de pie con Allun, el panadero, Marlie, la tejedora, y los amigos de Jiller.

Marlie y Allun sonreían mientras obsequiaban a su madre con sendos ramilletes de flores. Pero Perlain, menudo y reluciente con sus ceñidas prendas azules, mostraba un porte rígido, con las manos palmeadas tensas y pegadas a los costados. Se había echado hacia atrás la capucha que lo protegía del sol ardiente en señal de respeto, de manera que Rowan pudo adivinar que sus ojos apagados y vidriosos escrutaban el horizonte.

Perlain tenía miedo, pero ¿qué había allí digno de ser temido, bajo aquella agradable sombra verde, en aquel valle protegido?

«Hay peligro, Rowan. Peligro en la tierra de Rin».

De pronto, el mensaje se materializó con claridad en la mente de Rowan. Era el Guardián del Cristal desde Maris, que le advertía al igual que había advertido a Perlain.

Pero Jonn y Jiller ya estaban de pie delante de la anciana Lann y la ceremonia había empezado.

«Ahora no puedo decir nada —pensó Rowan desesperado—. Y si lo intento, nadie me escuchará, por mucho que les recuerde que soy un héroe. Creerán que estoy intentando interrumpir la boda. Es probable que mamá y Jonn también lo piensen. No puedo hacerlo».

Hubo un tiempo en que había odiado la idea de que Jonn pudiera ocupar el lugar de Sefton, su padre. Pero ahora sabía que era el más indicado. Jiller le amaba, y Jonn del Huerto, el amigo de su padre, también era su amigo.

Nunca se lo había dicho a su madre ni a Jonn. En Rin se consideraba un signo de debilidad hablar con franqueza de los sentimientos, y solo demostrando su felicidad por aquel enlace podía mostrar Rowan lo dichoso que se sentía.

También había alguien más a quien tener en cuenta. Rowan observó a su hermanita, que estaba de pie a su lado, con los ojos abiertos de par en par. Annad nunca había conocido a su padre, que había muerto siendo ella un bebé. Adoraba a Jonn y había esperado aquel día con ilusión. Le fascinaba la idea de vestirse de gala y desfilar delante de la gente de la aldea.

«No puedo hacerlo —pensó de nuevo—. No puedo romper la magia de este momento. Perlain y Ogden se han resignado a esperar. Así pues, yo también. ¿Qué puede estar ocurriendo?».

Con enorme amargura, durante los días que siguieron, Rowan se arrepintió de aquella decisión.

2 ∞ El ataque



Reinaba el silencio bajo el gran árbol cuando Jonn y Jiller hicieron sus votos. Después, cuando Lann los declaró marido y mujer, se produjo una clamorosa salva de aplausos, vítores y felicitaciones.

Los adultos de Rin se congregaron a su alrededor y condujeron a los recién casados, junto con Perlain y los Viajeros, al convite que se había organizado cerca de allí. Annad daba saltos de alegría con sus amigos, como si la primavera se hubiera desatado en su corazón. Rowan permaneció donde estaba, observando.

Jonn y Jiller se sentaron a la cabecera de la gran mesa del festín, sin dejar de hablar y reír. Todas las mesas estaban provistas con lo mejor que la aldea podía ofrecer. Grandes fuentes rebosantes de frutas y ensalada, el mejor queso de bukshah, los más blandos bollos de pan que Allun y su madre Sara habían horneado, y gelatinas y tartas de todas clases que había preparado Solla, la fabricante de dulces. Grandes jarras de zumo frío de bayas y vino extraído de las margaritas silvestres se distribuían por doquier.

La música de los Viajeros empezó. «Tal vez Ogden haya decidido que es preferible continuar con la celebración mientras no ocurra nada», se dijo Rowan mientras se apoyaba en el tronco del gran árbol con la intención de ordenar sus pensamientos. La luz del sol se filtraba entre las hojas y esparcía por el suelo un mar de motitas doradas.

Bajo aquel dosel verde, la gente de Rin se había casado, bautizado a sus hijos y despedido a sus muertos desde que llegaron al valle trescientos años atrás. En aquel entonces, el árbol ya era grande. Ahora, era gigantesco.

—¡Rowan! ¡Mira!

La voz de Annad se oyó por encima de la música, la charla de los invitados y las risitas de sus amigos.

Rowan miró a su alrededor. Su hermana estaba de pie junto a la cerca, mirando hacia el campo de los bukshah. Parecía muy agitada.

—¡Ven a verlo! —gritó.

Rowan se reunió con ella. Sus amigos guardaron silencio y retrocedieron mientras se aproximaba, pero Annad corrió hacia él, se echó en sus brazos y tiró de él hacia la cerca.

—¡Están bailando! —rio, señalando a los animales.

Rowan contuvo el aliento ante la sorpresa. Las jorobadas bestias grises se habían situado una junto a la otra, hombro con hombro, formando un círculo. Todas miraban en la misma dirección. Sus cuerpos estaban tan apiñados que parecían compartir una sola crin. Algunas pateaban el suelo. A primera vista, daban la sensación de estar representando algún tipo de danza.

Annad correteaba sin parar.

—¡Vamos, Rowan! —chilló, tirándole de la mano—. ¡Ven! ¡Vamos a verlos!

—No, Annad —sonrió Rowan.

Aunque, a decir verdad, le habría gustado cambiar un rato la fiesta por el campo de los bukshah, sabía que resultaría extraño y descortés a los ojos de la gente.

Annad le soltó la mano, se descalzó y, sin prestar atención a su precioso y delicado vestido, saltó la cerca y empezó a correr.

—¡Annad! —la llamó Rowan, pero la niña hizo oídos sordos. Sonrió y meneó la cabeza mientras saltaba el arroyo y corría hacia los bukshah, llamando a Estrella, su líder. Su pelo enmarañado ondeaba y brillaba como el oro, y se arremolinaba bajo la suave brisa. Parecía una mariposa revoloteando en la hierba.

Rowan confiaba en que los bukshah rompieran aquella extraña formación al llegar su hermana, pero, para su sorpresa, no se inmutaron. Seguían inmóviles, con el hocico en alto, oliendo el aire.

Rowan los miró asombrado. Entonces, advirtió que los pequeños bukshah, los terneros que habían nacido en primavera, no estaban allí. Ni siquiera el negro, el más pequeño.

Annad danzaba alrededor de Estrella y le hablaba sin parar. Rowan dio un brinco cuando Estrella gruñó en señal de advertencia y la empujó con la cabeza.

Estrella era dócil y amable. Hasta el más pequeño de los niños de Rin podía conducirla. Se dejaba llevar. Quería mucho a Annad, casi tanto como a Rowan. Pero ahora daba la impresión de estar intentando apartarla de la manada.

Rowan frunció el entrecejo y aferró la cerca. ¿O acaso estaría indicándole que volviera por donde había venido? Para protegerse, para estar segura...

—¡Annad! —gritó con insistencia. Pero su voz quedó apagada por la música y las risas de los invitados al convite, y Annad no le oyó.

Observó que la niña dudaba por un momento, después daba un paso al frente y estiraba la mano para tocarla. Esta vez, el empujón que le propinó Estrella fue lo bastante fuerte como para derribarla. Las enormes bestias que había a izquierda y derecha de Estrella patearon el suelo, pero sin abandonar su lugar.

«No rompen el círculo», pensó Rowan. Y de pronto, comprendió por qué. Los terneros estaban en el interior, encerrados y ocultos por una muralla de poderosos adultos.

Un miedo terrible se apoderó de él. Saltó la cerca y echó a correr hacia el arroyo.

—¡Annad! —gritó—. ¡Annad! ¡Cuidado!

Pero ya era demasiado tarde. Lo que ocurrió a continuación duró apenas unos instantes, pero Rowan lo recordaría durante el resto de su vida como si en realidad hubiera durado largos minutos.

Corría como un poseso. Respiraba con dificultad y sentía un miedo atroz, pero su carrera fue en vano. Vio que Annad se volvía hacia él mientras se ponía de nuevo en pie, limpiándose el vestido. Distinguió su rostro sonrosado y disgustado, y el pelo de un rubio dorado oscurecido de repente por una enorme sombra que ocultó el sol.

Oyó un terrible rugido que procedía de la cima de la Montaña y, en respuesta, un áspero

silbido desde el cielo. Oyó también un batir de alas y el bramido de los bukshah cuando una figura horrible y gigantesca se lanzó hacia ellos, un ser con la piel moteada de verde, amarillo y gris, con el lomo erizado de espinas, y tres colas que parecían látigos. Oyó su propio grito de advertencia y el grito agudo de Annad al advertir el peligro y empezar a correr, con el vestido agitado por el viento que producía el aleteo de las poderosas alas.

Rowan saltó el arroyo y lanzó un grito de terror. Gritó a Annad que se tumbara en el suelo y se ocultara entre la hierba, aun sabiendo de que su hermana no oía ni comprendía nada que no fuera su necesidad de escapar.

Vio con horror que los ojos amarillos de la bestia se desviaban a un lado y fijaban su atención en la pequeña figura que corría, rosa y oro, a través del campo. Por un instante, el ser permaneció inmóvil, flotando en el aire, y Rowan distinguió alrededor de su cuello un destello que le asombró y desconcertó.

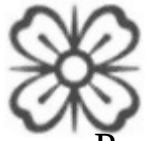
Después, sintió pánico al comprender de qué se trataba. El ser giró en el aire, olvidándose por un momento de los bukshah, se precipitó sobre Annad y la atrapó con sus enormes garras rojas.

—¡No! —aulló Rowan, al tiempo que agitaba las manos y gritaba a la bestia, con la intención de distraerla para que diera media vuelta de nuevo. Pero remontó el vuelo al instante, y después, con sus colosales alas batiendo con un ruido semejante al del trueno, se alejó con un silbido triunfal.

La carga era ligera. En pocos segundos, la bestia no era ya sino un punto oscuro sobre las distantes colinas, y a los pocos minutos había desaparecido de la vista.

Y se había llevado a Annad con ella.

3 ∞ La decisión



—Hemos de perseguir a ese monstruo y atacarlo allí donde se pose.

—No podemos dejar la aldea indefensa. Podría regresar.

—Pero Annad...

—La niña se ha marchado. Se ha marchado para siempre. No hay nada que hacer.

Acurrucado en el suelo y sumido en un profundo sufrimiento, Rowan oía las voces a su alrededor. Voces familiares. Sara, la anciana Lann, Marlie, Bronden.

Se incorporó y observó a la gente. Todos habían acudido a su lado para averiguar lo que estaba ocurriendo. Ahora se hallaban reunidos, aterrados y perplejos, con los vestidos de fiesta arrugados y los zapatos hundidos en la alta y exuberante hierba del campo. Los Viajeros y Perlain parecían haber desaparecido.

Jiller, cuyo rostro había palidecido por completo, estaba de pie, muy tiesa, al lado de Jonn, pero no se apoyaba contra su esposo en busca de consuelo. Ella jamás haría algo semejante.

La anciana Lann se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres que hagamos, Jiller del Campo? —preguntó en tono grave.

—Nada. —Jiller apenas movió los labios al hablar—. No se puede hacer nada. Annad se ha ido.

—¡No! —gritó Rowan.

Su madre lo miró. Sus ojos evidenciaban un profundo dolor.

—Se ha ido, Rowan —repitió—. Tú mismo viste a la bestia cuando se la llevó. A estas horas, ya debe de estar muerta.

—Eso... eso no lo sabemos —tartamudeó—. La bestia... no era salvaje. Estaba adiestrada.

Hubo un momento de silencio. Luego, Lann se acercó cojeando al muchacho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Llevaba... llevaba un collar. Lo vi. Un collar metálico con una sujeción para una cadena —contestó Rowan.

Lann lo miró fijamente. Su rostro estaba surcado por miles de arrugas, y su expresión demostraba su terrible sufrimiento. También ella quería a la pequeña Annad.

Rowan respiró hondo.

—Creo... que procede de allende los mares —dijo. Sintió los ojos de todos los aldeanos clavados en él, y sobre todo los de su madre. Le ardía el rostro, pero se obligó a continuar—: En la costa, el Guardián del Cristal presintió el peligro. Y los Viajeros también. Intuyeron algo extraño.

Se oyó un murmullo entre la muchedumbre.

—¿Y tú, Rowan?

La voz de su madre era monótona y apagada.

Rowan tragó saliva. Era la pregunta que había estado temiendo. Bajó la cabeza y habló con un gran esfuerzo.

—Sentí... algo. Una advertencia. Pero pensé que había tiempo para...

Balbuceaba como si le dolieran las palabras. Alzó la mirada.

El rostro de su madre se crispó.

—No me dijiste nada —dijo.

—Yo... no fui capaz. No quería estropear este día —murmuró Rowan.

Jiller asintió poco a poco, se dio la vuelta y echó a andar.

Marlie se apresuró a seguirla, pero Jonn permaneció junto a Rowan, con una mano apoyada sobre su hombro. A pesar del dolor que sentía, su voz era firme:

—No podías haberlo imaginado, Rowan —dijo—. No te culpes. Ven con nosotros.

No podía regresar a casa. Sabía que no sería capaz de consolar a su madre. En el fondo de su corazón, debía de odiarlo por lo que había hecho, y por lo que no había hecho.

Jonn vaciló. Luego lo soltó y se marchó.

La multitud se removía inquieta. Rowan distinguió a Allun de pie a un lado, con su rostro, habitualmente de buen humor, tenso y pálido.

—Si un animal ha venido hasta aquí desde el otro lado del mar, ¿quién sabe cuántos más podrían seguirlo? —dijo alguien—. Hemos de armarnos y prepararnos.

Timón, el maestro, ocupó el lugar de Jonn junto a Rowan.

—¿Hay algo más que puedas decirnos, Rowan? —preguntó en tono apremiante.

—No necesitamos saber nada más —aseguró Val, la molinera, de pie junto a su hermano, en el centro del gentío.

—¿Quién adiestraría a semejante bestia para hacer su voluntad? ¿Quién le pondría un collar metálico y no de tela o de cuero? ¿Quién la enviaría a través del mar para atacarnos? ¡Los Zebak!

Aquel odiado nombre cayó sobre la multitud como una losa. Lo que empezó siendo un murmullo apenas audible fue aumentando poco a poco.

—Los Zebak fueron derrotados en Maris no hace mucho —protestó Bree del Jardín—. Sufrieron centenares de bajas. ¿Acaso volverían a intentarlo tan pronto?

—Tal vez sus líderes han decidido que una invasión por mar es demasiado arriesgada —intervino Timón—, y ahora están probando una nueva estrategia de ataque... desde el aire.

El murmullo siguió aumentando de tono hasta convertirse en un parloteo enfurecido. Muchos puños se cerraron. Solo los más ancianos habían luchado contra los Zebak, pero todos habían visto las ilustraciones de sus crueles rostros y la línea negra que corría a través de su frente desde la nariz hasta el nacimiento del pelo.

Todos sabían que sus antepasados habían llegado a esta tierra como guerreros esclavos de los Zebak, y estaban dispuestos a luchar por conservar su libertad.

Mientras el alboroto aumentaba a su alrededor, Rowan miró hacia donde estaba Allun, pero este se había marchado.

La anciana Lann golpeó con el bastón en una roca y se hizo el silencio.

—Volveremos a hablar de todo esto —dijo con voz firme—, pero primero debemos desmontar las mesas del convite y llevar a la fresquera los alimentos que hayan sobrado. Nada debe desperdiciarse. Tal vez nos aguarden tiempos difíciles.

Rowan permaneció en silencio mientras la gente se disponía a cumplir con su tarea.

—No me cabe duda de que hiciste lo que creíste mejor, Rowan de los Bukshah —resopló Bronden al pasar a su lado—. Tú y tus amigos Maris y Viajeros..., que según he podido observar se han esfumado al primer signo de peligro. Pero quizá en una próxima ocasión decidas prestar mayor atención a tus percepciones.

Se marchó antes de que pudiera responder.

—Tu pueblo no te comprende —dijo una serena voz en su oído.

Rowan miró a su alrededor y vio a Perlain a su lado. El hombre Maris rezumaba humedad.

—He preferido no inmiscuirme en tu reunión —explicó—. Además, estaba seco. De manera que me zambullí en el arroyo y escuché. El hombre de ojos inteligentes... habló sabiamente, creo.

—Timón, sí —musitó Rowan.

—Es posible que este episodio solo haya sido una prueba —afirmó Perlain con calma—. De ser así, ha sido satisfactoria. Pronto, los Zebak constatarán que su bestia ha llegado hasta Rin y regresado.

Rowan tenía la boca seca como el polvo. Se humedeció los labios.

—¿Crees que entregará a Annad a los Zebak... viva? —preguntó por fin. Su corazón latía como el tambor de un Viajero.

—Sí —se limitó a responder Perlain—. Los Zebak prefieren mantener vivos a sus cautivos.

A pesar del ardiente sol, Rowan sentía un terrible frío en los huesos. Su mente era un torbellino de horror y sufrimiento, pero en el centro de aquella vorágine bullía una idea con toda claridad. Annad había sido capturada por su culpa. Porque no había hecho caso de la advertencia cuando presintió el peligro. Porque había dejado que fuera sola hasta el campo de los bukshah. Porque había sido demasiado lento en su intento de alcanzarla, antes de que aquella criatura pudiera atraparla entre sus garras.

Perlain lo miraba, pensativo.

—Estás muy apenado —dijo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

De pronto, Rowan tuvo una idea.

—Necesito una barca, Perlain —contestó—. Regreso a Maris contigo. Después, me dirigiré a la tierra de los Zebak para encontrar a mi hermana y traerla a casa.

Perlain meneó la cabeza.

—No puedes hacer eso, amigo mío. Un viaje como ese estaría sembrado de peligros, y al final solo conseguirías unirme a Annad en su destino, sin esperanza de escapar.

Oyó un sonido a sus espaldas, se dio la vuelta y vio a Estrella.

—Tu bukshah reclama tu atención —dijo nervioso, y se hizo a un lado.

Rowan acarició el suave hocico del animal. El tacto de su espesa piel lanuda era reconfortante. Estrella apoyó la cabeza contra su pecho y emitió un profundo gruñido.

—No te lamentes —le susurró Rowan—. Hiciste cuanto pudiste para advertir a Annad de que

debía marcharse del campo, y protegiste a los terneros con valor. Estuvieron a salvo dentro del círculo.

—¿Entiende tus palabras? —preguntó Perlain con curiosidad.

—Entiende su significado —respondió Rowan. Estrella olisqueó el aire y alzó la cabeza, pero esta vez no había sombra alguna visible en el cielo, sino una brillante mancha amarilla sobre el fondo azul.

Estaba planeando poco a poco. La figura suspendida de la gran cometa se aproximaba. Era Zeel.

Estrella resolló en el oído de Rowan. Al volverse, vio a Ogden, el narrador de historias, que se acercaba por el campo.

—La bestia ya estaba muy lejos cuando llegamos al campamento para lanzar la cometa —explicó Ogden—. Zeel la perdió de vista. Dio la señal de alarma.

Rowan no había oído ninguna señal, aunque parecía lógico, porque las flautas de caña de los Viajeros emitían unos sonidos demasiado sutiles para que los demás los oyeran.

Los pies de Zeel se posaron en el suelo con agilidad. La cometa ondeó a su espalda y se plegó. La recogió y se dirigió hacia ellos. El viento había retirado su pelo de la cara, tenía el ceño fruncido y sus ojos claros despedían chispas de ira.

Perlain se estremeció.

—¡Rowan! ¡No es una Viajera! —gritó el hombre de Maris, al tiempo que señalaba a la recién llegada—. No lleva la línea negra tatuada en la frente..., ¡pero aun así es una Zebak!

Se llevó la mano al cinto en busca del cuchillo.

—Tranquilo, Perlain —dijo Rowan—. Zeel es Zebak de nacimiento, pero fue traída por el mar cuando era un bebé y Ogden la adoptó. Puedes confiar en ella. Es una Viajera como los demás, créeme.

Perlain bajó la mano, pero permaneció alerta mientras Zeel se reunía con ellos.

—Lo siento, Rowan de los Bukshah —dijo—. La bestia era mucho más veloz que yo. —Se volvió hacia Ogden—: Sucedió lo que supusiste. Giró y puso rumbo a la costa. A estas horas debe de estar ya sobre los acantilados.

Rowan se humedeció los labios.

—¿Vas a perseguirla? —le preguntó Zeel casi con indiferencia, cargando la cometa al hombro. Rowan asintió.

—Es una locura —dijo Perlain con frialdad—. Por muy bravo que sea un pez, nada tiene que hacer si se aventura en la guarida de una serpiente.

—Pero no será solo un pez —intervino Zeel—. Rowan tendrá muchos compañeros. La gente de Rin es...

—No —la interrumpió Rowan, ruborizado—. Iré solo.

Zeel lo miró perpleja, sin dar crédito a sus oídos.

—Perlain me preparará una barca —dijo Rowan a toda prisa, para anticiparse a una posible réplica de Zeel—. Y si los Viajeros pudieran llevarnos a Maris en un par de cometas, ahorraríamos mucho tiempo.

Vio a Perlain boquiabierto, dispuesto a manifestar una alarmada protesta, pero Ogden ya estaba asintiendo.

—Tor irá a Maris —dijo—. Tor y...

—Y yo —terció Zeel.

Ogden esbozó una sonrisa.

—Así pues..., estamos de acuerdo.

—¡Es una locura! —gruñó Perlain—. Los mares que nos separan de la tierra de los Zebak son traicioneros, y aun en el caso de que Rowan consiga llegar a la costa, ¿qué hará después? ¿Adónde irá? Nadie puede saberlo.

Rowan meditó sus palabras y se le revolvió el estómago.

—Hay alguien que podría saberlo —dijo a regañadientes.

«Es una insensatez pensar en lo que haré después, cuando el viaje es de por sí tan arriesgado», pensó. Sus ojos cruzaron una mirada con Ogden.

—No es tan insensato —sonrió Ogden. Rowan se dio cuenta de que el narrador de historias le había leído el pensamiento—. Eres lo bastante sabio como para afrontar tu miedo. Debemos planificarlo todo hasta el mínimo detalle. Nada puede quedar al azar. —Reflexionó unos segundos, se acarició el mentón, y después alzó la mirada.

—Tengo que irme —concluyó—. Zeel te acompañará a nuestro campamento cuando estés listo.

Inclinó la cabeza y se marchó.

Estrella rozó el cuello de Rowan, y este la acarició con ternura.

—Voy a ir muy lejos, Estrella —dijo en voz baja—. Si no regreso, el pueblo nombrará otro guardián de los bukshah. Alguien que... no tenga miedo. Entretanto, madre cuidará de ti.

Los ojos pequeños e inteligentes de Estrella lo estaban mirando como si comprendiera sus palabras y se sintiera desdichada.

Rowan le dio una última palmada, se volvió y echó a andar hacia el huerto en compañía de Zeel y el silencioso Perlain. Cruzaron la arboleda en dirección al pequeño cobertizo. Rowan no sabía lo que le esperaba dentro. Solo sabía que, si quería rescatar a Annad, necesitaría ayuda, y la única que podía ayudarlo era Sheba.

La única señal que se veía en la extraña hierba pálida que crecía delante de la cabaña eran las huellas de unas pisadas que se dirigían a la puerta.

—La Mujer Sabia ya tiene un visitante —dijo Zeel—. Un hombre, creo, que camina deprisa y con ligereza, como un Viajero, pero con unas botas más pesadas, como las de Rin.

Rowan pensó que el visitante de Sheba podía ser la única persona en la aldea, además de la propia Sheba, que estaría dispuesta a dejarle partir sin obstáculos. Dejó a Zeel y Perlain, avanzó de puntillas por la hierba, llegó hasta la puerta de la choza y apoyó la oreja en ella para escuchar. En el interior se oyó una sonora carcajada y Rowan dio un paso atrás, temeroso, como si volviera a tener seis años.

—Entra, conejo escuchimizado —gruñó Sheba—. Te estaba esperando.

4 ∞ El regalo



Rowan entró en la choza con los ojos entornados para acomodar la vista a la penumbra, y sintió una sensación de ahogo a causa del denso olor a humo, ceniza, polvo y hierbas amargas que invadía la estancia.

Sheba estaba sentada de espaldas a la puerta con las manos extendidas sobre el hogar, y se las frotaba como si se las estuviera lavando, bajo el apagado resplandor rojizo. Al otro lado de la chimenea se hallaba el visitante. Como Rowan había imaginado, se trataba de Allun. Tenía el rostro pálido de ira.

—Nos hemos divertido poco —dijo Sheba sin volverse—. Este payaso medio Viajero no me ha entretenido lo más mínimo con su lastimero relato. Una mocosa perdida a causa de su estupidez y la debilidad de su hermano..., ¡bah! ¡Paparruchas! Y ahora ha cerrado la boca, enfurruñado como un chiquillo. Tal vez tú me proporciones una diversión mejor, conejo escuchimizado.

Sheba rio entre dientes y extendió sus dedos huesudos, para admirar las largas uñas amarillentas que se curvaban en los extremos como garras.

Rowan se esforzó por mantener la calma, aunque sus palabras le dolían e irritaban. Sabía que formaba parte del juego de la anciana encontrar los puntos débiles de sus visitantes para provocarlos. Le encantaba observar cómo se avergonzaban primero y cómo trataban luego de contener su miedo o su ira.

—Parece ser que tus artimañas no funcionan con todo el mundo, vieja —se burló Allun—. El chico es demasiado fuerte para ti.

«Cállate, Allun —pensó Rowan con desesperación—. No tienes ni idea de lo rencorosa que es». Pero no se atrevió a decir ni una palabra.

—Déjanos solos, Allun el panadero —murmuró Sheba—. Estoy cansada de tu cara de tonto.

—Sí, también yo estoy aburrido de la tuya —respondió Allun con una sonrisa sombría—. Pero no tengo la menor intención de dejar a mi amigo Rowan a solas contigo.

Sheba lo fulminó con la mirada y giró la silla hacia Rowan.

—Bien, vamos a tener una reunión —dijo, con una sonrisa horrible que dejó al descubierto sus dientes amarillentos—. En tal caso, tus compañeros, los que esperan fuera, deberán unirse a nosotros. Tengo curiosidad por verlos cara a cara.

Rowan vaciló y la mueca de Sheba se desvaneció.

—¡Ve a buscarlos! —tronó.

Rowan salió de la choza y llamó a Zeel y Perlain.

—Quiere veros, y creo que no hablará conmigo a menos que entréis —les susurró—. En

cualquier caso, una vez dentro, no digáis una sola palabra. No caigáis en la tentación de...

—Sabio consejo —chirrió la voz de Sheba desde el interior—. No intentéis ser más listos que yo. ¡Mostraos de una vez!

Zeel, con el ceño fruncido, y Perlain, inexpresivo como solo un Maris podía serlo, penetraron en la oscura sala.

—¡Ah! Ahora estamos todos —dijo Sheba, mientras miraba de arriba abajo a los nuevos visitantes—. Tenía a un payaso mestizo y a un alfeñique de Rin convertido en héroe, pero ahora ya somos más, un hombre-pep de secano y una Zebak que finge ser una Viajera. ¡Menuda colección de seres extraños!

Lanzó una carcajada estentórea y se dio palmadas en las rodillas. Polvo y ceniza se elevaron a su alrededor.

Rowan oyó que Zeel contenía la respiración enfurecida, y que Perlain la miraba y cerraba después los ojos. Pero ambos guardaron silencio. Por desgracia, Allun fue incapaz de contenerse.

—Olvidas incluirte a ti, buena dama —dijo en voz alta—. El espécimen más raro de todos.

Sheba dejó de reír al punto.

—No olvido nada, payaso —gruñó en señal de advertencia—. Y mejor harías en recordarlo.

Siguió un breve y desagradable silencio, pero Sheba se volvió de nuevo hacia Rowan.

—Y ahora, ¿qué obsequio has traído para la anciana Sheba, Rowan de los Bukshah? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué vas a darme a cambio del conocimiento que buscas? ¿Del conocimiento que solo yo puedo darte? Acércate.

Sonrió con una mueca horrible.

—Cuidado, Rowan —murmuró Allun—. Bufo como un gato, pero de una manera aún más desagradable.

Rowan avanzó hacia ella con el corazón en un puño. Había olvidado por completo que Sheba esperaba un obsequio. Allun había traído tartas de miel, bollos dulces y un cuenco de fruta que habían sobrado del festín. Estaban en un cesto junto a la silla. Rebuscó en los bolsillos. Desesperado, con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa que pudiera ofrecerle.

Sheba le observaba en silencio.

—Yo..., lo siento —dijo por fin—. No tengo nada que darte ahora. Pero lo que quiero pedirte es... muy importante. Te ruego que me ayudes. Si lo haces, te recompensaré con creces.

—Bien —repuso Sheba. Sus ojos lanzaban destellos rojos a la luz del fuego—. Cumplirás lo que dices, ¿no es cierto? Pero... ¿cómo vas a hacerlo, mi pequeño héroe, cuando estés encadenado en la tierra de los Zebak?

Rowan oyó que Allun lanzaba una exclamación ahogada a su lado, pero no se volvió hacia él, ni miró tampoco a Perlain y a Zeel, ambos de pie junto a la puerta.

—Redactaré un documento pidiendo a mi madre que cumpla mi promesa —contestó—. Ella lo hará.

—¿Y me darás cualquier cosa que te pida? —preguntó Sheba.

Rowan pensó deprisa. Sabía que le estaba tendiendo una trampa.

—Te daré lo que pidas si está en mis manos ofrecértelo —dijo por fin—. Y si el obsequio no

perjudica a nadie.

Observó fijamente a la anciana, pero esta no mostró decepción ni triunfo. Se limitó a asentir.

—Redáctalo, pues —concluyó—. La pluma está a tu lado.

Rowan miró y vio una pluma, un poco de tinta y una hoja de papel sobre una mesita. Consciente de que la mujer lo había previsto desde el principio, se arrodilló junto a la mesa y cogió la pluma con manos temblorosas.

—No confíes en ella, Rowan —le advirtió Perlain.

Sheba le dirigió una negra mirada.

—¡Silencio, hombre-pez! —ordenó Sheba.

Pero Rowan ya se disponía a escribir.

—Antes de empezar, dame la ayuda que me has prometido, Sheba —dijo, intentando mantener serena la voz.

La anciana sonrió.

—Te has vuelto astuto y hábil, conejo escuchimizado. Astuto como tu amigo el hombre-pez y hábil como la muchacha Zebak de ojos claros. Pero ¿qué te impedirá salir corriendo en cuanto te haya dado lo que tengo que darte y te haya dicho lo que tengo que decirte?

Rowan guardó silencio y miró el papel. Sentía los ojos de Sheba clavados en su cabeza, pero no alzó la vista. Sabía que, si lo hacía, sería incapaz de mantener la calma.

Transcurrió un minuto eterno. Después, Rowan oyó un suspiro y un sonido chirriante, como si la anciana se estuviera moviendo en su silla.

—Muy bien —dijo Sheba.

Rowan alzó la mirada y vio que la mujer le ofrecía algo. Era un paquete pequeño y delgado, envuelto en una tela encerada y atado con un cordón de seda trenzado. Lo tomó. El corazón le latía desbocado.

La tela del envoltorio era gruesa y olía a madera quemada, ceniza y hierbas amargas. No podía adivinar cuál era su contenido. Tiró del cordón, pero los nudos no se aflojaron.

—Solo se abrirá cuando llegues a la tierra de los Zebak —musitó Sheba—. Lo que contiene solo deberás usarlo cuando lo necesites de verdad. Cuando hayas perdido toda esperanza. Hasta entonces, guárdalo bien. Es muy valioso para ti.

Rowan deslizó el paquete en el interior de su camisa con dedos temblorosos.

—Te he dado lo que tenía que darte —dijo Sheba con semblante hosco—. Solo te diré lo que tengo que decirte cuando hayas cumplido tu parte. Ahora, escribe.

Rowan mojó la pluma en la tinta y escribió: «Madre, he contraído una deuda con Sheba, la Mujer Sabia. Deberás darle...».

Se detuvo y miró a la anciana, con la pluma aún apoyada en el papel. Los ojos de Sheba relucían, y se frotaba las manos con un sonido áspero y seco.

—¿Qué es lo que deseas? —murmuró Rowan.

—Mi precio es pequeño —respondió Sheba—. El ternero negro nacido en primavera en la manada de los bukshah.

Rowan sintió un escalofrío. Los bukshah eran cariñosos y disfrutaban de su mutua compañía.

La idea de que el pequeño ternero negro pasara el resto de su vida allí, solo, lejos de los campos, lejos de su madre y sus amigos, era aterradora.

—El ternero es demasiado... joven para dejar a su madre —tartamudeó.

Una lenta mueca se dibujó de nuevo en el rostro de la mujer.

—Esperaré mientras tomas una decisión. Estaré muy ocupada, sin tiempo para dedicarte.

—¿Por qué lo quieres? —se atrevió a preguntar Rowan.

—Porque me da la gana. —Sheba ladeó la cabeza para mirarle—. Porque es una rareza.

Distinto de los demás. Como yo. —Se inclinó hacia delante. El pelo grasiento osciló alrededor de su rostro—. Como tus amigos aquí presentes, y también como tú, Rowan de los Bukshah.

Aquellas palabras hicieron mella en lo más hondo de su mente y allí arraigaron, agujoneándolo como chispas abrasadoras. Miró de nuevo la pluma.

—Tal vez te preocupe más la libertad de esta bestia que la de tu hermana —se burló Sheba—. Ofréceme el ternero y no perdamos más tiempo.

Rowan sabía que no tenía otro remedio que hacer lo que le pedía. Escribió con el corazón henchido de dolor, se puso en pie y le entregó el documento. Sheba lo leyó poco a poco con los ojos entornados y después asintió, satisfecha.

—Bien —dijo, mientras doblaba el papel y lo guardaba debajo del cojín de la silla—. Así pues, ha llegado el momento. —Se volvió hacia Perlain, Allun y Zeel—. Dejados solos —dijo con brusquedad.

—Estoy bien aquí —sonrió Allun.

Los ojos de Sheba brillaban como el fuego.

—Marchaos, por favor —rogó Rowan.

Zeel y Perlain intercambiaron una mirada. Zeel asintió, tomó a Allun del brazo y tiró de él. Perlain empujó la puerta y entre él y Zeel consiguieron persuadir a Allun de que saliera con ellos. La puerta se cerró y el pestillo cayó con un ruido seco.

La pequeña habitación parecía vacía sin ellos. Rowan se hallaba junto a la silla de Sheba y se sentía muy solo.

5 ∞ LOS VERSOS



Sin prestar atención a Rowan, Sheba se inclinó, tomó un puñado de diminutas ramitas de la caja que había junto a su silla y las arrojó al fuego. Ardieron al instante. Llamas rojas y verdes bailaron sobre la madera ennegrecida. Las sombras saltaban como espíritus malignos por toda la estancia. A Rowan se le erizó el vello. Estaba asustado.

—¡Extiende tu mano! —le ordenó Sheba de pronto.

Rowan, vacilante, extendió la mano derecha y la anciana le sujetó con tal fuerza la muñeca que sus uñas afiladas se clavaron en su carne. Respiró hondo y alzó la vista. La mujer sostuvo su mirada. Los ojos de Sheba parecían extrañamente burlones y profundos, muy profundos. Rowan era incapaz de apartar los ojos.

—Ahora veremos quién de los dos es más fuerte —dijo la mujer con una voz diferente. Su mirada se hizo más profunda. Rowan experimentó la sensación de que tiraban de él. Caía, caía...

Después, como desde muy lejos, oyó que Sheba lanzaba una risita aguda.

Intentó liberarse, parpadeó y rompió el hechizo. Estaba mofándose en su cara, sin soltarle la muñeca.

—Bien —sonrió. Con una fuerza asombrosa tiró de su mano hacia el fuego. Las llamas se avivaron y lamieron los dedos de Rowan como cinco lenguas golosas.

Con un grito, Rowan intentó retirar el brazo, pero la mano de Sheba era fuerte como una roca y ya no parecía escucharle. Echó la cabeza hacia atrás, sin abrir los ojos, murmuró para sí y se balanceó un poco de un lado a otro. El fuego seguía subiendo, cada vez más alto. Sheba empezó a hablar. Las palabras llegaron a Rowan a través de una neblina de agudo dolor:

Cinco dedos extraños forman la mano del destino.

Cada uno obedece las órdenes del destino.

El fuego terrible guarda la respuesta

y cada secreto duerme hasta que llega su hora.

Cuando el dolor es la verdad y la verdad es el dolor

las sombras pintadas reviven.

Cinco partirán, pero no regresarán cinco.

Vana esperanza y orgullo arden en el terror.

Los ojos de Sheba se abrieron, y Rowan sintió que le soltaba poco a poco la muñeca. Retiró al punto la mano y la acunó contra su pecho, llorando de dolor. Oyó que Allun y Zeel golpeaban la puerta y gritaban, pero no pudieron abrirla.

La anciana estaba apoyada en el respaldo de la silla como si estuviera exhausta, pero aun así encontró fuerzas para reír.

—¡Oh, mi pequeño héroe! —se burló—. ¿No te ha gustado la lección de la vieja Sheba? Pues ahí va otra.

El dolor aumentó. Era insoportable. Y luego, de repente, se disipó como si nunca lo hubiera sentido.

Alterado y tembloroso, Rowan miró su mano, y en lugar de estar quemada y cubierta de ampollas como había esperado, la vio impoluta. Se quedó perplejo.

—Las apariencias engañan —dijo Sheba—. Y ahora, vete antes de que tus amigos se lastimen aporreando la puerta.

Rowan se enfureció. Ardía en su interior como aquel fuego que le había quemado la mano. Intentó aplacar la ira con todas sus fuerzas.

—Allun, Zeel —gritó hacia la puerta—. ¡Esperad!

Los golpes cesaron y miró de nuevo a Sheba.

—Todavía no me has dicho lo que necesito saber —dijo, asombrado de la serenidad de su voz. Ella se encogió de hombros.

—Te he dicho cuanto puedo decirte. Esto es lo que te prometí. Tienes las palabras. Recuérдалas.

—¡Las palabras no bastan! —exclamó Rowan—. No me has dicho a qué lugar del país de los Zebak debo ir, ni lo que debo hacer para salvar a Annad.

—Y ¿cómo podría decírtelo, Rowan de los Bukshah? —Sheba bostezó—. ¿Cómo podría saberlo? El país de los Zebak está muy lejos, demasiado lejos incluso para mí.

Sus ojos se cerraron.

—¡Esto no fue lo que me dijiste antes!

Lágrimas de ira asomaron a los ojos de Rowan. Se las secó, enfurecido.

La fina boca de la anciana se curvó en una sonrisa.

—Tú... no preguntaste —murmuró.

—¡Me has engañado!

Rowan avanzó hacia ella con la intención de zarandearla y sonsacarle algo más, pero el fuego emitió un horrible crujido al dar el primer paso y empezó a sentir molestias en la mano derecha.

Saltó hacia atrás con una exclamación ahogada, mientras el dolor aumentaba hasta extremos insoportables, y luego se desvanecía. No intentó acercarse de nuevo a Sheba. Siguió de pie en el centro de la sala y miró a la mujer con odio. Sheba estaba inmóvil en su silla y respiraba profundamente. Se había dormido, y Rowan sabía que no despertaría.

‡ ‡ ‡

Cuando salió de la choza, casi había anochecido. Miró a su alrededor sin dar crédito a sus ojos. Cuando había cruzado el claro para pararse a escuchar tras la puerta de Sheba, el sol estaba alto. ¿Cómo podía haber transcurrido tanto tiempo?

Después, recordó las llamas rojas y verdes y los dedos de la anciana sujetándole la muñeca. Y sus ojos... profundos, burlones.

El claro estaba desierto. Dos sombras que se movían bajo los árboles del huerto lo sobresaltaron, pero se tranquilizó al ver que Allun y Zeel salían a su encuentro.

—¿Qué te ha hecho la bruja? —quiso saber Zeel, fuera de sí.

Allun tenía una expresión consternada en el rostro.

—¡Has estado mucho tiempo en la choza! Te oímos gritar de dolor.

—No ha sido nada —respondió Rowan, aunque sin poder evitar un escalofrío al recordar lo sucedido.

—Fue por mi culpa. Me mofé de ella y se desahogó contigo —musitó Allun—. Porque fui incapaz de morderme mi estúpida lengua.

—No ha sido culpa tuya —lo tranquilizó Rowan—. Te estaba atormentando y enfureciendo para que reaccionaras como lo hiciste. Tampoco yo hubiera sido capaz de callar. Me engañó con sus trucos y me hechizó para que me quedara más tiempo del que pretendía pasar allí dentro. Y después, no me dijo gran cosa.

«Y lo que me dijo, mejor hubiera sido no saberlo», pensó.

—Cuéntanos —le urgió Allun.

Rowan repitió los versos y, a cada palabra, sentía punzadas en la mano al recordar el dolor.

Allun y Zeel le escuchaban con suma atención, pero, cuando Rowan calló, se miraron asombrados.

—Todas esas zarandajas acerca del fuego son muy desagradables —dijo Allun—. Y estas «sombras pintadas» que reviven... ¿qué son?

—No lo sé —suspiró Rowan—. No entiendo nada.

Se frotó los ojos con la intención de aclarar sus ideas y, de repente, se dio cuenta de que faltaba alguien.

—¿Dónde está Perlain? —preguntó al instante—. Hemos de irnos.

—Perlain partió hacia Maris con Tor hace mucho —contestó Allun. Sonrió fatigado y apoyó una mano en el hombro de Rowan cuando sus ojos se llenaron de pavor—. No, no temas. No te ha abandonado.

—Ogden estaba aquí, esperándonos, cuando salimos de la choza —explicó Zeel—. Dijo que ibas a estar con Sheba un buen rato y que Perlain no debía demorarse.

Rowan meneó la cabeza, desesperado.

Zeel lo tranquilizó.

—El plan de Ogden ahorrará mucho tiempo —dijo—. Te llevaré hasta la costa desde aquí siguiendo el rumbo de la bestia. Entretanto, Perlain traerá el barco desde Maris.

—¡Pero... los acantilados..., las rocas! —exclamó Rowan confuso—. Maris es el único lugar en la costa seguro para desembarcar. Esta es la razón de que los Zebak nunca hayan llegado desde...

—Ya hemos pensado en todo eso, Rowan —dijo Allun con dulzura—. Ogden tiene poder sobre el viento, ¿recuerdas? El barco de Perlain esperará en alta mar, en aguas más tranquilas, y Zeel y

Mithren, el de la cometa blanca, nos llevarán hasta allí.

Rowan asintió. Al parecer, habían ocurrido muchas cosas mientras él había estado con Sheba. Sus amigos habían estado pensando y planificando por él.

De pronto, parpadeó y se concentró en algo que había dicho Allun.

—¿«Nos»? —exclamó—. Allun, ¿has dicho «nos llevarán»?

—Por supuesto —contestó Allun en tono despreocupado—. Tengo curiosidad por saber qué se esconde en el paquete de Sheba. Por desgracia, no se puede abrir hasta que llegues a la tierra de los Zebak, de manera que he decidido acompañarte.

6 ∞ En la oscuridad



Durante todo el camino hasta el campamento de los Viajeros, Rowan intentó persuadir a Allun de que cambiara de idea, pero fue en vano. Allun reía y bromeaba, asegurando que estaba dispuesto a correr un terrible peligro con tal de conocer el secreto del paquete de Sheba.

—He heredado la curiosidad de mi padre —dijo—. Los Viajeros siempre queremos saberlo todo, y, por lo que parece, los medio Viajeros no son una excepción. Por otro lado, no puedo rechazar la oportunidad de surcar de nuevo el aire montado en una cometa. —Se rio con picardía—. Perlain es un caso aparte —aseguró—. «No lo comprendo», le dije. «Nada me gusta más que volar». Pero solo de pensarlo palideció y se puso a temblar.

Zeel caminaba a su lado sin decir nada. Por fin, cuando llegaron al campamento y se dirigieron al encuentro de Ogden, habló:

—¿De veras no deseas compañía en esta búsqueda, Rowan de los Bukshah? —preguntó a bocajarro—. ¿Acaso te dijo la hechicera que debías ir solo a la tierra de los Zebak si querías tener éxito en tu empresa?

Rowan tragó saliva y bajó la mirada.

—No —dijo, sumido en un mar de dudas—. Pero... el secuestro de mi hermana ha sido culpa mía, e intentar rescatarla ha sido idea mía, una idea que todos en Rin creen insensata. No quiero que... nadie más corra peligro por mi culpa.

Zeel asintió y se detuvo. Se volvió hacia Allun.

—Creo que ya va siendo hora de que dejes de esconderte como un caracol en su concha, y de que le expliques la verdadera razón de querer acompañarlo en esta búsqueda —dijo.

Allun esbozó una sonrisa que pronto se desvaneció, y que dejó una expresión de tristeza en su rostro.

—No correré ningún peligro por tu culpa, Rowan —murmuró con calma—. Desde el primer momento quise ir tras la bestia. ¿Por qué crees que acudí a la choza de Sheba? Por la misma razón que tú: para que me aconsejara y guiara durante el viaje. —Rowan lo miró asombrado, y después se encogió de hombros—. Solo estaba bromeando, en parte, acerca de la necesidad de saber de los Viajeros. Siento curiosidad, y mucha, pero en mí coexiste con el amor a la tierra, tan propio de Rin, y a una vida segura. No puedo limitarme a esperar, preparándome para defender el valle. Debo saber cuáles son los planes de los Zebak. ¿Cómo vamos a criar hijos, si siempre tenemos miedo de que se los lleven en el momento menos pensado? Vamos, Ogden nos espera.

Reanudó la marcha y se encaminó a buen paso hacia el lugar donde Ogden estaba esperando. Mithren lo acompañaba. Llevaba la cometa blanca al hombro. Estaba preparado.

Rowan se apresuró a seguir a Allun, con Zeel al lado.

—Está pensando en sus hijos —dijo Zeel en voz baja—. En los que tendrá algún día si se casa con Marlie, la tejedora.

Rowan asintió. Aturdido y apesadumbrado, pensó de nuevo en Annad y en el futuro. Allun tenía razón. Desde aquel día, el valle de Rin ya no podía considerarse un lugar seguro y protegido. Ahora, el cielo era una puerta abierta por la que en cualquier momento podía llegar el terror.

Volaron en la oscuridad, impulsados por el viento que Ogden había convocado, y Rowan tuvo la impresión, cuando las luces de Rin parpadearon y desaparecieron a sus espaldas, de que la oscuridad los estaba engullendo.

No llevaba nada, salvo el pequeño paquete de Sheba, el ardiente recuerdo de sus misteriosas palabras y la amargura del precio que había pagado por ellas. Solo se había despedido de Estrella. A su madre le dejó una nota garabateada que Ogden prometió entregarle.

Era como si de pronto hubiera cortado con todo lo que conocía y amaba, y estuviera perdiéndose en un mar negro sin límites.

De vez en cuando, por el rabillo del ojo, veía un destello blanco. Sabía que era la cometa del Viajero Mithren y que Allun volaba con ella, sujeto a Mithren mediante cordones de seda, al igual que Rowan iba sujeto a Zeel. Pero la oscuridad ocultaba a sus compañeros de vuelo. Solo la vela de la cometa, que aparecía y desaparecía de su vista, era la prueba de que Rowan y Zeel no estaban solos.

Volaron durante horas, y Rowan no podía hacer otra cosa que confiar en que Zeel sabía lo que estaba haciendo y seguía el rumbo correcto. Las estrellas la orientaban, de sobras lo sabía, pero para él las estrellas no eran sino fríos puntitos blancos en el firmamento, y todas le parecían iguales.

Se durmió durante un rato y poco después despertó, sobresaltado. Cada vez que se despertaba pensaba por un instante que todo había sido una pesadilla, y que ahora estaba en casa, durmiendo en su cama. Después, abría los ojos, veía el cielo negro, sentía el viento frío azotando su rostro y se daba cuenta de que no era un sueño.

Por fin, confuso y asustado, recordó las palabras de Sheba. Había intentado no pensar en ellas, pero no podía olvidarlas. Era como si estuvieran impresas a fuego en su mente, coloreadas por el recuerdo de un dolor insufrible.

Cinco dedos extraños forman la mano del destino.

Cada uno obedece las órdenes del destino.

El fuego terrible guarda la respuesta

y cada secreto duerme hasta que llega su hora.

Cuando el dolor es la verdad y la verdad es el dolor

las sombras pintadas reviven.

Cinco partirán, pero no regresarán cinco.

Vana esperanza y orgullo arden en el terror.

¿Qué podían significar aquellos versos? Sabía por experiencia que había que tomar muy en serio las profecías de Sheba, por misteriosas que parecieran. Pero estas palabras...

Cinco dedos extraños...

—Rowan, estamos llegando a la costa —gritó Zeel—. Mira abajo.

Rowan miró y vio que la negrura de la tierra se desvanecía y daba paso a la negrura del mar. Distinguió la espuma de las olas que batían en los sombríos acantilados. Allí, en aquel lugar que nunca había visto, terminaba la tierra y empezaba lo desconocido.

Estaban dejando atrás los acantilados y adentrándose en el mar. Al principio, el agua hervía y espumeaba alrededor de enormes rocas ocultas, y saltaba enfurecida en todas direcciones. Poco a poco, no obstante, fue calmándose mientras volaban, muy lejos ya de tierra firme.

Solo entonces experimentó Rowan un escalofrío de terror. Muy pronto, el poder de Ogden sobre el viento empezaría a menguar. Si el viento dejaba de soplar y la cometa caía, se sumergirían para siempre en aquellas aguas oscuras donde las serpientes estaban al acecho. Atados los dos, con la seda de la cometa agitándose a su alrededor, ¿qué probabilidades tendrían de mantenerse a flote? En cualquier caso, era un pésimo nadador y —sintió un nudo en el estómago cuando lo recordó— los Viajeros no sabían nadar. De ahí que Allun...

¡Allun! Rowan se dio cuenta de que no había visto el centelleo blanco de la cometa de Mithren desde que habían cruzado el litoral. Se volvió a un lado y a otro buscando con desesperación en la oscuridad. La cometa aminoró la marcha y se balanceó.

—¡Rowan! Están detrás de nosotros. ¡Estáte quieto! —gritó Zeel—. ¡Mira hacia delante!

Zeel equilibró el peso, estabilizó la cometa y recuperó el rumbo hacia la diminuta luz que sus agudos ojos habían visto hacía ya mucho rato y que ahora también veía Rowan. Era la luz del barco de Perlain, que los estaba esperando.

‡ ‡ ‡

De haber ido sola, Zeel se habría posado sobre la bamboleante cubierta del barco con tanta facilidad como en un prado, pero Rowan, tenso y anquilosado por el largo viaje, tropezó al tocar las tablas con los pies y cayó como un saco, arrastrando a Zeel con él.

—Lo... siento —tartamudeó. Intentó ponerse en pie, pero sus piernas no lo sostuvieron y cayó de nuevo. El barco se zarandeó.

Perlain acudió enseguida en su ayuda. Se agachó para sujetar a Rowan, mientras Zeel desataba los cordones.

Cuando por fin se puso en pie, Zeel rio, recogió los pliegues de la cometa amarilla y se los cargó al hombro. Miró al cielo. La oscuridad era absoluta. Sus ojos brillaban de entusiasmo.

—Atrás —ordenó—. Mithren y Allun están llegando. Dejadles sitio.

Con la ayuda de Perlain, Rowan se apartó con torpeza del lugar de aterrizaje y se apoyó en el

mástil. Por fin tenía algo a lo que sujetarse, y consiguió mantener el equilibrio. Oyó gritar a Zeel y se volvió para mirar.

Estaba de pie en mitad de la cubierta y miraba hacia arriba. La cometa blanca de Mithren flotaba casi inmóvil sobre la barca. Rowan contuvo el aliento. Algo iba mal.

—¿Por qué no aterriza? —preguntó Perlain angustiado—. ¿Por qué...?

En aquel momento, alguien gritó en la cometa. Zeel levantó los brazos. Rowan vio asustado que un cuerpo caía. O tal vez... no caía, sino que flotaba boca abajo en la oscuridad. Siguió mirando, boquiabierto, mientras la figura caía más y más, hasta que por fin penetró en la luz que proyectaba el barco hacia el cielo.

Era Allun, pálido pero resuelto. Estaba suspendido de un fino cordón y se balanceaba como una araña de una hebra de seda. Zeel lo esperaba con los brazos en alto. En cuanto estuvo a su alcance, le rodeó la cintura y lo sujetó con fuerza.

—¡Está bien! —gritó hacia la cometa. Al instante, Mithren cortó el cordón, que cayó a la cubierta, mientras Zeel se tambaleaba al cargar con todo el peso de Allun. Al igual que había hecho Rowan, Allun resbaló y rodó por el suelo tan pronto como sus pies tocaron las tablas.

Perlain se apresuró a ayudarlo, pero Zeel no le prestó atención. Miraba hacia arriba.

—¡Hasta pronto, Mithren! —gritó, al tiempo que agitaba los brazos.

—Volveremos a vernos, Zeel —llegó hasta ellos la débil respuesta. La cometa blanca giró en el aire, empezó a describir un gran círculo y después aceleró hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Aún sujeto al mástil, Rowan miró a Zeel con los ojos llenos de preguntas. Ella le devolvió la mirada sin hablar.

—¿No sería mejor que Mithren descansara un poco aquí antes de regresar? —preguntó.

La muchacha negó con la cabeza.

—Debe volver cuanto antes al círculo de poder de Ogden —contestó—. Fuera de él, el viento es cambiante y peligroso.

—Pero tú... ¿qué vas a hacer? —preguntó Rowan. Se volvió hacia Perlain, que permanecía en silencio a su lado—. ¿Y qué va a hacer Perlain?

—Estamos donde queremos estar —respondió Perlain con tranquilidad.

—Hemos decidido que esta búsqueda no solo te incumbe a ti o a Allun —añadió Zeel—. También nos incumbe a nosotros. Vamos contigo.

A Rowan le dio un vuelco el corazón.

Allun le dedicó una alegre sonrisa, aunque su rostro seguía pálido como la muerte.

—Menuda colección de extravagantes estamos hechos —dijo—. Pero, según parece, el destino ha decidido que seamos nosotros quienes realicemos su trabajo.

«*Cinco dedos extraños forman la mano del destino...*».

Rowan emitió un gemido y apretó el puño derecho. Aquellas palabras no cesaban de repetirse en su cabeza.

Zeel lo miró y alzó la barbilla.

—El destino no ha decidido nada. Lo hemos decidido nosotros. Y somos cuatro, no cinco. No

temas, Rowan, los versos en absoluto se refieren a nosotros.

—A menos que... —Rowan se humedeció los labios—. A menos que haya otro.

El barco se balanceó peligrosamente y Rowan se asió con fuerza al mástil para no caerse.

—La marea está cambiando —oyó decir a Perlain con su voz monótona—. Y el viento arrecia. Hemos de izar las velas y marcharnos de aquí. El oleaje podría arrastrarnos hasta la costa y estrellarnos contra las rocas. No hay tiempo que perder.

7 ∞ La tempestad



Perlain había llevado consigo tres chalecos salvavidas de corcho, uno para Allun, uno para Zeel y otro para Rowan.

—Flotan en el mar. Nuestra gente los usa cuando ha sufrido una lesión —explicó— y ha perdido el uso de los brazos o las piernas y no puede nadar.

—Mis brazos y mis piernas están perfectamente, Perlain, ¡y sé nadar! —protestó Zeel, mientras observaba con desagrado el grueso y, al parecer, incómodo artilugio—. Los Zebak aprenden a nadar incluso antes de aprender a andar. ¿Cómo crees que conseguí sobrevivir tanto tiempo en el mar antes de que me encontrara Ogden?

Perlain esbozó una sonrisa.

—Tal vez sepas nadar —replicó—, pero no como un Maris, y a juzgar por el aspecto del oleaje y el olor del viento, temo que necesitarás hacerlo como un Maris antes de que termine el viaje.

Allun y Rowan ya estaban ajustándose los chalecos. Tras unos momentos de duda, Zeel decidió imitarlos. Perlain asintió con satisfacción y luego dirigió su atención a las velas.

‡ ‡ ‡

El viento iba en aumento y las velas se inflaron. Durante muchas horas, dio la impresión de que el barco volaba sobre las olas, navegando tan deprisa y con tanta facilidad como la cometa de un Viajero en el aire. Se turnaban para descansar, aunque solo Perlain parecía capaz de conciliar el sueño. Los demás permanecían despiertos y se revolvían incómodos en sus chalecos de corcho, molestos por el incansable movimiento del barco.

Por fin amaneció, pero las nubes velaban el sol y el mar se mostraba teñido de gris y con olas impresionantes. Perlain, Rowan y Zeel comieron pescado seco y bebieron agua. Allun, solo tomó agua. Tenía el rostro entre blanquecino y verdoso. Estaba enfermo e iba empeorando a medida que avanzaba la mañana. Por fin, ya no pudo tenerse en pie y se quedó acostado, quejándose, en el fondo de la barca y tapado con una manta.

Rowan se inclinó sobre él con una expresión de preocupación.

—Me estoy muriendo, Rowan —se lamentó Allun.

—No Allun, mi buen amigo —dijo Perlain con serenidad—. Como ya te he dicho muchas veces, los seres terrestres sufren a menudo la enfermedad del mar. Es el movimiento del barco, según dicen.

Esbozó una amplia sonrisa mientras se volvía para ajustar una de las cuerdas.

—No lo comprendo —le oyó murmurar Rowan—. Nada me gusta más que navegar.

Por la tarde, Allun empezó a sentirse mejor, y por la noche ya se levantó. Incluso comió un poco.

—Nunca más me burlaré de ti por tener miedo a volar —prometió a Perlain—, si me prometes que nunca más me llevarás a navegar.

Pero, esta vez, Perlain no estaba de humor para sonreír. El tiempo estaba empeorando por momentos; se avecinaba una tormenta. Negros nubarrones cubrían el cielo, el viento soplaba con más fuerza y las olas empezaban a coronarse de espuma.

Por fin, la tempestad cayó sobre ellos. Llovía a mares, el tremendo oleaje zarandeaba peligrosamente el barco y las velas se rasgaron bajo la fuerza de un viento incesante y despiadado.

A medida que iban adentrándose en la oscuridad de la noche, el viento arreció y las olas parecían muros que flanqueaban los frágiles costados de la embarcación.

Rowan se dio cuenta de que su plan de hacer él solo aquel viaje no solo habría sido una insensatez: habría sido una locura. Él solo hubiera sido incapaz de mantener a flote el barco en un mar tan bravío. Aunque tampoco le habrían ayudado demasiado Allun o Zeel, pese a su determinación y coraje. Perlain era el único que podía hacerlo. Había nacido en el mar y se comportaba con una soltura de la que carecían sus compañeros. Sin sus pequeñas manos palmeadas al timón y su voz apremiante indicándoles de qué cuerda debían tirar, cómo distribuir el peso o qué vela izar o arriar, hubieran perecido en cuestión de horas. Pero también era Perlain el único que realmente comprendía el poder del mar, y fue él quien les advirtió, después de varias horas de lucha contra la terrible tormenta, de que corrían un extraordinario peligro.

—El mástil... no resistirá —gritó por encima del rugido del viento—. La fuerza del viento es excesiva. Está entrando agua en el barco y la galerna arrecia. Hemos de prepararnos...

—¿Para nadar?

El rostro de Allun se puso en tensión. Estaba empapado. Le dolían los músculos de los brazos de tanto tirar de las cuerdas, mientras Zeel y él se reclinaban sobre la borda para que su peso mantuviera erguido el barco.

—Sí —gritó Perlain—, pero no os preocupéis. Percibo que el mar es menos profundo aquí que antes. El viento nos ha hecho avanzar muy deprisa. Creo que estamos cerca de la costa..., aunque no del lugar que había previsto.

—Entonces, ¿dónde? —preguntó Zeel con inquietud.

Antes de que Perlain pudiera responder, sopló una terrible ráfaga de viento y se oyó un tremendo crujido cuando el mástil se partió.

Dio un salto para esquivar el poste de madera, que al caer hizo trizas el timón y la borda. Una ola inmensa barrió la cubierta y se llevó a Perlain con ella.

—¡Perlain! —gritó Rowan desesperado. El grito quedó ahogado por la repentina inclinación del barco, y sintió que la cubierta se deslizaba bajo sus pies. Antes de que pudiera pensar o gritar de nuevo, se precipitó al mar frío y negro.

Las olas lo zarandearon con una fuerza inusitada. Cegado y ensordecido, fue lanzado de un lado a otro. Tan pronto se hundía sin remedio en el agua como emergía de nuevo a la superficie gracias al chaleco de corcho, asfixiado y tratando desesperadamente de respirar.

—¡Allun! —gritó—. ¡Zeel! ¡Perlain!

Pero no podía oír nada. Nada, salvo el rugido de la tempestad, el azote del oleaje y los espantosos crujidos de las tablas de madera del barco.

Algo surgió de la negrura a su lado. ¡Una serpiente! Confuso y aterrorizado, Rowan empezó a bracear y a gritar, asfixiado por el agua salada que invadía su boca y su nariz. Se debatió ciegamente, con la terrorífica imagen en su mente de un cuerpo viscoso y serpenteante, unas fauces goteantes y unos dientes agudos como un alfiler.

Entonces, su mano topó con algo duro. No era una serpiente, sino un enorme pedazo de madera que se había desprendido de la embarcación. Se asió, y con las escasas fuerzas que aún le quedaban consiguió apoyar sobre la madera la cabeza y el pecho. No pudo hacer nada más. Aferrado a la madera, aterido de frío y tiritando, cerró los ojos.

—Lo siento, Annad —pensó, mientras se abandonaba al capricho de las olas.

‡ ‡ ‡

—¡Rowan! ¡Rowan!

Una voz lo llamaba desde la distancia. Rowan no quería responder, solo permanecer donde estaba, mecido por el silbido del viento, adormilado en aquella placentera especie de sueño en el que nada era real y nada había que temer. Pero ahora una mano le sacudía el hombro. La voz era más y más fuerte.

Frunció el ceño, gruñó y abrió los ojos. Le escocían, y al principio solo vio oscuridad.

—¡Ánimo! ¡Está con nosotros! —gritó la voz.

Un débil y ahogado clamor de alegría surgió de alguna parte.

Poco a poco, los ojos de Rowan se fueron acostumbrando a la oscuridad y, a través de la penumbra acuosa, vio inclinado sobre él un rostro que conocía: Perlain.

Rowan intentó hablar, pero tenía la garganta seca y se sentía exhausto. Se llevó la mano al cuello, tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—¡Perlain! —dijo con voz ronca—. Creía que te habías ahogado.

Perlain sonrió.

—No me dejes vencer tan fácilmente —dijo—. En realidad, era yo quien creía que te habías ahogado. Ha transcurrido más de una hora. Y ahora, como por milagro, la marea te ha traído hasta aquí, sujeto como un montón de algas a algunos tablones de mi pobre barco.

—¿Allun? —preguntó Rowan—. ¿Zeel?

—Están aquí —contestó Perlain—. Descansan. Al igual que tú, han tragado mucha agua salada y les ha sentado muy mal. —Miró a su alrededor—. ¿Te sientes con fuerzas para moverte? —preguntó—. A menudo, las serpientes cazan cerca de la costa, sobre todo después de una galerna, cuando pueden encontrar presas heridas en aguas poco profundas.

Solo entonces se dio cuenta Rowan de que estaban en aguas poco profundas, y de que Perlain le sujetaba la cabeza, manteniéndola fuera del agua. Consiguió permanecer erguido con un esfuerzo considerable. Después, apoyado en el hombro de Perlain, caminaron juntos hasta la

playa.

Allun y Zeel estaban tumbados en un pequeño terraplén de arena no lejos de allí, pálidos, empapados y temblorosos; pero ambos sonrieron satisfechos cuando vieron a Rowan.

—Vaya pandilla de héroes —bromeó Allun. Le castañeteaban los dientes—. Medio ahogados, medio congelados, medio muertos, exhaustos y con el estómago revuelto de tanto tragar agua. Eso sin mencionar que todas nuestras provisiones han servido de festín para los peces.

—Por lo menos estamos vivos —dijo Zeel, mientras Rowan se sentaba a su lado—. La tormenta ha pasado y todavía guardo mi pedernal para encender un buen fuego. También tengo cuerda y la cometa. Perlain tiene su cuchillo, y ha conseguido salvar una bolsa de agua potable. Y... —miró esperanzada al hombre Maris—, con un poco de suerte, no habremos ido a parar demasiado lejos de donde se supone que íbamos a desembarcar.

Perlain le devolvió la mirada, vacilante. Tenía las comisuras de los labios fruncidos, y al hablar su voz sonó tensa y extraña.

—No muy cerca, pero desde luego estamos en territorio de los Zebak. Creo... que ya había visto este lugar desde alta mar en el pasado. Si no me equivoco, por ahora estamos seguros, pero...

Enmudeció.

—Pero ¿qué, Perlain? —preguntó Rowan.

Perlain meneó la cabeza, se volvió y empezó a recoger pedazos de madera esparcidos en la arena.

—No es nada. En cualquier caso, no podré deciros si estoy en lo cierto hasta el amanecer. —Guardó silencio unos momentos. Después carraspeó y se volvió hacia ellos, sonriente—. Ahora, lo más urgente es encender una hoguera. Tenéis mucho frío y estáis empapados, y si seguís ahí tumbados, enfermaréis. Sé muy bien lo débiles que son los seres de sangre caliente.

Zeel y Allun rieron y se pusieron en pie con su ayuda. Aconsejaron a Rowan que se quedara donde estaba.

A decir verdad, poco más podía hacer, dadas las circunstancias. Se sentía desfallecido y mareado, y el pecho le dolía al respirar.

Zeel encendió una pequeña fogata con hierba seca y una chispa del pedernal, y luego arrojó ramitas a las llamas y, más tarde, trozos de madera.

La luz parpadeante, la calidez y el agradable chisporroteo de la hoguera eran reconfortantes, y Rowan empezó a recuperarse. Pero a medida que su mente se iba despejando, los pensamientos sombríos y desalentadores no tardaron en atormentarlo.

El barco se había hundido. Ninguno de sus compañeros había comentado nada acerca de lo que aquello podía significar, pero seguro que todos estaban pensando en lo mismo. Cualquiera que fuese el resultado de su misión, no sería fácil volver a casa.

«¿Y Annad? Mientras estamos aquí tumbados en esta extraña playa, ella está a merced de los Zebak —se dijo—. Sola, prisionera, tal vez herida...».

Borró aquellos pensamientos de su mente y se sentó. Aún llevaba puesto el chaleco de corcho. Le había salvado la vida, pero ahora le resultaba muy incómodo. Desató los cordones que lo

sujetaban y se lo quitó.

Mientras lo hacía, notó el paquete de Sheba debajo de la camisa. Su corazón dio un brinco. Lo había olvidado por completo. La tempestad, el naufragio, el miedo por la suerte de sus compañeros, su lucha por la vida...

Lo extrajo con dedos temblorosos de su escondrijo.

8 ∞ La mano del destino



El paquete estaba empapado. La tela encerada no había resistido la larga inmersión en el mar.

—¡Rowan! El obsequio de Sheba... ¿Cómo pude haberlo olvidado? —exclamó Allun, sentándose a su lado—. ¡Rápido! ¡Ábrelo! Tal vez sea lo único que pueda ayudarnos.

—Está muy mojado —dijo Zeel con el ceño fruncido—. Es posible que su contenido se haya estropeado.

Rowan forcejeó con el cordón trenzado que envolvía el paquete. Esta vez, los nudos se aflojaron. Tiró del cordón y empezó a desenvolver la tela encerada. Tenía miedo de lo que podría encontrar en su interior. Si se había echado a perder, no lo resistiría. Había prometido a Sheba el ternero bukshah negro a cambio del paquete, y en este había depositado todas sus esperanzas. La tela encerada estaba doblada y enrollada varias veces. En realidad, el paquete era mucho más pequeño de lo que había imaginado.

—Sea lo que sea, lo ha protegido bien —dijo Allun.

—Demasiado, diría yo —añadió Perlain con semblante inexpresivo.

Con el corazón acelerado, Rowan terminó de desenvolver la tela encerada y descubrió por fin su contenido: una mugrienta pieza metálica; un pequeño hatillo de la hierba pálida que crecía ante la choza de Sheba, y unas cuantas ramitas.

Lo miró, incrédulo. El desánimo fue tan amargo que asomaron lágrimas a sus ojos.

—¿Qué es esto? —gruñó Zeel, perpleja.

Perlain lo miraba con expresión severa.

—Lo que me temía. La bruja nos la ha jugado... por culpa mía, por advertir a Rowan de que no debía confiar en ella y por haberme hecho caso. Le dijo que no escribiría nada hasta que ella hubiera cumplido su parte del trato.

—Te dio unas cuantas ramitas del cesto, Rowan, con un poco de hierba y un pedazo de hierro para que pesara —murmuró Allun, disgustado—. Y todo delicadamente envuelto en una tela que lo disimulara. No me extraña que insistiera en que no lo abrieras hasta que estuvieras lejos de casa.

Zeel apretó los dientes.

—Está convencida de que no regresaremos.

—Lo siento —dijo Rowan en voz baja.

—No tienes por qué sentirlo —replicó Allun—. Sheba ya debía de tenerlo todo planeado desde el primer momento. El paquete estaba preparado cuando llegaste, ¿recuerdas? No ha sido culpa tuya, ni de Perlain..., ni tan siquiera mía..., por una vez.

Se miró las manos. A pesar de sus desenfadadas palabras, estaba consternado por lo que había ocurrido. También Zeel y Perlain guardaban silencio, con la vista clavada en el fuego. Rowan sabía que los tres estaban pensando lo mismo: «Un pedernal. Una bolsa de agua. Un trozo de cuerda. Un cuchillo. Sin medios para regresar. Y pronto amanecerá. ¿Adónde iremos? ¿Qué vamos a hacer?».

—Aún nos quedan los versos —dijo en un susurro.

—Sí, pero ¿qué significan? —preguntó Zeel con amargura—. Es imposible comprenderlos.

—De ninguna manera. Creo que Sheba no nos contó bien —bromeó Allun—. He estado dándole vueltas al asunto, y estoy seguro de que los dedos de la mano del destino somos nosotros, aunque solo seamos cuatro. Zeel es el dedo corazón, alto y recto; Perlain es el meñique, agazapado en un extremo; yo soy el anular, inútil y meramente decorativo, y Rowan es el poderoso pulgar, que nos obliga a actuar como deberíamos.

Incluso Perlain sonrió, aunque por poco tiempo.

—Quizá tengas razón —dijo en voz baja—. Y quizá, entonces, esta sea otra de las bromas de Sheba, ya que el dedo que falta es el índice, el primero, el que señala, el que muestra el camino, y el que sin duda más necesitamos.

Zeel se removió inquieta, retiró un trozo de madera ardiente de la fogata y se puso en pie. Trepó a las dunas de la playa que había a sus espaldas, utilizando la madera a modo de antorcha. Poco después, se le unió Allun. No tardaron en ser engullidos por la oscuridad, pero Rowan veía la luz titilante en lo alto de las dunas, que después se movió en círculo cuando Zeel se volvió en todas direcciones para escudriñar el terreno que se extendía ante sus ojos.

—No os alejéis —gritó Perlain—. ¡No abandonéis la orilla!

—Perlain —susurró Rowan—, ¿qué es este lugar? ¿Por qué estás asustado? Dímelo.

Perlain estaba pensativo y parecía muy preocupado.

—Creo... que estamos en los límites de lo que he oído llamar «los Eriales» —dijo por fin—. No sé nada de ellos, salvo que, según se cuenta, son inmensos y áridos. Es territorio Zebak, pero ningún Zebak se aventura en los Eriales. Es un lugar prohibido.

—¿Por qué? —quiso saber Rowan.

Perlain desvió la mirada.

—No lo sé —musitó.

Alzó la vista. Allun y Zeel regresaban. La antorcha se había consumido hasta quedar reducida a un rescoldo de fulgor apagado.

—No les digas nada, Rowan —le susurró al oído—. Tal vez me equivoque. Espero que así sea.

Zeel y Allun se sentaron de nuevo al lado del fuego.

—Se divisa un leve brillo en lontananza, en lo que tal vez sea el horizonte —informó Zeel, al tiempo que arrojaba la antorcha al fuego—. Pudimos oír algunos chirridos y crujidos, pero eso es todo. La oscuridad es casi absoluta. Ni siquiera los árboles se recortan en el cielo. Había pensado en lanzar la cometa y trazar el rumbo, pero tendremos que esperar hasta que amanezca.

—Como digas —murmuró Perlain—. El alba será la gran prueba.

Siguió un largo e incómodo silencio, solo roto por el sonido de las olas que barrían la arena y

por el crujir del fuego.

Rowan arrojó a las llamas una de las ramitas del paquete de Sheba, pero todavía estaba demasiado húmeda para prender. El obsequio de la bruja, en el que había confiado con tanta ingenuidad, no servía ni siquiera para arder. ¿Cómo se había dejado engañar por sus trucos? ¿Por qué había confiado en ella?

«Porque, al final, siempre ha demostrado ser digna de confianza».

Aquel pensamiento arraigó en su mente.

Miró el trozo de metal que tenía en su regazo, junto a las cuatro ramitas que quedaban en la tela encerada. Cogió una y la acercó a la lumbre. De pronto, se dio cuenta de que no era una simple pieza metálica, como había pensado al principio. Aunque sucio y mate, era una especie de medallón.

La esperanza volvió a su corazón. Lo frotó con la camisa y, a medida que lo iba limpiando, pudo comprobar que estaba decorado y que tenía una pequeña anilla en un extremo. Sin duda alguna estaba diseñado para llevarlo colgado del cuello.

—Quién sabe..., tal vez sea más útil de lo que parece —dijo alentado, mientras lo sostenía en alto para que todos pudieran verlo.

Allun alargó la mano y Rowan le dio el medallón, aunque a regañadientes. De pronto, se había dado cuenta de que no deseaba soltarlo. Lo miró con ojos ávidos mientras iba pasando de mano en mano.

—Quizá sea un amuleto —dijo Zeel, mientras lo examinaba con curiosidad—. Tal vez nos traiga buena suerte.

Entregó el medallón a Perlain y siguió contemplando el fuego, con el ceño fruncido y absorta en sus pensamientos.

—Hasta ahora no ha resultado muy beneficioso —dijo Perlain, y se lo devolvió a Rowan—. Ya veremos.

Rowan lo apretó en la mano durante unos instantes, sopesándolo. ¿Sería algo? ¿O nada? Imposible adivinarlo. Pero Sheba había dicho que el paquete era muy valioso, y, en cualquier caso, aquel medallón era lo único que podía ser valioso de todo cuanto contenía.

Movido por un súbito impulso, tomó el cordón de seda que había sido utilizado para atar el paquete y lo ensartó en el aro. Ató los dos extremos del cordón y se lo colgó del cuello. Ahora, el medallón reposaba sobre su pecho, oculto debajo de la camisa.

Hecho esto, experimentó un extraño alivio. Ahora que el medallón estaba a buen recaudo, protegido y oculto a la vista una vez más, era como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

«Pero ¿por qué? —se preguntó—. Aun en el caso de que sea algún tipo de amuleto mágico, ¿por qué guardarlo escondido? Y si solo se trata de un adorno, sin el menor significado...». Sonrió para sí, asombrándose de su propia estupidez.

—¡Rowan!

Al principio, no reconoció la voz como la de Zeel. Alzó los ojos, sobresaltado. Se quedó perplejo. De pronto, le invadió una profunda sensación de miedo.

Miró la fogata. La ramita húmeda que había arrojado al fuego se había secado y estaba

ardiendo. Llamas verdes danzaban a su alrededor. Todo el fuego se había avivado con una luz verdosa que se mezclaba con la anaranjada y rojiza de costumbre. Miró fijamente la hoguera, fascinado, y oyó las exclamaciones de incredulidad de Allun y Perlain, que también contemplaban absortos lo que estaba sucediendo, pero no podían apartar la vista del fuego.

Un rostro. Un rostro de ojos rojos le estaba mirando y una voz silbaba en su cerebro como el mismísimo fuego. Empezó a dolerle la mano derecha y oyó las palabras:

***La luz que brilla en su puerta trasera
te guiará desde la playa solitaria.
Pero los peligros te buscarán dondequiera que vayas.
Uno desde arriba, otro desde abajo.
Uno se esconde de noche, otro se esconde de día,
y duro y pedregoso será tu camino.***

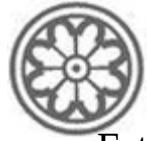
La voz se disipó y el rostro desapareció. La luz verde empezó a desvanecerse. Rowan parpadeó y tomó aliento. Al mirar de nuevo el fuego, las llamas habían recuperado su color anaranjado y rojo de siempre. La ramita se había convertido en un fino tubo de ceniza blanca, que se volatilizó ante sus ojos.

Alzó la vista y sus ojos se cruzaron con los de Perlain, Zeel y Allun.

—¿Qué brujería es esta? —susurró Zeel.

—Según parece —dijo Rowan, intentando hablar con tranquilidad—, hemos encontrado el quinto miembro de nuestra banda. El dedo índice, el que nos mostrará el camino... La propia Sheba.

9 ∞ Los Eriales



Después de que Rowan repitiera las palabras que le había comunicado el fuego, los cuatro compañeros guardaron un momento de silencio.

—Estos versos son más claros que los otros —dijo por fin Allun—. Aunque no puedo decir que sean más agradables.

Zeel frunció el entrecejo.

—La luz que hay que seguir debe de ser aquel brillo que vimos en el horizonte, la luz de la ciudad de los Zebak, sin duda alguna. No en vano los versos hablan de «su puerta trasera». Con todo, el brillo no podrá guiarnos de día.

—Así pues, deberíamos ponernos en marcha ahora mismo —sugirió Allun con impaciencia. Se puso en pie de un brinco, pero Perlain y Zeel menearon la cabeza.

—No podemos arriesgarnos a nuevos desastres, aventurándonos en lo desconocido sin provisiones y sin saber lo que nos espera —aseguró Zeel con firmeza—. Podría haber acantilados, cañones profundos e incluso ríos caudalosos. Faltan pocas horas para el amanecer. Deberíamos esperar hasta entonces.

—De nada servirá haber venido hasta aquí si perecemos por no estar preparados —convino Perlain—. Los versos dicen claramente que nuestro camino desde aquí será duro, y que afrontaremos peligros constantemente, tanto de día como de noche, procedentes de todas direcciones, incluido el cielo.

—La bestia que se llevó a Annad atacó de día —recordó Allun—. Llegó del cielo y cayó como un rayo. Si hay más..., si patrullan esta zona...

Para Rowan, aquellas voces resultaban distantes y sonaban como un eco. Aún se sentía confuso por lo que había visto en el fuego, y las palabras de Sheba le daban mala espina, pero un cansancio abrumador se iba apoderando poco a poco de él como una niebla espesa. Le conminaba a cerrar los ojos, a dormir.

Luchando contra el sueño, envolvió de nuevo las cuatro ramitas restantes en la tela encerada y guardó el paquete debajo de la camisa. Aun así, bostezó. Se le cerraban los ojos, y nada podía hacer para evitarlo.

Perlain se puso en pie.

—El alba está próxima —anunció—. No puedo meterme en el agua; las serpientes acechan a esta hora. Me tumbaré en la arena húmeda durante un rato.

Dio unos pasos hacia el mar.

Allun lo miró con inquietud.

—Algo le preocupa —murmuró.

—¡Sería extraño que no fuera así! —exclamó Zeel—. Tenemos mucho en que pensar.

—Bien, por lo que a mí respecta, si vamos a quedarnos hasta el amanecer, voy a pensar con los ojos cerrados, igual que Rowan —bromeó Allun.

—Tú duerme —respondió Zeel—. Yo vigilaré.

Y Rowan no oyó nada más.

‡ ‡ ‡

Hacia un día despejado y el sol ya calentaba cuando Rowan despertó. Abrió los ojos con un sentimiento de culpabilidad, y se sentó tan deprisa que la cabeza le dio vueltas.

Estaba solo junto a las cenizas de la fogata. Oyó el sonido de las olas que rompían en la playa. El cielo formaba una bóveda azul perfecta en lo alto.

Oyó voces y miró a su alrededor. Perlain, Allun y Zeel regresaban del mar, mojados y cargados con diversos objetos.

—Durante la noche, el oleaje ha traído hasta la costa parte de nuestras provisiones —gritó Allun cuando estuvieron más cerca—. Hemos recogido cuanto hemos podido.

Perlain fue el primero en llegar junto a Rowan.

—¿Has descansado? —preguntó, al tiempo que se agachaba para dejar en la arena una bolsa de piel de pescado y una manta empapada.

Rowan asintió, muy avergonzado por haber dormido tanto, aunque fuera una hora, mientras la pequeña Annad se hallaba en peligro. También estaba avergonzado por haber dormido mientras los demás trabajaban. Y estaba avergonzado, en fin, porque le habían permitido hacerlo.

«¡Qué hartito estoy de ser siempre una carga! —pensó de repente—. Otros de mi edad en Rin son fuertes y capaces de realizar cualquier tarea. ¿Por qué habré nacido tan débil?».

Dio media vuelta, mientras intentaba reprimir el dolor que sentía. Sheba tenía razón. Era una rareza, un extraño en su manada, como el ternero bukshah negro. Ahora gozaba de prestigio por lo que había hecho, pero nunca lo apreciarían por lo que en verdad era. Sus cualidades no se valoraban en Rin.

Sabía que habían nacido otros niños tímidos y de carácter dulce en la aldea durante los pasados trescientos años. Había oído historias acerca de ellos que solo demostraban lo extraños que eran. Muchos habían sido guardianes de los bukshah antes que él, pues aquellas enormes bestias eran de una docilidad extraordinaria. La mayoría de ellos nunca se casaron ni tuvieron descendencia. Habían pasado su vida solos, con los animales como única compañía. Rarezas. Nunca fueron comprendidos o aceptados.

—¿Te sientes mal, amigo mío?

Rowan alzó la vista y vio que Perlain lo estaba mirando, preocupado. Meneó la cabeza e hizo un esfuerzo por sonreír cuando Allun y Zeel se unieron a ellos.

—Dos paquetes de pescado seco —anunció Allun, mientras Zeel y él los dejaban caer junto a Perlain—. Otra bolsa de agua, una especie de galleta que parece estar tan dura que ni siquiera el mar ha podido desmenuzarla. ¿Será un pedazo de corcho?

—Es una tarta de algas —respondió Perlain con tranquilidad—. Mi pueblo las utiliza en los viajes largos. Son nutritivas y no pesan. Ha sido una suerte haberla encontrado. Nos será útil... en los Eriales.

Con el corazón en un puño, Rowan advirtió que Perlain, Allun y Zeel ya habían investigado el terreno que se extendía más allá de la playa, razón por la cual parecían tan bromistas y pletóricos de energía. Fingían buen humor e intentaban apartar de su mente lo que les esperaba.

—Tenías razón, pues —dijo a Perlain en voz baja.

Perlain asintió, evitando sus ojos.

Rowan vio a Zeel y Allun cruzar una mirada. Había algo que aún no le habían dicho.

Se puso en pie con movimientos inseguros y, sin mirar atrás, se encaminó hacia las dunas de arena, hasta donde Zeel y Allun habían ido la noche anterior. Un vasto panorama se extendía ante sus ojos, y el miedo invadió su corazón.

El sol deslumbraba al reflejarse en una vasta planicie que se abría en todas direcciones hasta perderse de vista. Rowan recordó que Zeel se había quejado de que todo estaba muy oscuro, hasta el punto de que ni siquiera era capaz de distinguir la silueta de los árboles recortada en el cielo. No era sorprendente. No había árboles. No había arbustos. Ni sombra ni lugar alguno donde refugiarse. Solo pequeñas matas de plantas diseminadas en la tierra quemada por el sol, que formaban una especie de mosaico rosa, oro y verde apagado.

Entre las matas se extendía la arcilla reseca, sembrada de rocas moteadas. Oleadas de calor se levantaban de la tierra, como un aliento caliente. Algo destellaba en el horizonte, un resplandor cegador, como si en aquellos parajes brillara otro sol.

Rowan alzó la vista. Ni un diminuto punto rompía la monotonía azul del cielo. Ningún animal describía círculos en busca de presas. Solo una gran bola al rojo vivo que abrasaba la tierra, cuarteada como las llamas que calientan un horno.

Pero los peligros te buscarán dondequiera que vayas.

Uno desde arriba...

Notó una mano en el hombro. Allun estaba a su lado y lo miraba con gravedad. Rowan tragó saliva.

—El peligro de los versos..., el peligro que amenaza de día y se oculta de noche... es el sol —concluyó.

Allun asintió.

—Así parece. De ahí que no te despertáramos. Tan pronto como vimos esta maldita planicie supimos que no podríamos cruzarla de día. El retraso es desafortunado, pero la única posibilidad de sobrevivir es viajar de noche. Si nos ponemos en camino al atardecer, llegaremos a la ciudad antes del alba.

—El peligro de la noche... —empezó a decir Rowan.

—Cualquier peligro que nos aguarde en la oscuridad —le interrumpió Allun— no puede ser

peor que el de morir asados. —Apretó los labios—. Como sin duda me estaría ocurriendo en este momento, en mitad de la planicie, si hubiera obedecido a mis impulsos. Perlain ya habría perecido, y yo estaría a punto de reunirme con él. ¿Cuándo aprenderé a comportarme con sensatez?

Dio media vuelta y empezó a descender por las dunas. Rowan lo siguió, impresionado por la amargura de sus palabras. Allun representaba tan bien su papel de bromista despreocupado que en ocasiones era difícil recordar que no se sentía tan seguro de sí mismo como parecía.

Durante su ausencia, Perlain y Zeel habían construido una tienda con ramas largas, la manta húmeda y la cometa de Zeel, y estaban sentados a resguardo del sol, hablando en voz baja.

Allun y Rowan se arrastraron y entraron también en la tienda. Perlain cogió su cuchillo del cinto, cortó cuatro rebanadas pequeñas iguales de la galleta de algas y las repartió, guardándose la última.

Rowan masticó. Era muy dura, pero estaba hambriento. Daba la impresión de haber transcurrido mucho tiempo desde la última comida, y aunque el sabor de la tarta era muy amargo, no le supo mal. Zeel olió su porción con recelo y luego empezó a mordisquearla como si no tuviera apetito. Allun miró aquel trozo de galleta con fingido desdén.

—Como panadero de prestigio, debo protestar por lo que tú llamas «tarta», Perlain —dijo—. Si tenemos que sobrevivir con esta bazofia, nos habremos convertido en pescado seco antes de una semana.

—Mejor pescado seco que morir de hambre —repuso Perlain sin la menor preocupación—. En cualquier caso, tú decides si comes o no.

Terminó su porción con expresión satisfecha, chupó las últimas migajas de los dedos, y después bebió un sorbo de agua de la bolsa.

—Un poco de agua para que pueda bajar mejor —dijo—. Pero solo un poco. Las provisiones son escasas.

Allun suspiró y empezó a comer, arrugando la nariz mientras masticaba. Perlain esbozó una sonrisa y salió gateando del refugio.

—Mientras descansáis, me zambulliré —anunció—. Así estaré listo cuando llegue el ocaso. Que durmáis bien.

Rowan esperó hasta que Zeel y Allun se hubieron acomodado, y luego salió también de la tienda. Encontró al hombre de Maris de pie en la orilla del mar, con la vista clavada en el horizonte.

—Perlain, no puedes acompañarnos hasta los Eriales —dijo con brusquedad—. ¿Qué pasará si el amanecer nos sorprende todavía de camino? No hay sombra donde guarecerse. Quedará poca agua para beber o para remojar tu piel. Morirás, Perlain.

—Corro peligro tanto si voy como si me quedo —contestó Perlain—. No hay agua potable en la playa, y si trato de escapar nadando, la noche y las serpientes darán buena cuenta de mí antes de llegar a tierra. Lo he meditado bien y he decidido que, si he de morir, prefiero hacerlo en compañía de mis amigos a morir solo. Empecé como un hombre-pezuera fuera del agua, y así terminaré.

Rowan trató de hablar, pero no pudo.

Los labios de Perlain se curvaron en una sincera sonrisa.

—No me arrepiento de haber venido contigo, Rowan —murmuró—. Sin mí habrías perecido en el mar antes de avistar la costa. Así pues, he cumplido con mi parte. Ahora, Allun, Zeel y tú deberéis cumplir con la vuestra. —Dicho esto, se metió en el agua—. Pero no te preocupes, no moriré antes de que haya llegado mi hora —dijo, y cerró los ojos—. Ahora ve y reposa, Rowan. Debes recuperar todas tus fuerzas. Quién sabe lo que nos deparará la noche.

10 ∞ El peligro de la noche



Partieron justo antes del crepúsculo, cuando el sol era un disco rojo de fuego que brillaba en el horizonte. El cielo estaba teñido de rojo. Incluso el aire parecía rojo cuando dejaron atrás las dunas y se aventuraron en la extensión de rocas lisas. La tierra ardía bajo sus pies.

Caminaban deprisa, con la cabeza gacha para que el sol no les quemara los ojos y mirando al suelo para no tropezar.

—Los versos decían que nuestro camino sería duro y pedregoso —se quejó Allun—. Pero no nos advirtieron de que nos hervirían los pies. Estas rocas son como bandejas recién salidas del horno.

—Pronto se enfriarán —dijo Zeel—. O al menos eso creo. Siempre sucede en los espacios grandes y desiertos como este.

—Me complace saberlo —contestó Perlain. Se había adelantado bastante a los demás y casi corría sobre las piedras, con la esperanza de llegar cuanto antes al terreno más fresco y blando que los aguardaba. La manta empapada le envolvía la cabeza y los hombros para protegerle del calor sofocante.

—Quizá si el sol es el peligro que nos acecha de día desde arriba, el frío que nos espera por la noche es el peligro que nos amenaza desde abajo —sugirió Allun.

—Podemos soportar el frío —repuso Zeel con determinación—. Nos acurrucaremos todos juntos y nos envolveremos con la seda de la cometa para calentarnos. Tor, Mithren y yo lo hemos hecho a menudo... en el pasado.

Su voz cambió mientras decía estas últimas palabras. Su rostro, por lo general fuerte y resuelto, mostraba ahora una expresión sombría. Parecía ablandado y desorientado.

«Echa de menos a su gente —pensó Rowan—. Se pregunta si alguna vez volverá a volar con Tor y Mithren sobre los campos verdes, o a caminar por la hierba descalza con Ogden. Teme no ver de nuevo su hogar».

Vio que Zeel alzaba la vista y fruncía el ceño, mirando hacia el punto donde los destellos plateados que indicaban el emplazamiento de la ciudad Zebak se fundían con el escarlata del cielo.

Aquella ciudad había sido su hogar. De pronto, le asaltó aquella idea. Era fácil olvidar que Zeel no había nacido Viajera, sino Zebak. ¿Recordaría algo de su vida pasada? ¿Bullirían en su mente aquellos recuerdos, buenos o malos, en aquel momento?

—¡Por fin! ¡Estamos llegando al final de estas condenadas rocas!

La exclamación de Allun interrumpió los pensamientos de Rowan, que miró al frente.

En efecto, el terreno rocoso estaba dando paso a la suave arcilla cuarteada y a las matas de

plantas que habían divisado desde las dunas de arena. También había piedras moteadas esparcidas por todas partes, pero no sería difícil sortearlas.

Perlain ya había llegado. Miró al frente, sonrió aliviado a sus compañeros y empezó a caminar por la arcilla.

De inmediato, con un grito de terror, levantó las manos y desapareció.

—¡Perlain! —gritó Rowan, aunque apenas pudo oír su grito, ni tampoco los de Allun y Zeel. Era como si toda la planicie estuviera chillando y moviéndose.

Aquellas piedras moteadas poseían vida y habían empezado a levantar el vuelo, extendiendo unas alas escamosas y abandonando las rocas lisas sobre las que habían estado acucilladas. Como una bandada de espantosos pájaros hinchados y carentes de plumas, las bestias luchaban con denuesto por conseguir un poco más de espacio, sin dejar de chillar y silbar, presas del pánico. Y desde debajo de la tierra se oyó otro sonido, una especie de gruñido demoníaco que heló la sangre en sus venas.

Zeel había llegado al límite de las rocas y ya estaba descendiendo por el hoyo en el que había desaparecido Perlain.

—¡Perlain! ¡Aquí! —gritó, al tiempo que estiraba la mano. El gruñido se oyó de nuevo, esta vez más fuerte y estridente.

—¡Por mi vida! ¡Allun! ¡Ayúdame, por favor!

Los animales voladores llenaban el aire. Los había a millares, y, desde donde Rowan estaba, era imposible distinguir dónde terminaban las rocas. Echó a correr con desesperación, alzando los brazos para protegerse los ojos. Centenares de bestias escamosas se precipitaron contra su espalda, cabeza y hombros, se aferraron a su ropa y a su pelo con sus diminutas garras, sin dejar de aletear frenéticamente. Rowan intentó desembarazarse de ellas.

—¡Rowan! —Allun lo llamaba—. ¡Aquí! ¡Aquí!

Zeel también estaba gritando.

—¡No puedo sujetarlo! ¡Lo tiene atrapado! ¡Ayudadme!

Rowan se volvió y corrió a ciegas hacia las voces.

Por fin, llegó al límite de las rocas, donde Allun estaba tumbado en el suelo mirando hacia abajo, con los brazos alrededor de la cintura de Zeel, tirando de ella con todas sus fuerzas.

Zeel tenía medio cuerpo dentro del hoyo, con los brazos extendidos hacia un pozo de negrura que se abría a un lado. En aquel instante, Rowan comprendió. Perlain había caído en un túnel subterráneo; la fina capa de arcilla que había formaba el techo del túnel y había cedido bajo su peso.

Al principio, Rowan no pudo distinguir a Perlain, pero luego observó que las delgadas manos bronceadas de Zeel lo estaban sujetando por los tobillos. La oscuridad del túnel ocultaba el resto de su cuerpo. Zeel intentaba tirar de Perlain para izarle a la superficie, pero algo tiraba a su vez con enorme fuerza en dirección opuesta.

—¡No puedo sujetarlo! —gritó de nuevo.

—¡Rowan, ayúdame! —exclamó Allun.

Rowan estaba petrificado. Una docena de pensamientos desfilaban por su mente aterrorizada.

Podía sujetar a Allun y ayudarlo a tirar, o saltar dentro del hoyo con Zeel y ayudarla a liberar a Perlain de su atacante.

Pero sabía que no era lo bastante fuerte y que sus esfuerzos apenas darían resultado. El miedo que sentía tal vez le proporcionaría la fuerza necesaria para llevar a cabo un gran esfuerzo, pero sin duda no duraría demasiado.

Con un súbito tirón, Zeel se vio arrastrada hacia delante, y Allun con ella.

—¡Rowan! —gritó Allun. Estaba intentando no perder el contacto con Zeel e izarla de nuevo hacia las rocas.

La tierra que había al otro lado del hoyo se desplazó. Lo que había allí abajo, y que sin duda consideraba a Perlain su presa, se revolvió enfurecido. La arcilla se agrietó y derrumbó, formando una larga línea sinuosa que mostró con claridad el camino que seguía el túnel subterráneo, y también el cuerpo alargado y serpenteante de la bestia que se agazapaba en su interior.

Se oyó un alarido terrible. La arcilla seguía agrietándose. Los animales moteados chillaron y se dispersaron aterrorizados, azotaron el rostro de Rowan con las alas y le obligaron a bajar la cabeza y mirar las piedras.

«Las piedras...».

—¡Rowan!

«Un gran esfuerzo...».

Sin apenas pensar en lo que hacía, Rowan se inclinó y cogió una pesada piedra del suelo. Con los músculos tensos, la levantó por encima de su cabeza y la arrojó con todas sus fuerzas contra la línea de arcilla cuarteada.

—¡Ahora! —gritó en el mismo momento—. ¡Allun! ¡Zeel! ¡Tirad ahora!

La piedra abrió un boquete en la arcilla y cayó sobre la bestia.

Se oyó un chillido ronco, la tierra se levantó, y de pronto Allun se tambaleó hacia atrás, mientras tiraba de Zeel hasta las rocas y el cuerpo carente de fuerzas de Perlain emergía con ella, como el corcho de una botella.

—¡Rescatadlo! —chilló Rowan, y corrió a ayudarlos cuando depositaron al hombre de Maris sobre las piedras—. ¡Atrás!

Pero apenas habían conseguido dar unos pasos cuando la roca que Rowan había arrojado salió disparada a un lado entre una lluvia de arcilla, y la bestia se dispuso a salir a la superficie. Emergió del hoyo y se abalanzó sobre ellos, mientras sus colosales pinzas curvas se abrían y cerraban y acuchillaban el aire, al tiempo que los segmentos rojizos de su enorme cuerpo ondulaban al moverse, y mil diminutas patas serpenteaban como lombrices cornudas. Zeel no pudo reprimir un grito de horror, que a Rowan le pareció incluso más pavoroso que el de la bestia.

Sostuvieron a Perlain entre ellos y echaron a correr para salvar la vida, tropezando con las piedras y esperando en cualquier momento oír el sonido de la bestia que les pisaba los talones. Pero no fue así, y cuando por fin miraron atrás, no había nada; solo el cielo rojizo, la planicie y las pequeñas bestias voladoras, que describían círculos en lo alto.

Zeel, entre sollozos, se dejó caer en las rocas con la cabeza entre las manos. Allun y Rowan acostaron a Perlain a su lado. El hombre de Maris estaba cubierto de arcilla desde la cabeza hasta

los pies. Sus ojos daban la impresión de haberse cerrado para siempre.

Allun se arrodilló y apoyó el oído en su pecho. Rowan lo miró y contuvo el aliento. Cuando Allun levantó la cabeza y asintió, no pudo evitar un suspiro de alivio.

Tomó la bolsa de agua y humedeció los labios de Perlain.

—Estás a salvo, Perlain —susurró—. La manta debió de protegerte. El animal se ha ido. Despierta, Perlain.

Por fin, Perlain abrió los ojos. Estaban vidriosos a causa del terror.

—¡Serpiente! —musitó.

—No —se estremeció Zeel a su lado—. Ishkin.

Allun y Rowan la miraron con asombro. Tenía el rostro blanco bajo la película de arcilla y le temblaba la boca. Rowan jamás había imaginado que vería en aquel estado a la enérgica Zeel.

—Zeel, te acuerdas... —susurró, cuando comprendió por fin.

Ella se humedeció los labios y asintió.

—Recuerdo... una ilustración —dijo con voz ronca—. Una ilustración... horrible, aterradora. Me la enseñaban cuando me portaba mal, cuando... desobedecía. Lo había olvidado..., hasta ahora que lo he visto... —Se echó a llorar, pero siguió hablando—. También había palabras. Todos me señalaban y cantaban unos versos. Lo recuerdo. Recuerdo que tenía mucho miedo. Decían así:

***Niña mala, niña mala, te meteremos en el cubo,
con la basura hasta el cuello, cuello, cuello.***

Saldrá un ishkin y tirará de ti.

Te hará llorar, te dejará reseca y arrojará la piel.

Enmudeció. Todo su cuerpo temblaba.

Rowan sintió que se le erizaba el vello. ¿Qué clase de gente aterrorizaría a una chiquilla como aquella? No debería tener más de dos años cuando la encontraron los Viajeros.

Zeel apretó las manos para dejar de temblar e intentó reír.

—Una simple canción de cuna —musitó—. Es una estupidez que ahora me asuste. —Pero, aun así, seguía temblando, como si nunca fuera a parar.

Rowan y Allun intercambiaron una mirada.

—No es ninguna estupidez, amiga mía —dijo Allun en tono despreocupado—. Ahora he visto a este ishkin con mis propios ojos, y la idea de encontrarme de nuevo cara a cara con él no me complace en lo más mínimo.

—No hay solo uno —dijo Zeel. Cerró los ojos—. Hay muchos. Muchos, muchos. El suelo está lleno de ellos.

‡ ‡ ‡

Allun y Rowan dejaron descansando a Perlain y a Zeel y se encaminaron de nuevo hasta el límite

de las rocas. El sol se había puesto en el horizonte y la luna iniciaba su periplo nocturno.

Nada se movía en la planicie. Las bestias voladoras se habían agrupado una vez más sobre las rocas planas.

—Según parece, los ishkin no suelen atacar en la superficie —dijo Allun—. Esperan a que una presa caiga a través de la arcilla. Los lagartos voladores están a salvo en las rocas.

—No comprendo por qué hay tantos lagartos voladores. —Rowan observó la extraña escena que tenía ante sus ojos—. No he visto insectos ni animales pequeños que puedan servirles de presa, ni tampoco se alimentan de plantas. ¿Qué comerán?

Mientras hablaba, se inició una pelea entre un grupo de animales, y dos de ellos salieron malparados. Uno consiguió remontar el vuelo, pero el otro, menos afortunado, cayó sobre la arcilla.

Al instante, la tierra se hundió bajo su cuerpo, se oyó un veloz chirrido y fue engullido en la oscuridad. Sus compañeros parlotearon durante unos segundos, para luego posarse y continuar su descanso.

Rowan desvió la mirada, asqueado.

—Por lo menos, ahora ya sabemos qué comen los ishkin —concluyó Allun con semblante sombrío—. Es evidente que toda la planicie está minada de túneles. Mira allí.

Señaló el lugar donde media hora antes habían salvado a Perlain. El túnel ya había sido reparado. La tierra que formaba su techo estaba lisa como antes.

—Los versos de Sheba decían: «Duro y pedregoso será tu camino». —Rowan contempló de nuevo la llanura..., la lisa y traicionera arcilla, las matas de pequeñas plantas espinosas, y por fin las piedras planas sobre las que se apiñaban las bestias voladoras—. Tal vez las piedras...

Allun asintió en silencio.

—Sí —dijo—. Si las piedras son los únicos lugares en los que estos lagartos están a salvo, quizá deberíamos transformarnos en lagartos y hacer como ellos. Lagartos sin alas. Tendremos que saltar de piedra en piedra para atravesar estos malditos Eriales.

Respiró hondo.

—Muy bien, Rowan. Que sea lo tenga que ser. Iré a buscar a Perlain y Zeel y nos pondremos en camino. Si queremos llegar a la ciudad al alba, no hay tiempo que perder.

11 ∞ Contra la pared



Rowan permanecía en silencio. La idea del peligroso viaje que tenían por delante lo amedrentaba. Si alguien cometía un error al saltar, caería sobre la traicionera arcilla y sería engullido en un abrir y cerrar de ojos por una de aquellas bestias que acechaban bajo tierra.

Los versos que Zeel había repetido no paraban de darle vueltas en la cabeza. Palabras insensatas y horribles.

Saldrá un ishkin y tirará de ti.

Te hará llorar, te dejará reseca y arrojará la piel.

Se le revolvió el estómago al recordar el chillido de la bestia voladora cuando fue arrastrada bajo tierra, al recordar al ishkin erguido sobre ellos con sus enormes pinzas curvas y sus patas ganchudas. Aun así, sabía que Allun estaba en lo cierto. Tenían que cruzar la planicie de algún modo, y aquella era la única forma plausible.

—Perlain está muy débil —dijo finalmente—. Y Zeel... tiene miedo.

Allun se volvió hacia él.

—Y se supone que tú y yo no tenemos miedo, ¿verdad? —preguntó con aspereza.

Rowan fue incapaz de encontrar una respuesta. Allun sostuvo su mirada.

—El miedo nos hará fracasar, Rowan —dijo en un tono más amable—. Así pues, hemos de fingir confianza aunque no la sintamos. Hasta el punto de creer que todo saldrá bien.

Su rostro enjuto esbozó la acostumbrada sonrisa de payaso, y dio unas palmadas en el hombro de Rowan.

—Por lo que a mí respecta, estoy acostumbrado a fingir. Lo he hecho toda la vida. Tengo un gran talento para ocultar mis verdaderos sentimientos. Ahora ha llegado la hora de utilizarlo.

Durante muchas horas, fueron saltando en fila india de piedra en piedra, zigzagueando a través de la llanura mientras la luna brillaba en el firmamento. Allun encabezaba la marcha a buen paso. Elegía el camino más fácil, pero también el más directo posible hasta el leve brillo del horizonte.

Daba la impresión de que la llanura bullía de actividad. A su alrededor, los ishkin no paraban de dar buena cuenta de sus presas. Las bestias voladoras moteadas a las que Allun había bautizado como «grumos» eran innumerables y peleaban entre sí a menudo, de manera que aquella horrenda escena que Rowan había visto horas atrás se repetía una y otra vez.

Pero Allun nunca miraba al suelo ni a los lados, solo al frente. Tenía los bolsillos llenos de guijarros y los iba arrojando para asustar a las criaturas agrupadas en la siguiente piedra.

—¡Apartaos, grumos! —iba diciendo—. ¡Dejad paso!

Los grumos echaban a volar irritados. Entonces, Allun saltaba al instante, aprovechando que la piedra había quedado libre. Después, elegía el siguiente lugar de aterrizaje, arrojaba otro guijarro y volvía a saltar.

Llamaba con frecuencia a Perlain, Zeel y Rowan, que seguían sus pasos, y su voz apagaba los sonidos chirriantes de los ishkin cuando atacaban y los desesperados chillidos de sus víctimas. Nunca estaba callado, jamás se quedaba inmóvil. Animaba, bromeaba, silbaba e incluso cantaba.

—Siempre había soñado con ser bailarín —decía—. ¡Qué forma más extraordinaria de practicar mi arte!

La siguiente vez, saltaba con los brazos extendidos, con el aspecto más ridículo posible. A continuación, componía un poema sobre una rana o un insecto saltador y daba otro salto, mientras graznaba o cantaba para hacerlos reír.

Les planteaba acertijos, se burlaba de dichos sabios e inventaba historias insultantes acerca de gente que conocía. De tanto gritar, se quedó ronco.

Cuando se detenía durante unos minutos para descansar, cantaba largas melodías e insistía en que sus tres compañeros cantaran con él y, si no lo hacían, se mofaba de ellos. Se burlaba de los pies planos de Perlain, llamaba «conejo escuchimizado» a Rowan, o se preguntaba en voz alta acerca de la utilidad de la cometa amarilla de Zeel cuando no había viento con el que navegar.

Era un verdadero fastidio oírle todo el rato, pero Rowan sabía que estaba salvando sus vidas. Alejaba el miedo de sus mentes, los obligaba a mirar adelante y ahogaba los terroríficos sonidos procedentes de la llanura.

Los ayudaba a saltar sin vacilar, y así evitaba que pensaran en lo que podría ocurrir si daban un paso en falso.

Por lo tanto, hacía lo posible por contestar a los insultos de Allun, se reía de sus chistes y cantaba las canciones, aunque sus piernas le temblaban a cada salto y tenía la sensación de que pronto sería incapaz de seguir haciéndolo. Zeel y Perlain procuraban imitarlo.

Y así continuaron durante largas y dolorosas horas, mientras la luna descendía cada vez más en el cielo y el resplandor del horizonte aumentaba de brillo y magnitud.

‡ ‡ ‡

En la oscuridad que precedía al amanecer, Rowan advirtió que, de pronto, el camino era más fácil. Las piedras planas eran más numerosas, esparcidas entre la arcilla, e incluso se tocaban en algunos tramos. Ya no hacía falta saltar. Se podía pasar de una piedra a otra con seguridad.

Los grumos también eran más numerosos. Formaban grupos tan apretados que habían empezado a convertirse en una molestia. Invadían el aire, ocupaban todas las piedras y se peleaban ruidosamente para conseguir más espacio. Llegaban más y más a cada momento.

«¿Nos estarán siguiendo? —pensó Rowan desconcertado. Eso parecía—. Pero antes no lo hacían. ¿Tal vez haya más porque nos estamos aproximando a la ciudad?».

Miró hacia el resplandor. Al final, había descubierto que se trataba de una llama que ardía en lo alto de un torreón o chimenea que se elevaba por encima de la ciudad. Ahora, otras luces más

pequeñas y de menor intensidad también eran visibles. Había pocas, pero se alineaban a ambos lados de la torre hasta perderse de vista, y brillaban sobre una capa de oscuridad, que debía de ser una muralla de considerable altura. La ciudad era enorme y daba la impresión de que estaba amurallada por completo.

Se había concentrado tanto en llegar a la ciudad, que no se le había ocurrido pensar qué harían cuando lograran su objetivo. Ahora que estaba tan cerca y podía apreciar su inmensidad, numerosas preguntas asaltaron su mente.

¿Cómo conseguirían encontrar a Annad en un lugar tan grande, y además liberarla? ¿Cómo se las arreglarían para permanecer ocultos durante la búsqueda?

—Creo que deberíamos detenernos unos instantes y hablar —dijo Allun con serenidad. Desde hacía rato hablaba en voz más baja. Estaban muy cerca de la ciudad y podía haber patrullas de vigilancia, aunque costaba creer que los Zebak pudieran esperar un ataque desde aquella llanura desolada. En efecto, no cabía duda de que aquella era la «puerta trasera».

Agotados pero aliviados, se acuclillaron formando un círculo, cada uno sobre una piedra. Se pasaron la comida y las bolsas de agua y bebieron hasta la saciedad. Ahora que habían conseguido atravesar los Eriales, tenían la impresión de que se lo merecían.

Los grupos reñían y revoloteaban a su alrededor.

—¿Por qué se están congregando aquí? —susurró Zeel, impaciente, dando manotazos a diestra y siniestra para espantarlos—. Llegan de toda la llanura, como si pretendieran molestarnos a propósito.

—A decir verdad, son útiles —dijo Allun—. Nadie podrá vernos en medio de semejante multitud, ni siquiera desde lo alto de la muralla. Ni tampoco oírnos.

Perlain miraba el cielo, mientras se mojaba la cara y las manos con agua. Rowan le observó, preocupado. El hombre de Maris parecía muy enfermo. Necesitaba sumergirse. Necesitaba descansar. Y el alba no estaba lejos. Muy pronto, aquella bola incandescente asomaría por encima del horizonte, e iría calentando cada vez más la tierra y el aire...

—¿Cuál es nuestro plan? ¿Tregar a la muralla o rodearla hasta encontrar una puerta? —le urgió.

—Una puerta puede estar a horas de distancia, y tampoco sabemos en qué dirección probar suerte. Por otra parte, una puerta significa guardias. Será mucho más seguro y rápido tregar —concluyó Zeel con determinación.

Allun negó con la cabeza.

—No será más seguro y rápido para Perlain, ni tampoco para Rowan.

—Ni para ti, Allun el panadero —sonrió Zeel, a modo de venganza por las burlas de Allun durante la larga noche—. Pero tú ya has cumplido tu parte. Nos has conducido a través de los Eriales gracias a tus payasadas. Ahora me toca a mí..., ¿cómo lo decías?..., «practicar mi arte». Escalaré la muralla, encontraré un sitio para atar la cuerda y os izaré de uno en uno. Pero esto solo se puede hacer en la oscuridad.

Se apresuraron, casi corriendo, pero pronto tuvieron que refrenar de nuevo el paso. Habían dejado ya atrás la arcilla y alcanzado la roca sólida con la que habían construido la ciudad, pero de

repente encontraron un terreno erizado de estacas y piedras que amenazaban con hacerlos tropezar a cada paso. Además, los grumos eran tantos que resultaba casi imposible caminar entre ellos o ver lo que había más adelante.

«Los hay a millares —se dijo Rowan, y paró un momento—. Si se lo propusieran, podrían acabar con nosotros».

Sintió un escalofrío. Aunque, bien mirado, no había razón alguna para temerlos. A pesar de su desagradable aspecto, las espinas en el lomo y las pequeñas garras y dientes afilados, no parecían peligrosos... excepto para sí mismos, de vez en cuando.

De repente, se dio cuenta de que había perdido de vista a Allun, Zeel y Perlain.

—¡Allun! —susurró atemorizado—. No puedo verlos. ¿Dónde estáis?

—Aquí. Delante de ti. Hemos llegado a la muralla, Rowan.

Pero en lugar de hablar en tono triunfal, la voz de Allun sonaba tensa y extraña. Rowan siguió avanzando a ciegas hacia el sonido y casi tropezó con Perlain, que permanecía de pie, inmóvil, mientras centenares de grumos revoloteaban a su alrededor.

—¿Qué es esto? —preguntó Rowan entre dientes.

Perlain señaló.

Allun y Zeel estaban justo delante de ellos, frente a la muralla. Allun miraba con desesperación, mientras Zeel pasaba las manos sobre la superficie, como si tuviera que tocarla para creer lo que veían sus ojos. La muralla no era de roca, ladrillo o madera, con juntas o puntos donde apoyar los pies a modo de escalerilla, sino de metal..., de metal pulido que se elevaba sobre sus cabezas.

Rowan la miró, perplejo, y descubrió varias cosas al mismo tiempo. Aquel era el origen del destello distante que había visto la primera vez que contempló la llanura. Era el brillo del metal iluminado por el sol naciente. Dedujo también que, si bien el metal estaba frío en aquellos momentos, a media mañana podía estar demasiado caliente como para tocarlo. Proyectaría calor sobre el llano y todo cuanto estuviera a su alrededor. Permanecer junto a la muralla como lo estaban haciendo ahora sería como estar al lado de una hoguera.

Se dio cuenta de que nadie podría trepar por aquel muro sin ayuda, y de que el borde afilado de la parte superior seccionaría la cuerda de Zeel en un abrir y cerrar de ojos.

¿Podrían excavar un túnel?, pensó en un arrebato. Se agachó y arañó el suelo. No pudo contener un grito de horror al descubrir lo más terrible de todo.

Él y sus amigos no eran los primeros en haber llegado a aquel lugar. Porque las estacas y piedras entre las que habían avanzado durante los últimos minutos nada tenían de estacas y piedras: eran huesos blanqueados por el sol.



—¿Cuántos desdichados habrán sido arrojados a los Eriales para que mueran? —musitó Allun—. ¿Cuántos miles a lo largo de los siglos para crear... este horror?

Contempló con aborrecimiento los grumos. «He aquí la razón de su desmedida presencia», pensó. Ahora lo comprendía.

—Míralos... Esperan a que muramos para descarnar nuestros huesos —gruñó—. Preguntabas de qué se alimentaban, Rowan. Ya tienes la respuesta.

—Puede que no sea así —dijo Rowan en voz baja. Pero lo cierto era que los grumos eran cada vez más numerosos y los aprisionaban contra la muralla, sin dejar de emitir silbidos de impaciencia. Estaban tan cerca que podía distinguir sus lenguas bífidas y sus pequeños y hambrientos ojos.

Se parecían mucho a la bestia que había secuestrado a Annad, aunque eran mucho más pequeños, pero compensaban su falta de tamaño y fuerza con la superioridad numérica.

—¡Fuera de aquí!

Zeel dio un paso al frente con aire amenazador, y los grumos se dispersaron. Pero solo por un momento. No tardaron en regresar.

Los cuatro compañeros seguían contemplando la muralla. A sus espaldas, el cielo se estaba tiñendo de una tonalidad rosada. El muro estaba empezando a reflejar el color, y también sus rostros fatigados y pálidos, y los grumos que se apretujaban a su alrededor como seres surgidos de una pesadilla. La muralla se perdía en la distancia por ambos lados, en interminables planchas metálicas fundidas como un solo bloque. No había agujeros ni huecos ni sujeciones que facilitaran la escalada. Ni señales de una puerta. Era imposible escapar del calor que se avecinaba, y los huesos relucían en el suelo hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Acaso hemos venido de tan lejos y hemos sobrevivido a tantas penalidades solo para morir ante la muralla de esta condenada ciudad? —gritó Allun.

Y, de pronto, Rowan recordó las palabras de Sheba.

«... cuando lo necesites de verdad».

Desenvolvió la tela que contenía el paquete guardado debajo de la camisa y sacó una de las cuatro ramitas que quedaban.

—Hemos de hacer una buena fogata, Zeel —la apremió—. Hemos de saber si Sheba puede ayudarnos.

Zeel apretó los labios.

—La bruja nos ha conducido hasta este lugar de muerte con sus instrucciones de seguir la luz. Nos ha traicionado.

—Es cierto —terció Allun con desaliento—. Por motivos que solo ella conoce o por pura maldad, Sheba no desea que regresemos a Rin.

Rowan no podía creerlo. En realidad, no quería creerlo. Miró a Perlain. El hombre Maris estaba apoyado contra la muralla con los ojos cerrados.

—¡Zeel, por favor! ¡El pedernal! —imploró—. Dámelo. Debo intentarlo. El sol está a punto de salir y pronto el calor será sofocante. Y Perlain... —Se interrumpió, incapaz de terminar la frase.

Se arrodilló de inmediato y hurgó entre los huesos para recoger hojas y ramas secas de las plantas del desierto. Cuando hubo reunido las suficientes para encender un pequeño fuego, miró de nuevo a Zeel, desesperado. A regañadientes, Zeel le entregó el pedernal. Rowan hizo saltar una chispa y las hojas prendieron enseguida. Primero humo, y después llamas. Entonces, cogió una ramita del paquete y la arrojó al fuego.

Al igual que la primera vez, las llamas se tornaron verdes. El rostro de Sheba no tardó en aparecer. Rowan la miró perplejo y fascinado por la imagen..., por su fuerza y la profundidad de aquellos ojos rojizos. Empezó a quemarle la mano derecha y a punto estuvo de gritar. Luego, la voz se dejó oír:

***Al amanecer, el enemigo ataca,
y entre aullidos hambrientos el cristal se raja.
Después, apoyados contra la muralla reluciente,
reptaréis como gusanos entre los huesos.
Inútil es ahora luchar.
Ecurríos en silencio mientras las bestias comen.***

Aterrorizado, Rowan se puso en pie de un brinco y pisoteó con furia el fuego, apagándolo y reduciendo las cenizas a polvo.

El dolor lacerante en su mano se fue desvaneciendo poco a poco, mientras las terribles palabras de Sheba todavía seguían grabadas a fuego en su mente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Perlain con voz débil. Seguía apoyado en la muralla, con el rostro blanquecino y consumido.

Rowan empezaba a experimentar la extenuante fatiga que había sentido al quemar la primera ramita de Sheba en la playa. No era capaz de repetir los versos, pero sabía que tenía que decir la verdad.

—Nos ha engañado —murmuró—. Zeel tenía razón. Sheba nos ha conducido hasta aquí para morir.

Perlain cerró los ojos.

—Sea pues —dijo con calma.

—¡No digas eso, Perlain! —Los ojos de Zeel se inflamaron de ira—. ¿Vamos a esperar aquí dócilmente hasta asarnos vivos?

—Está amaneciendo —advirtió Allun.

«Al amanecer, el enemigo ataca...».

El reflejo en el metal de los primeros rayos del sol era cegador. Los grumos acudían en oleadas, lanzando chillidos de hambre.

«Entre aullidos hambrientos...».

Luego, otro sonido. Procedía de la muralla. Rowan se volvió sobresaltado. El brillo provocó que asomaran lágrimas a sus ojos. Vio su propio reflejo, el de sus amigos y el de las criaturas aladas que se peleaban por un palmo más de espacio. Y vio algo más..., algo que al principio no pudo creer.

En el muro, a la derecha de Perlain, se estaba abriendo una brecha que discurría siguiendo la juntura de las planchas de arriba abajo. Era como si la juntura fuera a reventar.

«... el cristal se raja...».

Rowan gritó y señaló con el dedo. Su voz quedó ahogada por los chillidos de los grumos, pero Zeel y Allun ya se habían dado cuenta de lo que sucedía. Estaban boquiabiertos.

La brecha fue ensanchándose más y más hasta que toda una sección de la muralla se abrió hacia fuera, como una puerta. La estaban empujando desde el otro lado. Algo iba a salir. Algo grande, que emitía un sonido ensordecedor.

Después, apoyados contra la muralla reluciente, reptaréis como gusanos entre los huesos.

—¡Deprisa! ¡Aplastaos contra el suelo! ¡Ocultaos! —gritó Rowan, mientras tumbaba en el suelo al hombre Maris, casi inconsciente.

Zeel y Allun se arrojaron al suelo, junto a Rowan y Perlain, y se acurrucaron entre los huesos. Justo a tiempo. La muralla se abrió por completo y salió un enorme carro cubierto, empujado por cuatro Zebak, que jadeaban a causa del esfuerzo.

—¿Qué clase de trabajo es este para unos guardias experimentados? —gruñó el hombre más próximo a Rowan—. Un urk y un grach serían capaces de hacerlo.

Sus pesadas botas hicieron pedazos los huesos que había junto a la cabeza de Rowan, quien levantó la cabeza con cautela para mirarlo. Era muy alto y ancho de espaldas, y vestía un uniforme gris acero. Sus ojos pálidos lanzaban destellos de furia. La franja negra de la frente, entre el pelo y la nariz, le confería un aspecto cruel y perverso.

—El grach está para tareas más importantes —contestó el otro guardia—. Has recibido órdenes, Zanel. No las cuestiones o te arrojarán a los Eriales, como a tantos otros antes de ti.

—Hay que elegir entre el ishkin y la muralla —añadió otro de los guardias en tono burlón.

Zanel propinó una patada enojada a los grumos que merodeaban en torno a sus pies, pero no dijo nada más.

Rowan yacía inmóvil junto a Perlain con el corazón en un puño. Los guardias habían pasado y la puerta de la ciudad estaba abierta de par en par, pero no osaba moverse. Los guardias aún no habían reparado en su presencia, pero podían regresar en cualquier momento. En tal caso, no

habría escapatoria.

«Inútil es ahora luchar...».

Los guardias accionaron dos palancas, una a cada lado del carro. La parte trasera empezó a inclinarse con un chirrido, al tiempo que la lona dejaba a la vista su contenido.

Un torrente nauseabundo de verduras y restos de carne se esparció sobre el suelo. Los grumos chillaron al unísono y se precipitaron sobre la comida. Miles de animales se pusieron a pelear y aletear alrededor del carro y los guardias, en una espantosa confusión de alas escamosas, cuerpos moteados y garras codiciosas. Los guardias arrojaron los últimos restos de basura, gritaron y dieron manotazos al aire, encolerizados. El ruido de las bestias era ensordecedor.

«Ecurríos en silencio mientras las bestias comen».

El momento había llegado. Rowan se arrastró hacia delante, tirando de Perlain sin levantar la cabeza. Notó que Allun y Zeel lo ayudaban desde atrás, mientras se colaba por el hueco de la muralla y entraba en la ciudad.

Se detuvieron a la sombra de la muralla, jadeantes de miedo, y miraron a su alrededor. Se hallaban en una gran plaza pavimentada con ladrillo rojo. Estaba desierta. Restos de comida caídos del carro despedían un olor apestoso. Al parecer, era todavía demasiado temprano para los habitantes de aquel lugar y solo los guardias de servicio estaban despiertos.

Una callejuela estrecha que había al frente conducía hasta un alto edificio coronado por la chimenea llameante que habían visto desde la planicie. Otras construcciones más bajas y alargadas se alineaban a cada lado de la plaza, con las puertas cerradas. Todo olía a humo y desperdicios.

¿Adónde irían? ¿Dónde podrían ocultarse? Los guardias no tardarían en regresar con el carro vacío. El tiempo apremiaba.

Sonaron unas campanas en alguna parte del centro de la ciudad, para despertar a la gente y reanudar la vida cotidiana.

—Agua... —murmuró Perlain. Movi6 la mano hacia la izquierda.

Zeel tir6 del brazo de Rowan. Este vio que la joven tambi6n estaba mirando en aquella direcci6n, hacia un lugar situado junto a uno de los edificios, donde una escalera de peldaños metálicos descendía bajo tierra.

Rowan vacil6, aunque no por mucho tiempo. Ya se oía el carro y podían distinguirse las ruedas delanteras a trav6s de la abertura del muro.

Asinti6, y juntos, 6l, Zeel y Allun, con Perlain sostenido entre ellos, corrieron hacia la escalera. Los sonidos combinados de las ruedas del carro sobre los ladrillos y los chillidos de los grumos los siguieron cuando descendieron hacia la oscuridad.

Al pie de la escalera había una puerta. Allun gir6 con cuidado el pomo. La puerta se abri6 y se deslizaron hacia el interior.

Se hallaban en un pasadizo muy iluminado, con las paredes forradas de metal, al igual que la muralla. Se oía un lejano golpeteo y un rumor sordo.

—Aquí hay un animal —susurr6 Zeel, y se llev6 la mano al cuchillo que portaba al cinto.

Rowan mene6 la cabeza confuso.

—No suena como un animal. Es... regular. Como ruedas de molino.

—Una máquina, entonces —repuso Allun—. Olvídalo por ahora. Es necesario encontrar agua para Perlain, y deprisa. Si no humedece pronto su piel, morirá.

Su frente se arrugó con una expresión de preocupación, mientras miraba los ojos cerrados de Perlain y su pálido rostro.

Avanzaron por el corredor. Era inquietante ver su propia imagen reflejada a ambos lados.

—Es como caminar entre una multitud —bromeó Allun—. Una multitud enloquecida de especímenes raros, en un corredor excavado debajo de una ciudad enemiga, y sin tener la menor idea de adonde nos dirigimos.

Llegaron a un punto en el que el pasadizo se bifurcaba. Se detuvieron, sin saber qué camino debían elegir.

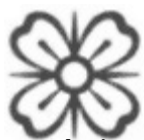
—Por allí —dijo una voz ahogada.

Era Perlain quien había hablado. Señaló con un movimiento débil hacia la derecha.

Siguieron aquella dirección tan deprisa como pudieron. El sonido de la maquinaria iba en aumento.

El corredor se bifurcó de nuevo, una y otra vez, y de cada bifurcación partían otros pasadizos más estrechos. Todos estaban desiertos, bien iluminados y forrados de metal. No había puertas, pero, cada vez que se hallaban en una encrucijada, Perlain señalaba y ellos obedecían.

13 ∞ El laberinto



Al principio, Rowan intentó memorizar el trayecto, pero no tardó en darse por vencido. Había demasiados giros y cada corredor era idéntico a los demás.

Asimismo, ahora que el peligro inmediato de ser descubiertos por los guardias había pasado, volvía a experimentar el terrible cansancio que había sentido junto a la muralla. Le costaba caminar. Solo deseaba tumbarse y dormir.

—Es una locura —musitó Allun mientras giraban por enésima vez—. Nunca encontraremos la salida de este laberinto.

Rowan apenas pudo oírle. El estruendo era ahora muy fuerte, y casi se había dormido de pie.

—Si es un laberinto, creo que hemos llegado al centro —oyó decir a Zeel.

Alzó la mirada y advirtió que al final del corredor en el que acababan de entrar había una puerta metálica con un pequeño dibujo en blanco y negro, aunque era incapaz de distinguirlo.

A cada paso que daban, el ruido era más intenso. Aun así, Rowan oía la respiración entrecortada de Perlain, que avanzaba entre Allun y Zeel e intentaba correr.

Llegaron a la puerta y pudieron ver el dibujo: una sonriente calavera blanca en un cuadrado negro.

Se detuvieron al punto.

—No parece muy prometedor —anunció Allun con el ceño fruncido.

—No significa que nos aguarde el peligro en su interior, sino que es un lugar prohibido. Entrar se castiga con la muerte —dijo Zeel muy despacio.

Sus tres compañeros la miraron, sorprendidos, y se encogieron de hombros.

—Lo recuerdo —dijo—. Debió de ser una de las primeras cosas que nos enseñaron.

«“Nos” —pensó Rowan, agotado—. Es la primera vez que oigo a Zeel emplear el “nos” cuando hablamos de los Zebak». Observó su rostro, preocupado, y una sensación de inquietud estrujó su pecho.

Perlain intentaba que Zeel y Allun siguieran avanzando. Lo sostuvieron cuando se tambaleó en dirección a la puerta. Estaba cerrada con un candado. Perlain lo palpó, impotente, con sus manos palmeadas y gimió.

—Perlain, ¿cómo puede haber agua en este lugar? —preguntó Allun con suavidad.

—Hay... agua —jadeó Perlain, arañando la puerta—. Tengo... que...

Zeel, con expresión severa, sacó el cuchillo. Rowan sintió una punzada de pánico, pero entonces la joven se arrodilló, tomó el candado entre sus manos bronceadas y empezó a atacarlo con la punta.

—Lo aprendí de los Viajeros —musitó—. A los Viajeros no les gustan los candados..., ni

tampoco los castigos.

Transcurridos unos agonizantes minutos, sonó un «clic» y el candado se abrió. Zeel retrocedió y se mordió el labio. Rowan se dio cuenta de que, si bien había conseguido romper el candado, no se decidía a abrir la puerta.

Se dispuso a hacerlo en su lugar, pero Perlain se le adelantó. La puerta se abrió y un ruido casi ensordecedor surgió de la oscuridad y resonó en las paredes. Perlain no hizo caso. Antes de que pudieran detenerle, ya había cruzado el umbral.

Rowan y Allun lo siguieron, y también Zeel, aunque a regañadientes. Estaba claro que tenía miedo. Rowan se preguntó de nuevo por la influencia de su temprano adiestramiento. Al igual que su temor por el ishkin, su miedo por la señal de la puerta escapaba a su control.

Un chorro de luz procedente del pasillo iluminó la estancia y se reflejó en el suelo metálico. En cuanto entraron, Zeel cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Entonces, se hizo la negrura más absoluta. Un sonido atronador vibraba en el aire. Rowan no veía nada y alargó la mano a ciegas.

—¡Allun! ¡Perlain! —gritó, presa del pánico.

—Estoy aquí —respondió Perlain—. Pero no te muevas. No es seguro para ti.

Se oyó un ruido metálico a la derecha de Rowan. Allun lanzó un grito de dolor.

Rowan empezó a caminar hacia el sonido. El corazón le latía desenfrenado.

—No pasa nada. Me he golpeado la cabeza con algo, torpe de mí —gritó Allun—. ¿Qué es esto? ¡Esperad! Creo que es... ¡sí!

Se oyó un chasquido y apareció una luz, que fue aumentando de intensidad. Por fin, Rowan pudo distinguir el rostro de Allun, manchado de un aceite negro como el hollín. En la mano sostenía una lámpara de aceite mugrienta.

Allun sonrió.

—Si había que golpearse con algo, me alegro de que haya sido con esto —dijo—. Estaba colgado a mi lado y había cerillas en el estante. Todo dispuesto. Ahora veremos dónde estamos.

Sostuvo la lámpara en alto y la movió a su alrededor. Rowan lanzó una exclamación ahogada.

Se hallaban sobre una plataforma metálica que colgaba sobre el borde de un inmenso lago subterráneo, tan extenso como el campo de los bukshah en Rin. A su lado, ocupando la mayor parte de la plataforma, había una máquina monstruosa que traqueteaba y martilleaba sin parar. Junto a ella estaba el estante del que colgaba la lámpara, sobre el cual descansaban unos guantes, unas cuantas herramientas y una lata de aceite.

Allun señaló las tuberías plateadas que salían del agua, trepaban por las paredes y desaparecían por un orificio practicado en el techo.

—Bombean agua hasta la ciudad desde aquí —exclamó asombrado—. El lago es como un pozo gigantesco. Esta máquina debe de ser una bomba que funciona sola. Es increíble.

Rowan echó un vistazo a la puerta. Allí continuaba Zeel, inmóvil y en silencio, con una expresión tensa y el rostro blanco como el de un espectro. Se volvió de nuevo hacia Allun y juntos avanzaron con cautela hasta el borde de la plataforma; se arrodillaron y miraron hacia abajo. Perlain flotaba en el agua con los ojos cerrados. Estaba recuperando poco a poco las fuerzas. Ya

no estaba tan pálido y respiraba con regularidad.

Allun miró hacia abajo y se estremeció. Rowan sabía lo que estaba pensando. De haber caído por el borde de la plataforma en aquellas aguas profundas y oscuras, sin duda se habrían ahogado. Perlain se habría encontrado demasiado débil para salvarlos.

Como si hubiera intuido que lo estaban mirando, Perlain abrió los ojos, miró hacia arriba y sonrió.

—Tenías razón, Perlain —gritó Allun.

—Por supuesto. Un hombre Maris puede oler el agua dondequiera que esté —respondió Perlain, amodorrado.

—Descansa y humedece tu piel —dijo Rowan—. Volveremos pronto.

—Una hora —dijo Perlain, y sus ojos se cerraron de nuevo. A Rowan también se le estaban cerrando los párpados. La fatiga era extrema. Estaba tan cansado...

«¡No hay tiempo para dormir!», pensó, mientras seguía a Allun hasta la puerta donde los esperaba Zeel.

—Este lugar es lo bastante seguro como para que descansemos un rato —dijo Allun, alzando la voz para hacerse oír por encima del rugido de la bomba—. Un poco ruidoso tal vez, pero no se puede tener todo.

Sin decir una palabra, Zeel alargó la mano para tomar la lámpara. Allun la miró sorprendido, pero se la dio. Zeel la inspeccionó con atención mientras le iba dando vueltas, sin importarle la grasa negruzca que dejaba en los dedos.

«Recuerda este tipo de lámparas —intuyó Rowan, observándola con ojos fascinados—. Probablemente le enseñaron que no debía tocarlas, pero las llamas debían de atraerla, como a todos los niños. Está recordando».

Zeel la depositó en el suelo y miró a Rowan.

—Antes de descansar, hemos de quemar otra ramita de la bruja —dijo con brusquedad—. Tengo que saber lo que nos aguarda.

Rowan dudó unos instantes. Tenía la sensación de que su mano empezaba a dolerle como cada vez que echaba al fuego una ramita de Sheba. Solo quedaban tres. ¿Era necesario utilizar una? Se volvió hacia Allun, vacilante.

Allun asintió.

—Si Sheba tiene un consejo que darnos, deberíamos aprovecharlo. De este modo estaremos preparados, en caso de que los dueños de esta lámpara tengan a bien visitarnos durante la próxima hora.

Rowan sacó de mala gana el paquete de la camisa, desenvolvió la tela y extrajo una ramita. Antes de continuar, envolvió de nuevo con mucho cuidado las dos últimas ramitas y las guardó. Al hacerlo, notó el medallón, caliente en su mano. «¿Qué papel tiene en todo esto? —se preguntó—. ¿Acaso es el medallón lo que me ayuda a oír las palabras de Sheba?».

—¡Quema la ramita, Rowan! —lo apremió Zeel con impaciencia—. ¿A qué estás esperando? Échala en la llama de la lámpara.

Sin pensarlo dos veces, Rowan hizo lo que le había pedido. Al igual que antes, un fuego verde

envolvió la ramita. Las llamas se elevaron poco a poco, hasta que las sombras se reflejaron en sus rostros y en la puerta.

Esta vez, el dolor que sintió Rowan en la mano fue tan insoportable y repentino que las lágrimas asomaron de inmediato a sus ojos. Parpadeó en la neblina acuosa y vio aparecer el rostro de Sheba. Parecía mofarse de él con sus centelleantes ojos rojos. Y después, las palabras:

***El primero que oyó las campanas de los Zebak
ha de usar la verdad que cuenta el espejo.
La mano ha de sangrar para llegar al final,
un dedo extendido, los demás doblados.
Con cadenas y sufrimiento tenéis que pagar
para que otras manos os guíen en vuestro camino.***

El fuego verde se fue apagando poco a poco y las cenizas de la ramita cayeron al suelo. La lámpara de aceite parpadeó y también se apagó. Se había consumido. Se hallaban de nuevo en la oscuridad. Rowan repitió los versos, procurando que no le fallara la voz. No podía ver a los demás, pero no le cabía la menor duda de que se sentían descorazonados. Los versos no ayudaban. No les decían lo que tenían que hacer si los capturaban en aquel lugar, ni tampoco cómo salir del laberinto o dónde encontrar a Annad. Los advertía de sangre, cadenas y sufrimiento, sin esperanzas de escapar.

Una sensación de fatiga profunda entremezclada con desesperación invadió a Rowan como una oleada. Bajó la cabeza. Mientras el sueño se cerraba a su alrededor, oyó la voz de Allun, cansada y disgustada:

—Oímos campanas al cruzar la puerta desde los Eriales. Pero ¿quién las oyó primero? El espejo podría ser las paredes metálicas de este laberinto. Pero ¿cuál es la verdad que cuenta?

—Lo descubriremos a su tiempo —dijo Zeel con frialdad, como si le hubieran arrebatado la vida—. Así ha sido con las demás profecías y también lo será con esta.

Allun emitió un gruñido de cansancio.

—Estoy harto de darle vueltas. Duerme, Zeel —le aconsejó—. Te despertaré cuando...

—¡No! —replicó ella—. Yo haré la primera guardia.

Allun bostezó.

—Como prefieras —le oyó decir Rowan.

Después, no se oyó otro sonido que el estruendo de la bomba y el fluir del agua en las tuberías. Por fin, Rowan se durmió.

‡ ‡ ‡

Se despertó sobresaltado, con la voz de Perlain en su oído y una mano fría sobre el hombro. Se sentó de inmediato y meneó la cabeza para despejarse. Tras unos instantes de confusión, advirtió

una luz. ¡La puerta que daba al pasadizo estaba abierta! Se puso en pie de un salto, mientras Allun, con una expresión de profunda preocupación, regresaba y la cerraba.

—¿No hay señales? —preguntó Perlain.

Allun negó con la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Rowan, perplejo y asustado—. ¿Cuánto rato he dormido? ¿Por qué no me habéis despertado antes?

—Yo acabo de despertarme ahora mismo —explicó Allun—. Perlain nos encontró aquí a los dos, dormidos como troncos. Pero Zeel no estaba, Rowan, ni tampoco está fuera, en el corredor. Se ha marchado.

14 ∞ La mano ha de sangrar



—Tal vez oyera algo y saliera para ver de qué se trataba —sugirió Rowan, sin mucho convencimiento.

Un sentimiento de terror se estaba apoderando de él. Desde que habían entrado en la ciudad de los Zebak, Zeel se había comportado de un modo muy extraño. Recuerdos enterrados desde hacía mucho tiempo la acosaban sin piedad.

Pero era difícil creer que Zeel, tan fuerte y educada durante tanto tiempo en las costumbres de los Viajeros, fuera incapaz de enfrentarse a su pasado y derrotarlo.

Deseosos de salir de aquella asfixiante negrura, abrieron de nuevo la puerta y con suma cautela penetraron en el corredor iluminado. Ni un alma.

Allun meneó la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamó—. Si se ha aventurado sola en este laberinto de pasadizos, a estas horas ya estará perdida sin remedio.

Observó su reflejo en la pared de metal. Su mejilla seguía manchada del hollín de la lámpara. Se frotó, pero lo único que consiguió fue untarse más. Lanzó una exclamación y se acercó más a la pared.

—Hay una mancha de grasa en la pared, aquí. Y mirad... aquí hay otra. ¡Y otra más!

Siguió avanzando por el pasillo, mientras iba señalando otras marcas en su superficie reluciente.

Perlain y Rowan se apresuraron a ir tras él.

—Zeel tenía las manos manchadas de hollín aceitoso de la lámpara —dijo Allun nervioso—. Lo usó para dejar un rastro y poder encontrar el camino de regreso.

—O para que pudiéramos seguirla —sugirió Perlain en voz baja.

Al llegar a una encrucijada, las pequeñas manchas negras continuaban a la izquierda. Así pues, doblaron la esquina y siguieron adelante.

—Esto es lo que significaba el verso de Sheba —comentó Allun por encima del hombro, mientras encabezaba la marcha—. Aunque todos oímos las campanas, debió de ser ella quien las oyó primero. De manera que he sido yo el que ha descubierto las marcas en el espejo y ha caído en la cuenta de que eran señales. Es maravilloso.

—¿Ha habido otra profecía? —preguntó Perlain—. Contádmelo.

Rowan repitió los versos mientras seguían a Allun y doblaban otro recodo del pasadizo. Se encontraron en otro corredor mucho más ancho y largo, que se extendía en ambas direcciones, recto y sin encrucijadas. El hombre de Maris escuchó con atención.

—No me gusta nada esto de «cadenas y sufrimiento» —dijo cuando Rowan hubo terminado—.

Y «la mano ha de sangrar»... tampoco me complace. Según los versos que te dio Sheba en la choza, cada uno de nosotros es un dedo de la mano del destino.

Allun se detuvo, y cuando lo alcanzaron comprobaron que todo su ánimo y determinación se habían desvanecido.

—He sido un insensato al regocijarme —musitó—. Si las dos primeras líneas de los versos son ciertas, las demás también deben de serlo. Zeel corre ahora un grave peligro. ¿Por qué otra razón no ha regresado?

En aquel preciso instante oyeron, procedente de un poco más adelante, el sonido de innumerables pasos. Aún estaban distantes, pero se aproximaban con celeridad. En cuestión de segundos, el pasadizo en el que se hallaban devolvió el eco de mil pisadas.

—¡Vienen hacia aquí! —alertó Perlain.

Dieron media vuelta y echaron a correr por donde habían venido. Doblaron la esquina en la que Rowan había recitado los versos a Perlain y el recodo anterior. Se detuvieron y escucharon.

Ahora, el sonido de pisadas era atronador.

—¿A qué estamos esperando? —susurró Allun—. ¿Y si se desvían hacia aquí?

—Está en las manos del destino. Pero, a juzgar por el sonido, son muchos —musitó Perlain—. De manera que con un poco de suerte continuarán por el pasillo más ancho y estaremos a salvo. Observemos y veamos qué sucede. Si giran, aún estaremos a tiempo de correr.

Se asomaron con cautela hasta distinguir el lugar donde el pasadizo ancho se cruzaba con el más estrecho.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Avanzaban en formación, cada vez más cerca, más y más cerca. El metal de las paredes empezó a temblar junto al rostro de Rowan.

Luego, de repente, aparecieron los guardias Zebak. Marchaban en fila de a cuatro, ataviados de gris, con botas negras relucientes y la mirada al frente.

Rowan contuvo la respiración y se preparó para correr, en el caso de que doblaran en la esquina. Pero no lo hicieron. Continuaron marchando en la misma dirección, como Perlain había vaticinado. Hilera tras hilera, pasaron junto a Rowan, que los fue contando. Seis hileras..., ocho..., diez..., doce. Nadie más. Por fin, el sonido de los pasos se perdió en la distancia.

—No hay duda: el corredor ancho es peligroso —concluyó Allun—. Pero debemos utilizarlo si queremos encontrar a Zeel. Intentaremos dejarlo atrás lo antes posible.

Entraron de nuevo en el pasadizo y empezaron a seguir una vez más el rastro de Zeel a media carrera, jadeantes y con los oídos prestos a detectar un nuevo sonido de pisadas. El corredor continuaba en línea recta, sin señal alguna de encrucijada, hasta terminar en una curva muy pronunciada. Si aparecía otro grupo de guardias, no tendrían dónde esconderse. Los verían y capturarían, tal como quizá le había sucedido ya a Zeel.

Pero las marcas en la pared continuaban, aunque más espaciadas, y el pasadizo estaba en silencio. Doblaron el recodo final. Se hallaban en un espacio aún más amplio, que terminaba en dos enormes puertas con tiradores metálicos curvos.

Se acercaron a las puertas y escucharon con atención. Nada.

—¿Nos arriesgamos? —murmuró Allun indeciso.

Perlain se encogió de hombros.

—Tenemos pocas alternativas —repuso con calma. Extendió la mano hacia uno de los pomos, y entonces vaciló y señaló con el dedo. Rowan advirtió una pequeña mancha negra en el pomo. Era evidente que Zeel la había tocado.

Perlain accionó el pomo, la puerta se abrió sin hacer ruido y entraron en la estancia.

Era muy grande, forrada de armarios con percheros de los que colgaban uniformes y gorras Zebak. Una enorme mesa ocupaba el centro de la sala, con bancos a cada lado.

Había una gran bandera marrón en la pared, y en su centro destacaba el emblema de unas alas negras, como las de la bestia que se había llevado a Annad.

—Si no me equivoco, aquí es donde descansan los guardias —dijo Allun nervioso—. No es un lugar seguro para nosotros.

En el otro extremo de la estancia había otra puerta entornada, y por la rendija se distinguía una pared de piedra y las rejas de una jaula de hierro.

—Zeel —susurró Rowan—. Tal vez...

Cruzaron la sala y se detuvieron ante la puerta abierta. Tampoco se oía nada. Pero Rowan tenía un presentimiento. Había algo en el aire: una ligera brisa cálida indicadora de que el mundo exterior estaba cerca. Cruzaron el umbral. El suelo era de ladrillo. Otras dos puertas ocupaban buena parte de la pared, y por debajo se filtraba aire fresco.

Había dos jaulas con ruedas en el centro, una vacía y la otra cubierta en parte con una tela. Se dirigieron hacia ella de puntillas. Allun alargó la mano con la intención de levantar la tela y, con suma cautela, Rowan se inclinó para ver...

Entonces, oyó un ruido. Un peso enorme se desplomó sobre su espalda y una voz ronca atronó en sus oídos. Gritó y forcejeó, pero una mano poderosa lo sujetó por el cuello y le golpeó la cabeza contra las rejas. Le pareció que el mundo estallaba en un destello de luz y dolor.

—¡Basta! —tronó una voz—. ¡Los queremos vivos!

—Sí, señor —gruñó el captor de Rowan.

Le obligaron a girarse. Apenas podía ver. La cabeza le daba vueltas. Sintió que un hilo de sangre resbalaba sobre su rostro. Si no lo hubieran sostenido en pie, habría caído al suelo.

«La mano ha de sangrar para llegar al final...».

Observó que Perlain y Allun estaban junto a él. También los habían capturado. Allun forcejeaba y gruñía, ¿o acaso era su propia voz la que estaba oyendo?

Aturdido y mareado, miró a una figura de gran estatura, uniformada de gris, que avanzaba hacia ellos a grandes zancadas. El golpeteo de sus botas resonaba en los ladrillos. Por su espalda rígida y su modo de caminar impaciente, supo enseguida que era un oficial Zebak de alto rango, sin temor ni piedad. La línea negra de la frente le confería un aspecto cruel y severo. Sus ojos claros denotaban una implacable frialdad bajo el ala reluciente de la gorra gris coronada por dos alas negras.

—Hacedlos callar, encadenadlos y encerradlos en la jaula —ordenó.

Y solo entonces, incrédulo y horrorizado, Rowan la reconoció.

Era Zeel.

15 ∞ Cadenas y sufrimiento



Más tarde, Rowan comprendió que debió de desmayarse cuando el guardia lo amordazó. Al despertar, con un intenso dolor de cabeza y la garganta seca, no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido. Todo cuanto sabía era que estaba tumbado en el duro suelo de la jaula de hierro, con las manos y los pies encadenados. Oyó a Perlain gemir a su lado. Allun debía de estar al otro lado de Perlain.

Eran prisioneros. Prisioneros de los Zebak. Zeel se había pasado al enemigo, ¿o acaso siempre había anidado ese anhelo en lo más profundo de su corazón? La idea le revolvió el estómago.

Poco a poco, se dio cuenta de que la jaula se balanceaba y sacudía. Las ruedas producían un sonido chirriante al rodar sobre los ladrillos. Estaban en la calle y los estaban trasladando.

La tela que habían tirado sobre la jaula no la cubría por completo. Rowan ladeó la cabeza y consiguió distinguir algunos detalles de la calle por la que estaban pasando. Vio casas y el carromato de un panadero. Vio puestos callejeros llenos de frutas, hortalizas y bolsas de grano. Vio niños que jugaban. Vio adultos que trabajaban o caminaban con cestos, herramientas, bolsas de piel y bebés. Todos miraban con curiosidad o miedo la jaula, y después desviaban la vista.

Le sorprendió que vistieran ropas ordinarias, sin uniforme, y, salvo por la línea negra que recorría su frente, que todos lucían salvo los niños más pequeños, no parecían muy diferentes de los aldeanos de Rin.

—La tela se ha descorrido. Ponla bien —ladró una voz áspera. A Rowan se le revolvió el estómago. La voz era la de Zeel, pero muy cambiada, muy fría.

Ladeó la cabeza un poco más, pese al dolor que le produjo el movimiento, y vio una espalda gris y erguida, un brazo que se movía rítmicamente, y después el perfil de un rostro severo con la vista fija en el frente. Zeel caminaba junto a la jaula. Zeel, la traidora. Zeel, que se había aprovechado de su confianza para atraparlos.

«... un dedo extendido, los demás doblados».

—¿Qué más da si los urks ven a los prisioneros? —gruñó otra voz, que a Rowan le resultó familiar—. Si saben que los guardias han capturado espías dentro de la muralla de la ciudad, comprenderán lo peligrosos que son nuestros enemigos. Su descontento se calmará. Comprenderán que la guerra es necesaria para su protección.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mis órdenes? —gritó Zeel, malhumorada—. Ya te lo he dicho. ¡Este asunto es de alto secreto! ¡Haz lo que te ordeno!

—Sí, señor —respondió apresuradamente la otra voz.

De pronto, Rowan reconoció la voz del segundo interlocutor. Era el guardia que se había quejado por tener que empujar el carro de la basura. Intentó recordar. Zanel.

Cubrieron mejor la jaula y Rowan no pudo ver nada más, pero sí oír. Y mientras escuchaba, una duda asaltó su mente. ¿Era posible que hubiera pasado algo por alto? ¿Era posible que...?

—¡Si tú y tus bufones no hubierais metido las narices en este asunto, nada sabríais! —espetó Zeel—. Agradecedme que hiciera la vista gorda y no informara a mis superiores. Pero tened cuidado. Puedo cambiar de opinión en cualquier momento, y entonces las cosas serán mucho peores para vosotros.

—Solo estábamos descansando un poco, señor —gimió Zanel, con voz ahora atemorizada—. Y era temprano porque habíamos terminado nuestro trabajo antes de tiempo. No sabíamos que los espías estaban bajo tu custodia. Parecían deambular solos y no estaban encadenados. ¿Qué otra cosa podríamos haber pensado sino que...?

—¡Silencio! —gritó Zeel—. No se te paga para pensar. Ve delante y azuza a la bestia. Vamos demasiado despacio.

—Perdona, señor, pero me temo que este grach no puede correr más —contestó Zanel en tono respetuoso—. Está muy viejo ya. Trabaja en los cultivos tirando de las azadas de los esclavos. Puesto que eres del Control Central, señor, quizá estés acostumbrado a grach de combate, los que están siendo entrenados para la invasión. Son jóvenes y fuertes, y comen carne de lagarto de los Eriales, según se rumorea. Pero este solo se alimenta de hierba y desperdicios. Además, la puerta del recinto se halla justo delante.

—Estos prisioneros han de reunirse con los demás sin más dilación. —La voz de Zeel era estentórea y fría como el hielo—. Estas son las órdenes. ¿Prefieres desobedecerlas?

Zanel guardó silencio, y, al cabo de poco, Rowan oyó su voz en la parte delantera de la jaula.

—¡Arre! ¡Arre! —gritó. La jaula dio un bandazo cuando la bestia que tiraba de ella llevó a cabo un esfuerzo mayor.

—Así está mejor —dijo Zeel en voz muy alta, tanto que Rowan tuvo la impresión de que pretendía que los prisioneros la oyeran desde la jaula—. Muy pronto nuestros cautivos se reunirán de nuevo con su pequeña campesina. Qué reconfortante debe de ser disfrutar de un viaje tan agradable como este bajo nuestra guía. Tal vez piensen que las cadenas y el sufrimiento no son un precio tan elevado que pagar. ¿Qué crees tú, Zanel?

***Con cadenas y sufrimiento tenéis que pagar
para que otras manos os quíen en vuestro camino.***

El guardia que caminaba delante soltó una risotada ante lo que suponía una mofa cruel. Pero Rowan sabía que las palabras de Zeel contenían un mensaje. Quería que supieran que los estaban conduciendo al lugar en el que retenían a Annad, y había recurrido en lo posible a los versos de Sheba para comunicárselo.

Rowan oyó un sonido ahogado a su lado. Volvió la cabeza con dificultad. Los ojos de Perlain estaban muy abiertos y mostraban gran alegría. No podía hablar a causa de la mordaza, pero Rowan adivinó que también él había oído el mensaje de Zeel y lo había comprendido.

—¡Abre el portón! —gritó Zeel—. ¡Deprisa!

Rowan notó que la jaula se desviaba de la carretera de ladrillo y accedía a un camino de tierra. El enorme portón se cerró a sus espaldas. Su cuerpo rodó sobre el suelo de hierro mientras la jaula seguía avanzando, aunque apenas se dio cuenta. Su mente era una vorágine de pensamientos e intentaba comprender lo que debía de haber sucedido.

Mientras dormían junto al lago subterráneo, Zeel había salido a explorar. De algún modo, quizá siguiendo a la tropa de guardias que habían visto regresar, había encontrado el lugar en el que guardaban los uniformes y se había puesto uno, dibujando en su frente la línea negra de los Zebak con la grasa que untaba sus dedos.

Luego, tal vez, Zanel y los guardias que la acompañaban habían entrado. La joven debió de ocultarse, para salir de su escondrijo cuando Rowan, Allun y Perlain fueron sorprendidos. Salvó a sus amigos de la muerte o el encierro de la única forma que podía hacerlo: fingiendo que ya eran prisioneros.

Ahora, continuaba interpretando su papel. Lo hacía bien. Y gracias a ella, el problema de cómo encontrarían a Annad quedaba resuelto.

Se oyó un grito delante de la jaula y esta se detuvo con brusquedad.

—¡Muy bien! —dijo Zeel, siempre hablando en voz alta—. ¡Sacadlos!

El guardia retiró la cubierta de tela. Rowan entornó los ojos para protegerse del repentino resplandor. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la claridad.

Miró atónito. Había esperado encontrarse en una cárcel con muros de piedra o de metal, rejas de hierro y filas de prisioneros encadenados. Pero lo que veía eran árboles, campos verdes, un arroyo, pequeñas cabañas y campesinos que cosechaban trigo. Era todo tan familiar...

Lo invadió una marea de nostalgia y se preguntó si estaría soñando. Si una gran montaña se hubiera elevado sobre la ciudad, si los animales que pastaban en los campos hubieran sido bukshah en lugar de las gigantescas bestias a las que los Zebak llamaban grach, habría pensado que estaba en Rin. Una cosa era cierta: Annad no podía estar allí. Debía de tratarse de un error. Zeel lo había intentado, y por lo menos habían salido del laberinto, pero Zanel los había conducido al sitio equivocado. Tal vez por accidente, tal vez no.

La puerta de la jaula se abrió con un chasquido. Zanel entró y tiró de Rowan como si se tratara de un saco de trigo, y después lo arrojó al suelo.

—Ten más cuidado —le reprendió Zeel—. No deben sufrir daño alguno. Son las órdenes.

Zanel murmuró entre dientes, pero sacó a Perlain y Allun sin tanta brusquedad. Quedaron tumbados junto a Rowan, inmóviles. Rowan echó un vistazo al grach que había tirado de la jaula. Había bajado la cabeza y comía hierba con un apetito voraz. Se sentía feliz de que el viaje hubiera terminado y de estar de nuevo en casa.

—Ya puedes irte —dijo Zeel a Zanel, con severidad—. Y recuerda: tienes prohibido hablar de esto. Si me entero de que lo has hecho, los ishkin te estarán esperando fuera de la muralla.

—Sí, señor —contestó Zanel, y se volvió.

—¡Espera! —tronó Zeel—. Dame la llave de las cadenas de los prisioneros. Es probable que las necesite.

Una extraña expresión se adivinó de repente en el rostro de Zanel. Sorpresa, seguida al punto de suspicacia.

—Pero los guardias del Control Central como tú tienen llaves para abrir cualquier cerradura, señor —dijo.

Rowan contuvo el aliento. Zeel había cometido un error.

Zeel irguió los hombros.

—¡Quiero tu llave! ¡Precisamente la tuya! —tronó—. ¡Dámela inmediatamente!

Zanel la miró fijamente, sacó la llave del bolsillo, avanzó hacia Zeel para entregársela y vaciló unos instantes.

«No quiere parecer demasiado ansiosa —pensó Rowan—. Sabe que el guardia recela». Retorcó las muñecas entre las cadenas, pero estaban bien sujetas. No había nada que hacer.

Zanel estaba muy cerca de Zeel. La miró y entornó los ojos. La joven extendió la mano para recibir la llave.

Zanel avanzó un paso más, y entonces simuló tropezar. Levantó la mano en el aire, rozó la frente de Zeel y le tiró la gorra al suelo. La línea negra se convirtió en un borrón y el pelo largo le cayó sobre los hombros.

Zanel se quedó boquiabierto un momento, mientras miraba a Zeel y a su propia mano manchada de grasa. Después, presa de la furia, sacó su daga y se abalanzó sobre ella.

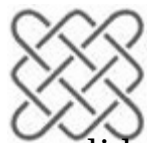
Zeel intentó apartarse de un salto, pero las pesadas botas y el rígido uniforme se lo impidieron y cayó.

Rowan, impotente, incapaz incluso de gritar, emitió un gemido de horror cuando el guardia atacó de nuevo, presa de una rabia incontenible.

Y entonces, como por arte de magia, la alta figura de un desconocido salió de detrás de la jaula y se precipitó sobre Zanel. Parecía haberse materializado de la nada. Debía de haberse acercado a ellos sin ser visto y permanecido oculto hasta aquel momento.

Tenía el pelo rubio con un toque rojizo y era joven, apenas un muchacho. Llevaba ropas de trabajo y una pala de jardín. Pero su rostro denotaba la determinación de un héroe, y tenía las espaldas anchas y los brazos poderosos. Levantó la pala con un grito y asestó un golpe tremendo a Zanel, que cayó al suelo inconsciente. Se cernió jadeante sobre él y le propinó una patada, para ver si reaccionaba. Después, pareció quedarse satisfecho. Recogió la daga y miró a Rowan, Perlain y Allun, tumbados sobre la hierba, y a Zeel, que se estaba poniendo en pie con dificultad.

—Me llamo Norris —dijo con semblante serio. Se apoyó en la pala mientras los observaba uno a uno, fijándose muy especialmente en Perlain. Al parecer, despertaba su curiosidad. Después, volvió la vista hacia Rowan y sonrió—. Bienvenido, Rowan —dijo—. Te estábamos esperando.



Estupefacto, Rowan devolvió la mirada al salvador de Zeel. Su primer pensamiento fue que Norris se parecía bastante a Jonn el Fuerte, aunque era mucho más joven. No habría cumplido todavía los veinte años, a juzgar por la tersura de su rostro.

Sin dejar de mirar a Norris, del que aún desconfiaba a pesar de lo sucedido, Zeel se agachó para abrir las cadenas de Rowan, y mientras hacía lo mismo con Allun y Perlain, Rowan se sentó y se quitó con alivio la mordaza de la boca.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó con voz ronca.

En aquel preciso instante, el grach, que había estado paciéndose tranquilamente, levantó la cabeza y emitió un gruñido de placer. Rowan miró a sus espaldas y vio a un anciano de larga melena y barba blancas que se dirigía hacia ellos desde una de las cabañas. Era bajito y delgado, y parecía preocupado.

—¡Oh, Norris! —suspiró al llegar—. De nuevo has actuado sin pensar y has utilizado la fuerza en lugar del ingenio. ¿Qué voy a hacer contigo, hijo mío?

Mientras hablaba, acariciaba el grach, que se había aproximado a él arrastrando la jaula vacía.

El rostro de Norris enrojeció y bajó la cabeza. Se sentía avergonzado y desconcertado. Rowan sintió lástima de él. Sabía muy bien lo que significaba ser una decepción para los demás. ¿Cuán a menudo habría experimentado aquella sensación? Pero a causa de motivos opuestos por completo.

Zeel dio un paso al frente.

—Norris me ha salvado la vida, anciano —dijo con firmeza—. Solo podía hacer una cosa: atacar. No había alternativa.

El anciano meneó la cabeza. Miró el cuerpo inconsciente de Zanel con desánimo.

—Vendrán en su búsqueda —dijo al fin con su voz amable y vacilante—. Debemos ocultarlo... y también la jaula. Quizá en el cobertizo para el heno que hay detrás de la cabaña. Después, ya pensaremos en lo que corresponde hacer.

Suspiró de nuevo mientras Norris arrastraba al guardia hasta la jaula y cerraba la puerta sin miramientos. Luego, pareció acordarse de la presencia de los extranjeros. Se volvió hacia Rowan e inclinó la cabeza.

—Bienvenido, Rowan —dijo—. No hagas caso de nuestra cháchara. El pobre Norris es un chico de buen corazón, aunque sus formas de comportarse me desesperan. Soy Thiery, de los Silk. Mi casa es tuya.

Antes de que Rowan pudiera responder, Thiery se había vuelto hacia Allun, Zeel y Perlain.

—Es un placer conoceros —dijo—. Estábamos esperando a Rowan, pero no a más gente.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de regreso a su cabaña. El grach, siempre con la jaula a

cuestas, seguía obedientemente a Norris.

—¿Por qué me esperabais? —quiso saber Rowan, mientras avanzaba dando tumbos.

—Tu hermana nos dijo que vendrías —se limitó a decir Thiery.

—¡Annad! —A Rowan le dio un vuelco en corazón—. ¡Está aquí!

Thiery lo miró, sorprendido.

—Por supuesto. ¿En qué otro lugar podría estar una esclava nueva?

—Creíamos que estaría en una prisión —intervino Perlain. A juzgar por su voz cortés y sus ojos entrecerrados, Rowan intuyó que no sabía muy bien si el anciano era una persona ingenua o los estaba engañando.

Thiery se detuvo.

—Esto es una prisión, amigo mío —dijo—. En el recinto somos tan prisioneros de los Zebak como si estuviéramos en jaulas de hierro. —Levantó el bastón y apuntó hacia la alta alambrada que se extendía alrededor de los campos verdes.

Zeel dirigió la mirada hacia los trabajadores que había a lo lejos y frunció el ceño.

—Pero esta gente es Zebak —dijo con aspereza—. Distingo sus marcas.

—Oh, sí —coincidió Thiery—. Gente Zebak normal y corriente, la que los guardias llaman «urks». Vienen cada día a trabajar con nosotros en los cultivos. Hace muchos años que la población esclava escasea y no puede ocuparse de todo.

Miró a Zeel.

—Tú también eres Zebak —dijo—. Pero ¿dónde está tu marca negra?

Zeel alzó con orgullo el mentón.

—Me convertí en la hija de otra tierra cuando era muy pequeña —respondió—. Me he puesto estas ropas para confundir a los guardias.

Rowan sintió un bufido en el hombro y, sin pensarlo, levantó la mano. Cuando sus dedos tocaron una piel escamosa en lugar de cálida lana, la retiró de inmediato. El grach mugió en señal de desagrado, de modo que lo acarició. Si alguna bestia necesitaba cariño, no podía negárselo, fuera cual fuera su aspecto.

—La profecía nos anunció que el primero que oyera las campanas Zebak utilizaría la verdad contada por el espejo —explicó Zeel—. Yo las oí de niña, hace ya muchísimo tiempo, y mi reflejo en las paredes me había confrontado con la verdad de que era una Zebak, por mucho que hubiera pretendido no serlo. De pronto, comprendí que era yo y solo yo quien podía sacaros de aquel laberinto. Había llegado la hora de interpretar mi papel, al igual que Perlain había representado el suyo en el mar y Allun en los Eriales.

—¡Los Eriales! —exclamó Norris aterrorizado, y los miró con renovado respeto.

—Me pregunto cuál será el papel de Rowan —dijo Thiery.

Había hablado en voz muy queda. Rowan desvió la mirada del grach y clavó los ojos en los del anciano. Adivinaba mucha tristeza en aquel hombre. En cualquier caso, el anciano se volvió al punto hacia Zeel.

—Regresar a la ciudad habrá sido muy doloroso para ti —dijo con dulzura.

—Sí —admitió Zeel en voz baja—. Creía que mis amigos debían de odiarme por haber nacido

aquí. Yo me odiaba a mí misma.

De manera que por eso Zeel se había mostrado tan fría y retraída en el laberinto, pensó Rowan, y apoyó la mano sobre su brazo.

—¿Odiarte, Zeel? —exclamó Allun al mismo tiempo.

—No es culpa tuya que esta tierra esté en guerra con la nuestra, y que su gente sea tan cruel —añadió Perlain en voz baja.

Cuando la cara de Zeel recuperó la alegría, Norris se removió inquieto.

—Hemos de partir —advirtió. Se sentía muy incómodo ante aquella demostración de emociones. A Rowan le recordó una vez más a Jonn, y también a su madre, e incluso a la pequeña Annad. Los cuatro habrían comprendido la forma de ser de Norris, pero para Thiery era imposible.

«Norris es un extraño para su propia gente, como yo para la mía», se dijo Rowan cuando volvieron a ponerse en marcha y acompasaron sus pasos a los del anciano.

Las cabañas ya no estaban lejos, y Rowan advirtió por primera vez que todas menos una, aquella de la que había salido Thiery, estaban en ruinas. Sus techumbres estaban agujereadas, las puertas colgaban de sus goznes, y las ventanas tenían los cristales rotos.

Quería preguntar, pero el anciano había estado reflexionando sobre las últimas palabras de Perlain y habló de nuevo.

—Los Zebak no son crueles por naturaleza —dijo, al tiempo que meneaba la cabeza—. La mayoría son algo bruscos, pero eso es todo. Los guardias son los crueles. Usan los látigos y las botas para alardear de su poder. Mucha gente corriente escaparía de esta tierra si tuviera la ocasión. Pero el mar, su senda hacia la libertad, les ha sido prohibido durante muchos años.

Se volvió hacia Zeel.

—Tus padres debieron de ser de los últimos que intentaron huir en barca —dijo con dulzura—. Si pagaron por ello con sus vidas, por lo menos su determinación te concedió la oportunidad de disfrutar de una nueva vida.

Zeel bajó la cabeza.

—La gente es prisionera en su ciudad, al igual que nosotros lo somos en el recinto —siguió diciendo Thiery—. Las murallas de la ciudad son altas, y cada año cortan las alas a los grach para que no puedan volar. —Apretó los labios—. Sufren muchísimo —añadió, como si le doliera más que nada en el mundo.

—Los guardias son todopoderosos —gruñó Norris, mientras contemplaba la figura uniformada que seguía inmóvil en el interior de la jaula—. Nos sentimos impotentes frente a ellos.

—Pero eso está cambiando —aseveró Thiery—. Lo presiento. La marea está cambiando.

Abrió la puerta de la cabaña, sin hacer caso del bufido de incredulidad de Norris. Rowan pasó del sol ardiente al agradable frescor que reinaba en el interior. Se detuvo al instante.

A pesar de sus ganas de ver a Annad, por un momento no pudo evitar fijarse en su entorno, mientras se preguntaba por qué se sentía como en casa. En forma y tamaño, la estancia era muy parecida a las salas de estar de Rin, pero, en lugar de ser austera y funcional, estaba llena de luz y colores alegres. Las largas cortinas azules de los amplios ventanales estaban descorridas. Había una hermosa alfombra estampada en el suelo y cuadros en las paredes. En el sofá se amontonaban

innumerables cojines bordados, y en el estante que había encima de la chimenea descansaba un jarrón amarillo con flores.

—Obra de mi nieta y mía —murmuró la voz gentil de Thiery—. Me alegra que os guste. Pero, si no me equivoco, querrás ver a tu hermana, ¿verdad?

Rowan se volvió y lo siguió por una estrecha escalera hasta el desván. Perlain, Allun y Zeel fueron tras él.

‡ ‡ ‡

—No pasa nada, Shaaran —dijo Thiery cuando entró en una habitación pequeña.

Allí estaba Annad, dormida como un tronco, acostada en una estrecha cama, bajo una colcha bordada con hojas y flores. Una fragancia de hierbas aromáticas impregnaba el aire.

Una niña delgaducha y de pelo oscuro se hallaba de pie junto a la cama, con la mano apoyada sobre el respaldo de una silla. Parecía asustada. Aún sostenía un libro abierto apretado contra su pecho, como si acabara de dar un brinco, atemorizada, al oír sus pasos.

—El hermano de la niña ha llegado —anunció Thiery, al tiempo que invitaba a Rowan a entrar—. Rowan, esta es mi nieta Shaaran.

La muchacha era de la misma edad de Rowan, y tenía más o menos su misma estatura. Sonrió con timidez a modo de bienvenida y, para su sorpresa, Rowan experimentó al instante la sensación de haberla visto antes. «Es imposible», se dijo. Pero la sensación era intensa, y no lo abandonó.

—Me alegro de que hayas venido —estaba diciendo Shaaran—. Desde que está con nosotros, Annad se pasa prácticamente todo el tiempo durmiendo, pero cuando se despierta pronuncia tu nombre.

Mientras sus amigos esperaban junto a la puerta, Rowan cruzó la estancia de puntillas hasta la cama. Annad estaba pálida y tenía algunos arañazos en las mejillas, pero respiraba plácidamente. Su corazón se hinchó de alivio.

Mientras la contemplaba, los ojos de Annad ojos parpadearon y después se abrieron. Lo miró sin expresar la menor sorpresa y sonrió.

—Sabía que vendrías a buscarme, Rowan —suspiró—. No tenía miedo.

Rowan le devolvió la sonrisa.

—Tú nunca tienes miedo —replicó.

Se inclinó sobre ella y el medallón que llevaba alrededor del cuello quedó colgando en el aire. Oyó una exclamación ahogada a su espalda, pero no pudo volverse porque los dedos de Annad se habían apoderado del medallón y lo sujetaban.

—Muy bonito —dijo, y bostezó.

—Vuelve a dormirte, Annad —susurró Rowan—. Estaré aquí cuando despiertes.

Annad asintió, adormilada.

—Y me llevarás a casa —dijo. Le pesaban los párpados. Parpadeó cuando miró a Shaaran—. Mi hermano es un gran héroe, ¿sabes? —musitó. Después cerró los ojos, los dedos que sujetaban el medallón se aflojaron, y volvió a dormirse.

Rowan se incorporó y se alejó de la cama. Tenía el corazón apenado. «¿A casa? —pensó—. ¿Alguno de nosotros verá de nuevo su hogar?». Se volvió, ansioso por saber el motivo de la exclamación que había oído.

Shaaran había pasado el brazo sobre los hombros de su abuelo. Sorprendido, vio que los ojos del anciano se llenaban de lágrimas.

—Sabía que vendrías algún día —balbuceó con voz trémula—. Lo creía, al igual que mi padre antes que yo. Como lo ha creído siempre nuestra familia. Por eso fuimos pintando las sedas en tu honor, mientras nosotros nos íbamos desdibujando...

Rowan lo miraba, confuso y algo atemorizado. ¿Había enloquecido Thiery? Miró a Shaaran en busca de ayuda y advirtió que también ella estaba temblando.

—Abuelo, Rowan no lo entiende —murmuró al oído del anciano. Miró de nuevo a Rowan—. Cuando llegó Annad, nos preguntamos si por fin había llegado la hora tan esperada —susurró—. Su rostro..., su fuerza... —Se echó a llorar y tragó saliva con desesperación para contener de nuevo las lágrimas—. Alimentábamos esperanzas..., pero no podía ser verdad —continuó—. Y luego..., precisamente ahora..., al ver el medallón y saber que... Es una gran dicha para mi abuelo, y también para mí. Pero también una terrible conmoción.

Rowan meneó la cabeza. Se sentía aturdido.

—¿Dónde..., dónde estamos? —tartamudeó—. ¿Quiénes sois?

—Somos tu gente, Rowan —dijo Shaaran con dulzura—. Todo cuanto ha quedado. Y este es tu hogar. Esto es Rin.

17 ∞ Sombras pintadas



—¡Vosotros no sois mi gente! ¡No os he visto jamás! ¡Y esto no es Rin! ¡Rin está muy lejos, allende los mares!

Las palabras brotaron de los labios de Rowan en un estallido de furia.

Shaaran se asustó y miró a su abuelo en busca de ayuda, consciente de que Allun, Perlain y Zeel estaban congregados junto a la puerta, con expresión sobresaltada.

—Bautizaron su nuevo hogar en honor a sus ancestros, Shaaran —murmuró Thiery—. Les borraron los recuerdos, pero se acordaron del nombre y lo utilizaron sin saber por qué.

—¿Quiénes? —preguntó Rowan—. ¿De quiénes estás hablando?

Descubrió que estaba temblando.

—Tus antepasados —respondió Thiery—. Los hombres fuertes que nos abandonaron hace trescientos años y nunca regresaron.

Rowan lo miró boquiabierto.

Thiery sonrió, fatigado, y se dejó caer en la silla junto a la cama de Annad.

—Estoy muy cansado —suspiró—. Debes enseñárselo, Shaaran, pequeña mía. Yo cuidaré de la niña.

Shaaran estaba muy preocupada por él, pero obedeció e hizo una seña a Rowan, y bajaron la estrecha escalera detrás de Zeel, Allun y Perlain. La niña sacó una sábana doblada de un armario, y después se encaminó hacia la puerta trasera de la cabaña, hasta salir al aire libre.

Al otro lado del huerto había un gran cobertizo donde guardaban el heno. Norris estaba cubriendo de heno la jaula de hierro.

El grach pastaba tranquilamente cerca de allí. Levantó la cabeza cuando salieron, pero, al ver que Thiery no iba con ellos, perdió interés y siguió comiendo.

Los cuatro amigos siguieron a Shaaran. Unos peldaños permitían el acceso a un sótano excavado bajo la cabaña. Hacía frío y estaba oscuro. La muchacha encendió una vela. De inmediato distinguieron fardos de tubérculos comestibles y un montón de leña. La luz destellaba sobre las paredes y el suelo. Las sombras eran como monstruos negros que reptaban sobre las piedras.

Shaaran cogió una barra de hierro puntiaguda apoyada en la pared, cargó con ella hasta el rincón más oscuro de la estancia y la introdujo en un hueco entre la piedra angular y el muro. Al comprender lo que intentaba hacer, Zeel y Allun acudieron en su ayuda y sumaron su peso para levantar la piedra.

Debajo había un agujero oscuro.

Shaaran introdujo el brazo en su interior y sacó una cadena atada a un gancho clavado cerca de

la parte superior. Tiró y enseguida apareció una caja grande, que se balanceaba del extremo de la cadena como un pez prendido del anzuelo.

Depositó la caja sobre el suelo y la abrió. Dentro había docenas de delgados rollos de seda. Cada rollo era tan ancho como largo el brazo de Rowan, y todos estaban atados con un cordón trenzado como el que llevaba alrededor del cuello. Algunos rollos parecían más nuevos que otros. Los había antiquísimos.

—¿Qué son? —preguntó Allun, al tiempo que estiraba el cuello para ver mejor.

—Nuestra historia —dijo Shaaran—. Os lo enseñaré.

Extendió la sábana sobre el polvoriento suelo, y después desenrolló sobre ella las largas piezas de seda, una a una, empezando por la más vieja.

Bajo la luz parpadeante de la vela, figuras y escenas pintadas parecían saltar hacia ellos desde el fondo sedoso. Colores vivos y llamativos resucitaban un tiempo pretérito. La aldea, llena de gente y robustas cabañas. Hombres, mujeres y niños, trabajando en los campos. Grach moteados que tiraban de carros y arados. Guardias Zebak, cadenas, jaulas de hierro...

A Rowan le quemaba la mano.

«Las sombras pintadas reviven...».

Cada seda contaba una historia diferente, y todas las historias juntas componían un relato más largo. Un relato triste y terrible de lo que había sucedido trescientos años atrás.

—Hace mucho tiempo, Rowan, nuestro pueblo era uno solo —dijo Shaaran, mientras movía la mano sobre las sedas más vetustas—. Habíamos sido esclavos de los Zebak durante tanto tiempo que nuestra historia antigua se había perdido, porque los Zebak castigaban con la muerte a quien mencionaba el pasado. Trabajábamos en los campos, cultivando alimentos para la ciudad. Éramos muchos, valientes y tímidos, fuertes y débiles. Los había que sabían pintar y coser y curar enfermedades, y otros que prefirieron trepar, huir y luchar.

Estaba repitiendo una lección aprendida mucho tiempo atrás, y las palabras brotaban de sus labios con facilidad. Pero en sus ojos había tristeza, como si por un momento hubiera regresado al pasado y se lamentara de su suerte.

—Hace trescientos años, los líderes Zebak urdieron un gran plan para invadir una tierra más allá del mar —continuó—. Ya habían luchado antes contra ese pueblo y sabían que se defendería con todas sus fuerzas. Muchos Zebak morirían, de manera que optaron por sumar más fuerzas. Se llevaron a los más fuertes y valientes de los nuestros para entrenarlos como guerreros y sacrificarlos por la causa...

Tal era el zumbido de sus oídos, que Rowan apenas podía comprender lo que decía Shaaran. Pero en realidad no era necesario. Un rollo mostraba la historia con absoluta claridad. Representaba a guardias rodeando a gente de la aldea y encerrándola en jaulas de hierro sujetas a los arneses de los grach. Representaba asimismo el llanto y el dolor, cuando hijos e hijas eran arrebatados a sus madres, y los hermanos y cónyuges eran separados.

Se llevaron a los más altos y fuertes. Le recordaron a su familia, a la gente que conocía en su tierra, y a Norris. Dejaron a los más pequeños y débiles, inútiles como guerreros. Como Shaaran. Como Thiery. Como él mismo.

El delgado dedo de la niña señaló a una anciana encorvada cerca de una de las jaulas. Llevaba un manojo de hierbas para demostrar que era la Mujer Sabia y una sanadora. Estaba pasando algo a hurtadillas, a través de las rejas, a otra mujer mucho más joven. Rowan se inclinó un poco más para ver de qué objeto se trataba, y al verlo lanzó una exclamación ahogada.

Era un medallón colgado de un cordón de seda trenzado.

—Es el mismo —dijo Shaaran—. Ahora lo llevas tú. Ha pasado de generación en generación durante trescientos años, y ahora ha regresado. Siempre creímos que sería así.

—Por lo tanto, sabíais que los esclavos guerreros no habían muerto —dijo Rowan poco a poco—. Sabíais que se habían rebelado contra los Zebak y colaborado en su derrota.

La muchacha asintió y señaló el nuevo rollo que mostraba vividas escenas del combate. Los Zebak fueron repelidos por sus propios esclavos. Entre ellos estaban los Maris, representados con cola de pez, y también los Viajeros, plasmados con plumas y rostros risueños y feroces.

Perlain resopló.

—Los Maris no tienen cola —dijo con frialdad.

—Ni tampoco los Viajeros se parecen demasiado a estos demonios, o al menos así lo espero —sonrió Zeel.

—Mis antepasados no podían pintar lo que nunca habían visto —explicó Shaaran en tono de disculpa—. Tuvieron que confiar en los relatos que oyeron cuando los Zebak que habían sobrevivido regresaron derrotados a casa. Así fue como se enteraron de que su pueblo perdido se había quedado en la nueva tierra.

—¡Y olvidaron alegremente a los seres queridos que habían dejado en la esclavitud! —exclamó Allun con sequedad.

—No los juzgues, Allun —dijo Rowan en voz baja—. Los Zebak tienen formas de controlar la mente. Así ha sido siempre. Borraron la memoria de los esclavos guerreros para que pudieran luchar bien sin añorar a sus seres queridos.

La muchacha asintió.

—Esta es la razón de que mis antepasados empezaran a pintar las sedas, corriendo un gran riesgo. Para que, si alguna vez los perdidos regresaban a esta tierra, pudieran encontrarlas y conocer su historia... aunque no quedara nadie para contarla.

Pronunció estas últimas palabras en voz muy baja. Rowan miró los rollos restantes. Representaban a la gente trabajando igual que antes, pero con más afán y un mayor rictus de tristeza en su expresión. Mostraban guardias llevándose a los jóvenes que evidenciaban algún signo de rebelión, para arrojarlos a los Eriales. Se veían campos cultivados y casas cada vez más ruinosas. Representaban a adultos envejeciendo y muriendo, pero cada vez nacían menos niños para ocupar su lugar. Mostraban Zebak que los sustituían y así aseguraban el suministro de alimentos a la ciudad. En el último rollo solo aparecían tres figuras: dos niños y un anciano, de pie junto a una sepultura.

«Cuando el dolor es la verdad y la verdad es el dolor...».

—Mi familia siempre se había dedicado a pintar sedas. Mis padres solo tuvieron hijos para que la labor de pintado se perpetuara —dijo Shaaran—. Desde el primer momento advirtieron que

Norris no sería el más adecuado, de manera que me tuvieron a mí. Pero somos los últimos.

Así pues, Thiery, Norris y Shaaran eran los únicos supervivientes de aquella gente tranquila y pacífica. Habían preferido extinguirse antes que seguir trayendo al mundo más niños esclavos. Rowan lo comprendió. Él habría actuado igual. También comprendió, al fin, por qué era diferente de los demás de su aldea y por qué habían nacido otros como él en el pasado.

El pueblo de Rin había olvidado a los seres queridos que había dejado atrás, pero la naturaleza no. Una y otra vez, igual que nacían rarezas entre los terneros bukshah, nacían otras rarezas como él, que guardaban un parecido con gente de Rin cuya existencia nadie había conocido jamás.

—Mi abuelo pintó esta seda cuando nuestros padres murieron de fiebres hace siete años —estaba diciendo Shaaran—. Desde entonces no ha pintado más. No se ha sentido con fuerzas para hacerlo, y en cualquier caso no había nada más que contar.

—Bueno, ahora hay algo —repuso Zeel con vehemencia.

—En efecto —admitió Allun—. Pero no creo que sea el momento más oportuno para pintar. Este lugar es peligroso para nosotros. Perlain se está impacientando. Lo sé por la forma en la que agita la cola.

Shaaran lanzó una carcajada. Después, se mordió el labio y miró a Perlain para averiguar si se había sentido ofendido, pero Perlain se limitó a sonreír.

—Estoy muy impaciente —dijo—. Y si tuviera cola, la estaría agitando como una serpiente. Debemos encontrar un modo de salir de aquí cuanto antes. Pero necesitaremos ayuda.

—Norris y yo os ayudaremos —se ofreció Shaaran—. Tenemos amigos de confianza entre la gente que trabaja en los campos. Y cuando lleguen los guardias, podemos entretenerlos mientras vosotros...

—¡No, Shaaran! —la interrumpió Rowan—. No nos marcharemos solos. Vendréis con nosotros.

La muchacha lo miró asombrada.

—No podemos irnos —murmuró—. Los guardias no nos lo permitirán.

—Con un poco de suerte, les ahorraremos esa tarea —replicó Rowan con la mayor desenvoltura posible—. Enrolla las sedas y guárdalas. No las dejaremos aquí.

Shaaran se volvió y empezó a enrollar las tiras de seda con dedos temblorosos.

—¡Rowan!

El rostro de Perlain era muy grave, y Rowan sabía lo que estaba pensando. Habían sobrevivido de puro milagro y su huida iba a ser sin duda alguna muy ardua. Con la carga adicional de otras cuatro personas, incluyendo un muchacho, una muchacha tímida y un débil anciano, ¿cómo conseguirían escapar?

Pero Rowan sabía que no podían abandonarlos a su suerte. Buscó debajo de la camisa, extrajo el paquete de Sheba, sacó una ramita y la acercó a la llama de la vela.

Una luz verde saltó sobre las paredes de piedra, sobre las figuras inmóviles de sus compañeros, sobre el rostro sorprendido de Shaaran y sobre los rollos de seda.

De nuevo, aquel dolor insoportable en la mano. El rostro de Sheba le sonrió...

*Cuando el mal azota y la furia despierta,
el amor os brindará una alternativa.
La muerte liberará al amigo leal.
Como empezó, así terminará.
Sujeto a la bestia, interpretas tu papel...
El alivio del apenado corazón.*

Rowan luchó contra la oleada de fatiga y desesperación que lo engullía y repitió aquellas palabras. Los demás guardaron silencio. ¿Qué podían querer decir?

En cualquier caso, el significado de los versos no era nada claro.

—No quiere decir que solo nos aguarde la muerte y la esclavitud —musitó por fin—. No tiene que significar esto.

—Sheba nos advirtió —recordó Allun, con los labios deformados en una sonrisa de amargura.

Rowan sabía que estaba pensando en las palabras que los habían atormentado desde el principio, aunque nunca se habían atrevido a hablar de ellas.

«Cinco partirán, pero no regresarán cinco».

Shaaran miró la tela encerada de olor nauseabundo, caída en el suelo del sótano. Todo cuanto quedaba de su contenido eran un puñado de hierba pálida y una ramita.

—Todavía queda... una ramita —tartamudeó—. ¿No es demasiado pronto para perder la esperanza?

Rowan la miró al instante. Su rostro pálido denotaba miedo, pero luchaba con todas sus fuerzas para vencerlo. No iba a rendirse. Ni tampoco él.

—Tienes razón —replicó Rowan, al tiempo que doblaba la tela y la guardaba de nuevo dentro de la camisa—. La historia aún no ha terminado.

Se oyeron unas fuertes pisadas. Norris entró con Annad dormida en sus brazos.

—Los guardias se acercan al recinto —anunció—. Nuestra gente los entretendrá en el portón, pero debéis daros prisa. ¡Si os encuentran aquí, nos matarán a todos!



Fuera, Thiery los estaba esperando con una expresión de alarma en el rostro. El grach chillaba nervioso a su lado, y él le acariciaba el cuello con la intención de tranquilizarlo, mientras sus amigos discutían sobre lo que deberían hacer.

—No podemos enfrentarnos de nuevo a los Eriales —dijo Allun con firmeza—. Es impensable.

—La profecía decía: «Como empezó, así terminará» —intervino Perlain—. Nuestro viaje empezó en el mar. Debemos intentar llegar a la costa y apoderarnos de un barco.

—¡Ojalá no me hubiera visto obligada a abandonar mi cometa cuando me cambié de ropa! —Zeel meneó la cabeza, irritada, y luego se volvió hacia Norris—. ¿Puedes mostrarnos el camino más rápido hasta la orilla?

—Podría —contestó Norris cariacontecido—, pero eso no os serviría de nada. La muralla circunda la ciudad. Los Eriales son el único lugar en el que las puertas no están bien vigiladas día y noche. Y en cualquier caso, la costa está protegida por una alambrada espinosa imposible de cruzar.

—Pero seguramente... —empezó a decir Allun.

El rostro de Norris enrojeció de ira.

—Si escapar fuera tan fácil como parece sugerir, ya lo habríamos hecho —gritó. Miró a su alrededor con los puños apretados—. No soy un cobarde ni un loco. ¿Crees que deseo seguir viviendo en la esclavitud?

Thiery suspiró ante el disgusto de su nieto. Pero los visitantes lo comprendieron: era la furia que habría sentido cualquier ciudadano de Rin de haber estado en su lugar.

—Nadie duda de tu coraje y sensatez, amigo —dijo Perlain en tono conciliador—. Pero ahora estamos con vosotros. Esa es la diferencia.

—¿Y qué? —se burló Norris—. ¿En qué cambian las cosas?

—En que si conseguimos escapar de la ciudad, por lo menos sabemos hacia dónde debemos navegar para estar a salvo —concluyó Rowan.

—¿A salvo? —Norris frunció el ceño—. Nadie está a salvo en vuestra tierra. ¿No lo comprendes? La prueba que hicieron los Zebak al capturar a tu hermana les ha demostrado que los ataques desde el aire son eficaces. Están muy satisfechos con el resultado. En estos precisos instantes, según dicen, la flota grach se está concentrando en la gran plaza, preparada para partir. Muy pronto, tu tierra será invadida y arrasada.

—Nadie arrasará nuestra tierra —dijo Zeel con firmeza—. Nuestro pueblo luchará.

Norris meneó la cabeza.

—Nada puede derrotar a un grach de combate. Su piel es dura como el hierro, y sus garras, dientes y colas son letales.

—Y aun así, tu grach es tan dócil...

Rowan miró a la enorme criatura que recibía con agrado las caricias de Thiery.

Norris se encogió de hombros, impaciente.

—Unos es un grach de trabajo. Los de combate han sido expresamente adiestrados para la guerra. Aprenden a seguir el olor de una bestia que solo vive en tu tierra. Los adiestradores tienen el pellejo de una de esas bestias, que trajeron los supervivientes de lo que llaman la Guerra de las Llanuras.

—¡Pero esa guerra se libró hace muchísimo tiempo! —exclamó Allun.

—El Control Central lleva muchos años acariciando la idea de lanzar una invasión por aire —dijo Norris—. Ha costado mucho en pertrechos y mano de obra. A la gente no le gusta, pero les han dicho que hay que hacerlo por su propia seguridad.

—Es mentira —sentenció Perlain—. Solo luchamos para defendernos.

—En lo más profundo de su corazón, la gente lo sabe. —Thiery asintió y contempló los campos—. Durante largas eras, su trabajo y sus vidas se han desperdiciado en guerras inútiles, y ahora su ira es suficiente como para superar su temor a la desobediencia. Bulle el espíritu de la rebelión.

—Pero ese es el motivo de que el Control Central esté decidido a que esta invasión tenga éxito, abuelo —dijo Norris—. Los líderes creen que una nueva tierra que colonizar, y nuevos esclavos para trabajar en los campos, eliminarán de raíz el descontento.

Rowan sintió un escalofrío de pavor. Se oían pasos en la distancia. Los guardias habían llegado a las puertas del recinto.

—Debemos marcharnos ahora mismo —exclamó Allun—. Norris, ¿vas a conducirnos hasta la costa o no?

Norris vaciló.

—Si Norris no lo hace, lo haré yo.

Todos se volvieron, perplejos. Había hablado Shaaran. Había permanecido tan callada que casi se habían olvidado de ella. Le ardía el rostro, pero su mirada era rotunda y decidida.

—Yo también conozco el camino —dijo.

—¡No, Shaaran! —se lamentó el anciano. Unos gimió al percibir el miedo de su amo.

—Sería una lamentable pérdida de vidas. No hay escapatoria por mar —se obstinó Norris.

—¡Es nuestra única oportunidad de ser libres, Norris! —gritó Shaaran—. ¡Aprovechémosla!

Thiery paseó la mirada entre ambos. Después, sonrió. Se inclinó para besar la frente de Shaaran y apoyó la mano en el hombro de Norris.

—Los dos estáis en lo cierto, queridos míos —dijo en un susurro—. Perdonadme. Por un momento he dudado. El miedo ha sido siempre el peor de mis enemigos. Los dos me habéis enseñado a ser fuerte.

Alzó la mano para acariciar de nuevo a Unos, y luego se dio la vuelta y se apresuró hacia el pajar.

—Antes que nada, quiero saber si el guardia herido ya ha despertado —dijo sin volverse.

—¡El viejo está loco! —estalló Zeel.

—No podemos esperar —dijo Perlain—. Hay que marcharse.

—¡No! —exclamó Norris.

—¡Abuelo! —gritó Shaaran, al tiempo que confiaba la caja de los rollos de seda a Rowan y corría tras el anciano—. ¡Abuelo! ¡Hemos de marcharnos!

—Vete, Shaaran —replicó Thiery, mientras buscaba en el heno—. ¡Esto tengo que hacerlo yo solo!

Unos había extendido las alas y trotaba tras su amo, como un inmenso pájaro que tratara de proteger a su polluelo.

De pronto, Rowan cayó en la cuenta. Se volvió hacia Norris.

—Las alas de tu grach no han sido recortadas —exclamó.

—No. Desde hace muchos años, mi abuelo ha sobornado a los guardias con comida extra para que no tocan a Unos —respondió Norris con aspereza—. Dio su palabra de que mientras él viviera no lo dejaría volar, de manera que el Control Central nunca se enteró.

Los pensamientos se arremolinaban en la mente de Rowan. Un grach había capturado a Annad. Aquel había sido el principio. Y el vuelo de un grach podía ser el final.

—Unos es lo bastante grande para llevarnos a todos —gritó—. Podríamos...

Norris meneó la cabeza, mientras miraba al anciano.

—El abuelo dio su palabra —dijo enfurruñado—. Nunca la romperá. Ni siquiera...

Entonces, sus ojos se abrieron de par en par, en el instante en que Rowan oía chillar a Shaaran.

Una figura oscura había salido del pajar. Zanel había escapado de la jaula y se había escondido, a la espera...

—¡Esclavo! ¡Traidor! —gritó enfurecido—. ¡Osaste encarcelarme!

Zarandó a Thiery como un niño a su muñeco de trapo. Después, la hoja de una daga brilló bajo la luz del sol cuando la alzó y la hundió en el corazón del anciano.

Shaaran gritó y se lanzó hacia delante, mientras Thiery se desplomaba en el suelo. Zanel se apoderó de ella y la muchacha volvió a gritar. Rowan, Norris, Allun, Perlain y Zeel corrieron para intentar ayudarla, pero sus gritos quedaron ahogados por otro sonido, el terrible gemido de dolor de Unos cuando vio muerto a su dueño.

—¡Retroceded! —gritó Zanel con la daga en alto—. ¡Mataré a la chica si hacéis un solo movimiento! —Se detuvieron y lo observaron con cautela—. ¡Idiotas! —se mofó—. ¿Creíais que solo llevaba un arma? ¿Pensabais que un candado me retendría en la jaula cuando mi daga podía romperlo? Tumbaos en el suelo, ¡ahora! Boca abajo, en el polvo al que pertenecéis. O la chica pagará por ello.

Los amigos se miraron apenados.

—¡Corred! ¡Marchaos! —imploró Shaaran mientras forcejeaba para liberarse del fuerte brazo del guardia. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡Por favor! ¡No os preocupéis por mí! ¡Marchaos!

Zanel aumentó la presión sobre su cuello para impedir que siguiera gritando. La levantó del

suelo con facilidad y la arrastró hacia delante. Cuando pasó por encima del cadáver de Thiery, le propinó una patada.

El grach alzó la cabeza iracundo. Sus apagados ojos amarillos echaban chispas, y emitió un siseo gutural mientras miraba al hombre que había asesinado a su amo.

Zanel miró a su alrededor, sorprendido. Para él, los grach habían sido siempre simples bestias de carga a las que se utilizaba como esclavos, sin el menor respeto y sin miedo. Pero era la primera vez que veía unos ojos tan llenos de rabia.

El pánico asomó a su rostro.

—¡Atrás, grach! —dijo vacilante.

Unos abrió sus fauces. Su lengua bífida saboreó el miedo de su enemigo; las púas del cuello se habían erizado, y todo su cuerpo pareció hincharse cuando empezó a avanzar hacia Zanel, al tiempo que extendía sus enormes alas.

—¡Atrás! —chilló Zanel, y retrocedió. Intentó clavarle la daga con la que había dado muerte al anciano, que rebotó como un juguete contra aquel formidable enemigo. Sin pensarlo dos veces, soltó a Shaaran, dio media vuelta y echó a correr.

El grach se detuvo un instante. Al principio, casi sin atreverse a mirar, Rowan tuvo la impresión de que iba a dejar escapar al guardia, pero luego la cola dividida restalló en el aire. Como tres látigos erizados de espinas, le asestó un golpe mortal. Zanel gritó una sola vez, pero cuando tocó el suelo ya no respiraba.

Rowan temblaba debido al horror de lo que acababa de presenciar. Oyó que Shaaran sollozaba, Allun maldecía y Annad le llamaba. Pero cuando vio que Unos regresaba hacia ellos, arrastrando sus poderosas alas correosas en el polvo, y el fuego de la ira de sus ojos daba paso a una abrumadora tristeza, recordó las palabras de Sheba.

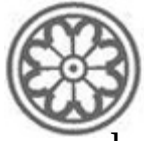
***Cuando el mal azota y la furia despierta,
el amor os brindará una alternativa.***

La muerte liberará al amigo leal.

Como empezó, así terminará.

Se acercó a Shaaran con el corazón apenado.

—No llores —le dijo con dulzura—. Tu abuelo ha muerto como quería. Él lo eligió así. Y su juramento ha muerto con él, de manera que su leal amigo es libre para volar de nuevo. Como él lo había planeado, nos llevará de regreso a casa.



El grach volaba hacia el oeste siguiendo el olor. Llevaba mucho tiempo en el aire y estaba cansado y hambriento, pero la voz cariñosa del muchacho y la caricia de sus manos le daban fuerzas para continuar. Pocos pensamientos cruzaban su mente. Una sola idea fija: seguir el olor, llegar a donde le habían dicho y conducir a los jinetes hasta el lugar al que deseaban ir.

El mar había quedado atrás hacía ya mucho rato, y el grach podía contemplar ahora una infinidad de ondulantes colinas verdes y un río que brillaba bajo la luz del sol. Sabía que más allá, en la distancia azul, se levantaba una montaña cuya cumbre estaba permanentemente oculta por las nubes.

Pero sus ojos carecían de importancia. Sus oídos, cerrados al aullido del viento y el batir de sus alas doloridas, tampoco eran importantes. Lo único importante era su lengua bífida, que entraba y salía de su boca, y saboreaba el aire frío, saboreaba el olor.

Sabía que estaba cerca de su objetivo. El olor era más intenso, el estupendo aroma del polvo, el fuego, las cenizas y las hierbas amargas. Se le hacía la boca agua. Sheba. Incluso conocía su nombre.

—Sheba —había dicho aquel amable chiquillo, mientras le dejaba husmear el pequeño paquete impermeable y le daba de comer los tallos de hierba pálida que había en su interior, hasta el punto de que su delicioso sabor agridulce se mezclaba con el olor. Cuando los jinetes ya habían montado a su lomo y asegurado los arneses, el muchacho lo había dicho otra vez—: Sheba. Busca.

Después, el grach había extendido sus alas y emprendido el vuelo sobre las cabañas vacías y en ruinas y los campos en los que los trabajadores alzaban la vista a su paso, saludaban y vitoreaban, y una tropa de guardias gritaba enfurecida. Sobre la ciudad con su torreón de la llama encendida, su ejército de grach de combate y sus figuras vestidas de gris, que señalaban con el dedo y corrían. Después, sobre la deslumbrante muralla, los Eriales, el mar revuelto, los accidentados acantilados, hasta llegar a esta tierra verde.

El olor de Sheba era intenso. El de los grach y los Zebak también. Pero había otros olores, algunos de los cuales Unos ya había saboreado con anterioridad. Dos no. Uno de ellos era un cálido olor animal. Nada amenazador. Pero el otro indicaba peligro. Era fuego, nieve y hielo. Aliento ardiente, colmillos goteantes y un poder celoso y ancestral.

Las púas del dorso del grach se habían erizado en señal de alerta, pero la voz dulce y cariñosa del muchacho en su oído era tranquilizadora, de manera que los ojos amarillos del lagarto no parpadearon y el batir de sus escamosas alas moteadas no disminuyó ni un ápice, camino de Rin.

‡ ‡ ‡

Estrella rastreaba el cielo inmaculadamente azul que reinaba sobre la aldea. Aún no había anochecido y lucía una tenue luz del sol, solo empañada por las nubes que desde siempre habían ocultado la cumbre de la Montaña prohibida, y dos cometas, una blanca y otra roja, volaban a favor del viento. Aun así, había algo temible en el cielo, algo temible pero jubiloso al mismo tiempo. Los olores se entremezclaban. El bien y el mal. Se aproximaban.

Había conducido ya a la manada a la parte inferior del campo, al otro lado de la charca, y empezó a disponerlos en círculo. Había llegado el momento. Los pájaros se habían ocultado hacía un buen rato. Oía gritos en la aldea. Vio gente con armas y antorchas encendidas. Al otro lado del pueblo, Ogden el Viajero estaba de pie sobre una colina, como un árbol recortado contra el cielo, y observaba las cometas, sin dejar de escuchar.

Pero su responsabilidad era la manada, proteger a los terneros, mantener la formación en círculo. Estaba inmóvil como una estatua, olisqueando el aire. Estaba preparada. Había hecho cuanto había podido.

‡ ‡ ‡

—¡No podemos saber a ciencia cierta dónde aterrizarán las bestias! —gritó Solla, la fabricante de dulces, regordeta, fofa y jadeante, con la afilada lanza bien aferrada y sin dejar de mirar a un lado y a otro.

—No, no podemos saberlo —respondió la anciana Lann, que avanzaba cojeando a su lado—. Esta es la razón por la que los Viajeros vigilan las colinas y hemos apostado algunas fuerzas en la plaza. Pero si han entrenado a las bestias para seguir el olor de los bukshah, como cree Timón, aterrizarán en el campo.

Se apoyaba pesadamente en su bastón, pero sostenía una lanza con la otra mano. Era la suya, y la había afilado con sus propias manos. En su día había sido la guerrera más extraordinaria de Rin, y estaba resuelta a que la edad no le impidiera defender de nuevo a su pueblo..., incluso con la vida si el destino así lo establecía.

Se detuvo a descansar y escrutó el cielo. Divisó las diminutas figuras de Tor y Mithren que se balanceaban sin protección debajo de sus cometas, con la intención de detectar el primer signo de la llegada del enemigo. El valor que demostraban emocionó su corazón de guerrera. Había perdido la cuenta de las veces que se había mofado de los Viajeros por sus costumbres vagabundas y desenfadadas.

«Lo he olvidado —pensó—. Luché junto a ellos y también con los Maris en la Guerra de las Llanuras. Yo mejor que nadie debería recordar su valor. Pero ha pasado el tiempo y he olvidado muchas cosas».

Miró a Bronden, la ebanista, que se había detenido a su lado. También ella oteaba el cielo con ansiedad. Lann sabía que no había dormido desde el día en que Annad fue capturada y Rowan de

los Bukshah, Perlain de los Pandellis, Allun el panadero y Zeel de los Viajeros habían partido en su busca.

No era lo que Bronden había esperado: que los despreciados, las rarezas, hicieran lo que ella jamás osaría. La habían conmovido hasta lo más hondo.

Lann advirtió que los ojos de Bronden se abrían como platos y alzó la mirada. Las cometas descendían, planeando, como águilas sobre sus presas, mientras en la silenciosa colina Ogden levantaba los brazos.

El enemigo se acercaba. Lann apretó los labios, asió la lanza con más fuerza y se encaminó de nuevo hacia el campo de los bukshah. Bronden caminaba a su lado, corpulenta y fornida. Cuando habló, lo hizo con voz ronca y áspera.

—No nos capturarán —dijo—. Nuestro pueblo no volverá a ser esclavo. Antes moriremos.

—No pensemos ahora en morir —respondió Lann con frialdad—. Solo en la victoria.

Sus palabras eran las de un líder, pero su corazón se sintió apesadumbrado al llegar al campo y ver a la gente reunida, esperando. Eran valientes y decididos, pero también pocos. ¿De qué servirían sus armas contra las enormes bestias a las que estaban a punto de enfrentarse?

Delante, destacando por su notable estatura sobre todos los demás, se hallaba Jonn el Fuerte. Junto a él, Jiller y Marlie la tejedora, las dos con arcos y flechas.

Daba la impresión de que formaban un grupo separado de la multitud. Estaban pálidos y sus rostros denotaban un gran dolor. Pero aun así, permanecían inmóviles, hombro con hombro. Para ellos, aquella batalla se libraría tanto por venganza como por salvaguardar su libertad.

Lann avanzó entre la muchedumbre hasta llegar hasta ellos.

—¿Habéis visto a Sheba? —vociferó—. ¿Ha hablado?

Jiller meneó la cabeza.

—Estaba como antes —dijo con serenidad—. No se ha movido. Motitas de ceniza se han posado en sus mejillas y una araña está tejiendo su trampa de seda alrededor de la silla. El fuego arde con llamas verdes y nos impide aproximarnos a ella.

Lann frunció el entrecejo.

—¿Está enferma? ¿En trance?

—No lo sé. La hemos llamado a gritos, pero ni siquiera ha pestañeado —repuso Jiller—. Tiene los ojos cerrados, pero aun así respira. Es como si su espíritu hubiera abandonado su cuerpo.

—¡Allí! —exclamó Jonn señalando hacia arriba—. ¡Mirad allí!

Un punto negro había aparecido en el azul pálido del horizonte, un punto que aumentaba de tamaño a cada segundo. Las cometas pusieron rumbo a aquel lugar.

—¡Solo uno! —gritó alguien con alivio entre la multitud.

—¡Quizá sea el mismo que viene a por otro niño! —gritó otra voz—. Pero esta vez no nos pillarán desprevenidos.

Jonn meneó la cabeza.

—Ogden dijo que presentía una gran amenaza —murmuró—. Mucho mayor que la anterior. Si solo hay uno, debe de ser el primero de otros muchos.

Siguieron mirando, fascinados, mientras la forma negra crecía más y más. Ya podían ver sus

enormes alas batiendo en el aire. Las cometas planearon y describieron círculos a su alrededor. De pronto, dio la impresión de que iniciaban un suave descenso.

—Lo están incomodando —dijo Jonn con sombría satisfacción.

Marlie habló por primera vez.

—Veo figuras en el lomo. Lleva jinetes.

Jiller alzó su pálido rostro y se irguió en toda su estatura, mientras encajaba poco a poco una flecha en el arco.

‡ ‡ ‡

—¡Cometas! —gritó Annad a Rowan. Agitó los brazos con la intención de saludar a Tor y Mithren, y tensó la cuerda que la mantenía sujeta al lomo del grach.

Rowan advirtió que Unos vacilaba.

—¡Annad! ¡Estáte quieta! —exclamó.

Tiró de su propia cuerda y acarició el cuello escamoso del animal, en el lugar que la bestia prefería. Sabía que estaba exhausto. Casi podía sentir el dolor de sus alas cansadas y la sequedad de su garganta. Casi podía adivinar el miedo detrás de sus ojos fijos.

Sujeto a la bestia, interpretas tu papel...

El alivio del apenado corazón.

—Buen Unos —canturreó en su oído con voz muy suave, como ya había hecho en innumerables ocasiones durante aquel largo viaje—, pronto comerás. Más hierba clara de esa que tanto te gusta, si Sheba quiere dártela. Y agua fresca, y descanso. No temas. Solo un poquito más.

—¡Es tan bobo como el abuelo! ¿Acaso se cree que la bestia comprende sus palabras?

La voz de Norris flotó en el viento.

—Comprende lo que él quiere transmitirle con ellas, Norris.

Shaaran habló en voz mucho más baja pero, aun así, Rowan pudo oírla.

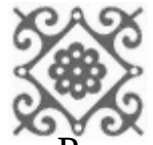
—Sin el aliento de Rowan y sus palabras de ánimo, hace ya mucho que Unos se habría rendido y caído. —Era Allun quien hablaba ahora—. No está entrenado para un viaje como este. Hace muchos años que no vuela. Solo nos ha conducido hasta tan lejos porque Rowan está con nosotros.

«Así pues, Sheba, este es mi papel —pensó vagamente Rowan—. Pero aún queda una ramita en la bolsa que me diste. ¿Qué me dirá cuando arda?».

—¡La gente se ha congregado en el campo de los bukshah! —gritó Zeel, alarmada—. Van armados. ¡No pueden vernos! ¡Creen que somos...!

El viento ahogó sus últimas palabras.

Rowan vio que la cometa de Mithren pasaba a su lado. Vio que los ojos de Mithren lo miraban, sobresaltados. Vio que se llevaba a los labios la flauta de caña y enviaba un mensaje. Se preguntó si llegaría a tiempo.



—¡No desperdiciéis flechas, arqueros! —estaba gritando la vieja Lann—. ¡Apuntad con cuidado! ¡Esperad a verlos con claridad!

Por primera vez desde hacía algunos minutos, Jonn miró hacia lo alto de la colina. Ogden ya no estaba allí. Se preguntó por qué.

Jiller y Marlie se habían colocado delante de él. Todos los arqueros estaban en primera línea de fuego. Eran los únicos que intentarían derribar a los jinetes. Los armados con espadas, como Jonn, y los lanceros estaban detrás. La bestia era su objetivo, al igual que las siguientes.

A Jonn le pesaba la espada en la mano. Había sido de su padre y había permanecido guardada desde la Guerra de las Llanuras. Pero ahora volvería a probar la sangre Zebak. Quizá por última vez.

La bestia se aproximaba, no con la velocidad del rayo como la anterior, sino con extrema lentitud, como si le resultara muy difícil cargar con el peso que llevaba a cuestas. Su figura colosal y aterradora se distinguía ya con claridad. Sus jinetes eran formas oscuras sobre el cielo. Eran siete.

—Siete objetivos —aulló Lann—. Siete objetivos fáciles.

Las cometas continuaban ascendiendo y descendiendo entre el animal y el suelo. «¿Por qué no se alejan? —pensó Jonn con impaciencia—. Molestarán a los arqueros. Ogden debería indicarles que se retiraran». Miró de nuevo hacia la colina, pero el narrador de historias no había regresado.

Se oyó un profundo rugido desde la cumbre de la Montaña. El Dragón se removía en su palacio de cristal. La muchedumbre se volvió para mirar, pero los arqueros no apartaron los ojos del cielo.

—¡Preparados! —gritó Lann—. Cuando la cometa blanca pase...

Levantaron los arcos.

Estrella bramó en el círculo de bukshah. Jonn la miró con sorpresa. No era un lamento de miedo, sino un mugido de bienvenida. Pateaba el suelo y cabeceaba sin cesar. Volvió a bramar. Aun así, no rompió el círculo.

Jonn oyó que Lann chasqueaba la lengua, muy irritada, mientras la cometa blanca se hacía a un lado para ser sustituida de inmediato por la roja, que se situó entre los arqueros y la bestia. Ahora podía oír, aunque muy débilmente, los gritos de Tor y Mithren, y también otros, que flotaban en el aire. De pronto, se dio cuenta de que los sonidos procedían de los jinetes. ¿Por qué estarán gritando? A menos que...

—Lann... —empezó a decir.

La cometa roja fue atrapada por una ráfaga de aire que la elevó en su vuelo. Por fin, el objetivo estaba al alcance.

—¡Preparados! —gritó Lann.

—¡Alto!

Era Ogden quien corría hacia ellos agitando los brazos y con la frente perlada de sudor.

—¡Bajad... las armas! —resolló mientras corría—. Me han enviado un... mensaje. —Apenas podía respirar—. Los jinetes... son amigos.

Lann frunció el ceño, vacilante. Después...

—¡Esperad! —ordenó a los arqueros, que se quedaron inmóviles, pero siempre con las flechas apuntadas hacia el objetivo—. ¿Qué has dicho? —preguntó a Ogden con incredulidad—. ¿Amigos? ¿Cómo es posible?

—No lo sé. —El narrador de historias gesticuló, señaló al cielo y meneó la cabeza—. La señal era: «¡Amigos! No temáis». He corrido para decíroslo. Sabía... que no escucharíais a nadie más. Bajad las armas y dejémoslos aterrizar.

—La bestia... —empezó Lann.

Pero en aquel mismo momento, Jiller gritó y bajó el arco. Avanzó tambaleante hasta situarse debajo de la sombra del animal y levantó los brazos.

—¡Rowan! —gritó—. ¡Annad!

—¡Allun!

Marlie acababa de susurrar su nombre. Quedó petrificada con el arco suspendido en las manos. La emoción le impedía moverse. Su rostro había palidecido más.

Jonn alzó la mirada y comprendió por fin.

Jamás habría imaginado ver algo semejante, ni en sus sueños más delirantes. Sujetos al lomo de la enorme bestia, dando saltos y deslizándose mientras aterrizaba sobre la hierba del campo de los bukshah, iban Rowan, Annad, Zeel, Perlain y Allun. Y entre ellos, a punto de bajar al suelo con los demás, dos extranjeros. Un muchacho fuerte y una chica de aspecto delicado que guardaba un extraordinario parecido con la hermana de Rowan.

Arrebatado por la emoción, Jonn vio que Jiller abrazaba a sus hijos y Marlie corría hacia Allun. Oyó que Perlain, por lo general frío y contenido, gritaba como un loco:

—¡Estamos vivos! ¡Sheba tenía razón! No han regresado cinco. Somos ocho, ¡ocho!

Vio a la gente correr hacia ellos, al tiempo que prorrumpían en vítores. Vio que la gigantesca bestia moteada se dirigía al arroyo para beber, mientras los bukshah lanzaban un rugido de advertencia. Vio que la anciana Lann miraba a los desconocidos, tan jubilosa y perpleja como él.

—Bien —murmuró Ogden a su lado—. Rowan los ha traído a casa. Tendría que haber confiado en él. En todos ellos. Pero incluso yo tenía miedo. —Respiró hondo—. Ya era hora. Pero ¿solo hay dos?

Jonn se volvió hacia él con los ojos llenos de preguntas, pero Ogden ya se dirigía hacia el campo y caminaba con los brazos abiertos hacia Zeel; dio unas palmadas en la espalda a Perlain y después acompañó cortésmente a Lann hacia los desconocidos.

—Son de tu pueblo —le dijo a la anciana—. Dales la bienvenida y guarda las preguntas para más tarde. Me temo que lo peor aún está por llegar.

—¡Sí! —exclamó el muchacho—. Los Zebak nos siguen. No pueden estar muy lejos. Y son

muchos.

—¿Cuántos? —preguntó Lann, dejando a un lado la sorpresa y las preguntas y mostrándose como la vieja guerrera que era.

Pero cuando Norris se disponía a responder, se oyó un grito procedente de la multitud. Todos señalaban hacia arriba.

Formas voladoras habían ennegrecido el cielo. Como un enjambre de abejas al principio, fueron aumentando de tamaño en un abrir y cerrar de ojos, cada vez más cerca: un inmenso ejército compuesto de batientes alas acorazadas.

Los bukshah bramaron y patearon la hierba. El grach emitió un silbido de advertencia, y dio la impresión de que la Montaña temblaba con los rugidos del Dragón. Su fuego refulgió en la nube y tiñó de carmesí la blanca brumosa.

—¡Arqueros en posición! —ordenó Lann—. ¡Los demás, situaos detrás!

—¡Cuida de ella, Rowan! —gritó su madre, al tiempo que depositaba a Annad en sus brazos—. Todos los niños están en el molino. ¡Llévala allí!

Después, echó a correr para ocupar de nuevo su puesto.

La gente estaba encendiendo más antorchas, con la espalda bien tesa, los hombros echados hacia atrás y las armas en alto. Allun, Perlain, Zeel y Norris se habían unido a las filas, armados con cuanto pudieron encontrar, pero Shaaran había retrocedido hasta el lindero del campo donde guardaban un montón de antorchas sin prender junto a una fogata. Miraba al cielo horrorizada, con la caja de rollos de seda apretada contra el pecho, como si así pudiera protegerlos del peligro.

Rowan también miraba al cielo. Estaba anocheciendo mientras el enemigo seguía aproximándose, más rápido que el viento. «Son demasiados —se dijo—. Demasiados».

Llevó a Annad hasta donde se hallaba Shaaran.

—Lleva a Shaaran al molino —la urgió—. ¡Deprisa, corred!

Annad negó con la cabeza.

—Llévala tú, Rowan —gritó—. ¡Yo lucharé!

Se soltó de su hermano, agarró una antorcha y la encendió, para luego blandirla fieramente sobre su cabeza.

—Deja que haga lo que quiera —dijo Shaaran. Rowan advirtió una tenue sonrisa en sus labios pálidos, mientras Annad volvía corriendo al campo. Lo miró—. Es tan fuerte y valiente... —dijo—. Como Norris. Todos son así. Es muy extraño.

—Aquí no —contestó Rowan con semblante sombrío—. Aquí los raros somos tú y yo.

Shaaran rio y se volvió hacia él.

—No tanto, si ya somos dos —dijo.

Rowan sentía un terrible dolor en su corazón.

—Shaaran, ve al molino —imploró—. Encontrarás el camino...

Pero mientras hablaba, se dio cuenta de que era ya demasiado tarde. El ejército Zebak sobrevolaba las colinas, todo el valle estaba oscureciendo bajo su sombra.

La muchacha puso la caja detrás de ella y encendió una antorcha, al igual que había hecho Annad.

—No hay esperanza, ¿verdad Rowan? —preguntó con tristeza.

«No hay esperanza...».

Las palabras sacudieron la mente de Rowan. Tomó al punto el paquete de Sheba y sacó la última ramita.

—Shaaran, sostén la antorcha recta, suceda lo que suceda —dijo, mientras acercaba la ramita a la llama. Sintió un dolor lacerante en el brazo y gimió, pero no apartó la mano. La joven respiró hondo cuando las llamas verdes sustituyeron a las rojas y apareció el rostro de Sheba, pero apretó los brazos para que la antorcha no temblara. Las palabras llegaron.

***Cuando el miedo se acerque como la noche,
huid del campo y ocultaos.***

***El poder se agita, la ira despierta,
la rabia estalla en la oscuridad.***

***Una horrible lección bien aprendida,
una historia que solo ellos pueden contar.***

Las palabras concluyeron con un suspiro y la llama se consumió. Rowan, jadeante, meneó la cabeza para despejarla y miró hacia atrás...

El ejército de Rin continuaba en sus posiciones. Nadie se había movido. Los bukshah eran como rocas grises al otro lado de la charca. La oscuridad era cada vez mayor. La oscuridad de la noche. La sombra del enemigo ya casi los cubría.

«... huid del campo y ocultaos...».

Esta vez, Rowan no pensó, ni siquiera vaciló.

—¡Coge los rollos y corre al huerto! ¡Ocúltate entre los árboles! ¡Date prisa! —dijo a Shaaran.

Después, mientras gritaba con todas sus fuerzas, echó a correr y se colocó delante de la muchedumbre.

—¡Marchaos de aquí! —gritó, al tiempo que agitaba los brazos—. ¡Corred hacia el huerto!

La muchedumbre se removió como espigas de trigo mecidas por el viento.

—¡Mantened las posiciones! —tronó Lann, enfurecida.

Rowan se volvió hacia ella.

—¡No puedo explicártelo ahora, pero sé que esto es lo correcto! —gritó—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Díselo! ¡Díselo ya!

Mientras Lann dudaba, Rowan oyó un movimiento a sus espaldas. Jiller y Jonn se estaban encaminando a grandes zancadas hacia el huerto.

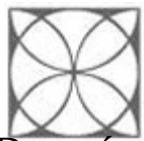
Marlie, Allun, Perlain, Zeel y Norris forcejeaban entre la multitud para unirse a ellos. Timón los seguía. Y cuando también Bronden se puso en marcha, indicando a Val y Ellis que fueran tras ella, el resto de la gente echó a correr.

En pocos minutos, el centro del campo se había quedado vacío. Solo permanecían allí Rowan y Lann, frente a frente.

—Nunca hemos huido del enemigo hasta hoy, Rowan de los Bukshah —protestó la anciana.

—No estamos huyendo del enemigo —repuso Rowan con calma—. Estamos dejando espacio libre para... una lección. —Lann lo miró fijamente—. Ven conmigo, Lann —le rogó—. Ven conmigo, pongámonos a cubierto y esperemos.

21 ~ La lección



—¡Los esclavos se dispersan! ¡Esconden sus lloriqueantes cabezas!

El comandante de la flota Zebak miraba el campo vacío, sonriendo con satisfacción. Después, gritó irritado cuando su grach se inclinó en el aire y estuvo a punto de desmontarle.

—Son esos ruidos y la luz centelleante de aquella montaña, señor —gritó el piloto de la bestia—. Bara está asustado.

—¡Idiota! ¿Qué podría haber en una montaña que asustara a un grach? —escupió el oficial—. ¡Dale a probar el látigo!

Pero el piloto no tuvo ocasión de hacerlo, ni siquiera de responder. De pronto, oyó el rugido más poderoso que había oído en su vida, y un segundo más tarde estaba colgando del cuello de la bestia, temiendo por su vida. Gritaba, mientras el orgulloso hombre que viajaba con él y el propio grach aullaban aterrorizados.

Porque la nube que ocultaba la cima de la montaña se estaba retirando, y lo que se abalanzaba sobre ellos entre un mar de fuego era algo que solo podía tener cabida en la peor de las pesadillas: un ser gigantesco, terrible, blanco como el hielo, con unas garras aterradoras, dientes afilados como alfileres y una furia desbocada.

Los ishkin eran simples lombrices a su lado, y los grach, meros reptiles del desierto que se alimentaban de desperdicios. Aquel era un rey. Era poderoso. La tierra no despertaba su interés, pero el aire era su dominio y habían osado invadirlo.

Bara chillaba y daba vueltas sin control. Los demás hacían lo mismo. Los arneses que sujetaban a los jinetes en sus asientos se rompieron, y los guardias fueron precipitándose a tierra uno tras otro.

El Dragón rugía con una furia salvaje. Su aliento chamuscaba la tierra y el aire con lenguas de fuego.

—¡Socorro!

El piloto oyó el largo alarido de su jefe cuando este se precipitó hacia la tierra que había planeado conquistar. No podía girar. No podía hacer otra cosa que aferrarse con fuerza al cuello escamoso de Bara, mientras la bestia emprendía el camino de regreso. Lejos de los ojos rojos y del fuego. Lejos de aquella furia jamás conocida. Lejos del lugar que sus amos habían considerado muy fácil conquistar, pero que había demostrado tener un guardián capaz de atormentar sus sueños durante toda la eternidad.

Cuando todo hubo terminado, la gente de Rin salió de sus escondrijos. Todos estaban bien. Todos a salvo.

—No volverán nunca más —sentenció Timón—. Han aprendido una lección que ni siquiera nosotros sabíamos. Los supervivientes divulgarán la noticia. Nuestros cielos están ahora mejor protegidos incluso que nuestros mares.

***Una horrible lección bien aprendida,
una historia que solo ellos pueden contar.***

—El Dragón de la Montaña —susurró Lann—. Nunca pensé que llegaría a verlo. Se apoyaba en el brazo de Rowan. Le temblaban las manos.

El terreno en el que habían esperado al enemigo estaba completamente abrasado, y una columna de vapor se elevaba de la charca de los bukshah, pero la manada ya se estaba encaminando de nuevo hacia el arroyo para beber, mientras los terneros investigaban a la extraña criatura moteada, pero en apariencia amistosa, que pastaba en las orillas herbosas, y Estrella buscaba a Rowan.

Lo vio, resopló de dicha y echó a correr hacia él, mientras la tierra ennegrecida volaba bajo sus cascos.

—Si nos hubiéramos quedado en el campo... —Las palabras susurradas pasaron de boca en boca hasta convertirse en un solo murmullo—. De no haber sido por Rowan...

—Sois unos locos si creéis que os habéis salvado gracias a Rowan. Solo yo merezco ese honor. La voz rasposa cortó el aire como un cuchillo oxidado.

Unos, el grach, que estaba bebiendo en el arroyo, levantó la cabeza, bramó y empezó a subir por la orilla.

Sheba permanecía a la sombra de los árboles del huerto. Su pelo grasiento le caía por el rostro como colas de rata, y su ropa raída olía a ceniza, polvo y hierbas amargas.

—¡Ven aquí, conejo escuchimizado! —ordenó.

Rowan dejó a Estrella con Lann y caminó con parsimonia hacia la anciana. La gente se apartaba a su paso.

—Así pues has regresado, Rowan de los Bukshah —chilló Sheba—. Tú y tu banda de rarezas... y otras dos rarezas más.

Miró con sorna a Norris y Shaaran. Norris frunció el ceño. Shaaran se encogió. Sheba soltó una risotada.

—Estabas con nosotros, Sheba —dijo Allun con calma.

—Y a menudo baile me llevasteis —musitó—. Días y noches de vigilancia. Días y noches sin comer ni beber ni dormir...

—Estamos en deuda contigo —dijo Rowan.

—¡Sí! —contestó Sheba—. ¡Y aquí estoy para cobrarla! —Tenía en las manos un papel arrugado—. ¡Escrito por tu propia mano! —graznó—. ¡Me prometiste un obsequio!

Rowan miró hacia el arroyo, donde el ternero negro jugaba con sus amigos, y fue como si unos dedos huesudos estrujaran su corazón. Pero lo había prometido.

Se volvió hacia Sheba.

—No lo he olvidado —replicó.

Sheba sonrió y exhibió sus largos dientes amarillentos.

—Pero ahora las cosas han cambiado. Prefiero a otro compañero —anunció—. La idea del ternero me aburre. Ya habrá otros terneros negros en la manada. Ahora quiero... ¡esto!

Señaló al grach.

Rowan miró a Shaaran y Norris. Este se encogió de hombros. Shaaran vio a Unos bajar su abultada cabeza y frotar la mano de la anciana. Después, asintió.

—Se llama Unos —dijo.

—Muy bien. Será un compañero ideal. —Sheba dio unas palmaditas en el cuello del animal con una extraña ternura—. Esta sí es una verdadera rareza.

—No en la tierra de la que venimos —replicó Norris en voz alta.

—Aquí Unos es raro —dijo Ogden—. Y lo raro siempre es valioso.

Apoyó la mano sobre el hombro de Zeel mientras hablaba, pero su sombría mirada se desvió hacia Perlain, Allun, Shaaran y Rowan. Sonrió.

Sheba dio media vuelta y se marchó chasqueando la lengua, mientras Unos la seguía bramando de satisfacción.

—Unos será feliz con ella —suspiró Shaaran, mientras los seguía con la mirada. Pero sus ojos se habían llenado de lágrimas. Rowan sabía que estaba pensando en su abuelo, y que se sentía perdida. Notó el hocico de Estrella en el hombro y se volvió para acariciarla. Estrella, por lo menos, se sentía aliviada al ver marcharse el grach. Pero Shaaran...

—Así pues, hemos encontrado un hogar para uno de nuestros nuevos ciudadanos —dijo Allun, que se hallaba entre el gentío—. ¿Y para los demás?

Avanzó del brazo de su madre, Sara, y se reunió con ellos.

—Mi madre no tiene mucho de rareza —anunció Allun a Norris y Shaaran—. Lo único realmente raro que ha hecho en su vida es casarse con un Viajero, y bien que lo pagó teniéndome a mí como hijo. Pero muy pronto será como un pájaro que ha perdido a su único polluelo: Marlie ha accedido a casarse conmigo. Le he dicho que debe de estar loca para hacer semejante cosa, pero no ha entrado en razón.

Miró a su alrededor, sonriendo ante el murmullo de sorpresa y las felicitaciones que se elevaron entre la multitud, sin hacer caso del puntapié en el tobillo que le había propinado Marlie. Después, miró de nuevo a Shaaran y Norris.

—La boda se celebrará pronto, antes de que mi futura esposa sufra un ataque de cordura y cambie de opinión —siguió diciendo—. De manera que mi madre os ruega que vayáis con ella y llenéis su nido. Al fin y al cabo, alguien tiene que arrancar los hierbajos en el jardín —bromeó—. Y por cierto, es una excelente cocinera.

Sara sonrió con cariño a Norris y Shaaran, que parecían asombrados.

—¡No hagáis caso de mi hijo! —dijo—. Me gustaría mucho teneros a mi lado, si quisierais

venir.

Shaaran miró a Norris y vio que sonreía. Miró de nuevo a Sara.

—Gracias —respondió con timidez—. También a nosotros nos gustaría mucho.

Allun se frotó las manos.

—Así pues, decidido —concluyó alegremente—. Y ahora... ¡a comer! El pescado seco y las galletas de algas saben bien, pero no hay nada como el pan, el queso y los pasteles.

—Es cuestión de gustos —dijo Perlain, mientras caminaba al lado de Zeel—. Pero de momento me conformaré con el queso. Mentiría si os dijera que no sería capaz de zamparme una serpiente entera de un solo bocado si me la ofrecieran.

Todos rieron mientras se dirigían a la aldea. Les pareció un buen chiste, pues en aquel momento no recordaron que un Maris nunca bromeaba.

Rowan, que cargaba con la caja de las sedas, los seguía junto con Jonn, Jiller, Annad y Shaaran. Annad no paraba de bailar impaciente, parloteaba y tiraba de la mano de Shaaran para que anduviera más deprisa. Jiller reía, rebosante de felicidad.

Pero Jonn no podía apartar la mirada del rostro de Shaaran y de Rowan. Su parecido era asombroso.

—Creo que tienes muchas cosas que contarnos, Rowan de Rin —murmuró.

Rowan miró la caja de los rollos de seda que mecía en los brazos y se sintió invadido por un sentimiento de serena satisfacción.

—Así es —respondió—. Tenemos mucho que contaros.

Fin



JENNIFER JUNE ROWE. Nació en Sydney, Australia, 2 de abril de 1948. Escritora australiana, cuya novela negra se publica bajo su propio nombre, y sus libros para niños bajo el seudónimo de EMILY RODDA DICKINSON y MARY-ANNE.

Se licenció en Literatura Inglesa en la Universidad de Sydney en 1973, y trabajó varios años como editora, primero para varias editoriales, y después para una revista.

Durante esa época comenzó a escribir libros para niños bajo el seudónimo de Emily Rodda (nombre de su abuela). Su primer libro, *Algo especial*, fue publicado en 1984 y ganó el premio *The Australian Children's Book Council Book of the Year for Younger Readers*.

De 1984 a 1992, Rowe continuó su carrera en el mundo editorial, y luego como editora de *Australian Women's Weekly*, escribiendo novelas en su «tiempo libre». En 1994, Rowe se convirtió en escritora a tiempo completo. Ahora divide su jornada laboral entre las consultorías para los editores de libros y su propia escritura.

Algunas de sus novelas han sido llevadas a televisión y ha recibido numerosos premios.